

COLECCIÓN MARUJITA

EL ENANO ZARZAMORA



CUENTOS COMPLETOS

EDITOR
MOLINO

EL ENANO ZARZAMORA



10
CTVS

COLECCION MARUJITA

Nº 6

EL ENANO

ZARZAMORA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)*
PRINTED IN ARGENTINA

El Enano Zarzamora



Damián y Rosita salieron en busca de zarzamoras. Cada uno de ellos llevaba un cesto, pero fueron pocas las bayas que pudieron meter en ellos.

—O bien son verdes o están aplastadas—dijo Rosita.—A este paso no podremos llenar los cestos.

—Mejor sería internarnos algo más en el bosque—observó Damián.—Sin duda aquí han cogido las mejores.

Tomaron, pues, un pequeño sendero que conducía al corazón del bosque. Figuráronse los niños que era una senda para personas, pero no era así, sino un verdadero caminito propio de conejos, muy estrecho y tortuoso. Llevó a los dos niños a un lugar sombreado del bosque, donde el sol apenas conseguía, en alguno que otro punto, atravesar el follaje, formando manchitas circulares de luz sobre las matas y la hierba.

—Escucha —dijo Rosita deteniéndose de pronto.—
¿No oyes nada?

Damián prestó oído. Percibió un ruidito parecido a un débil y claro silbido que, al parecer, se producía a corta distancia.

—¿Es un pájaro?—preguntó en voz baja a Rosita.
—Aunque en realidad nunca oí ninguno que silbara así. Me gustaría saber de qué clase es.

A ambos niños les gustaban mucho los pájaros y, por esta razón, avanzaron en silencio, con objeto de averiguar cuál era el avecilla que entonaba aquella linda canción. Siguieron andando sobre las manos y las rodillas, y así atravesaron las matas, aproximándose cada vez más al pájaro silbador.

Pero resultó que no era ningún pájaro. Los niños apenas se atrevían a creer en lo que estaban viendo. Era el hombrecillo más cómico y bonito que vieran en su vida. Tenía una cara de color pardo, de ojos brillantes, como los de un pájaro, y a cada uno de los lados de su cabeza surgían unas orejitas puntiagudas. Vestía una chaquetilla amarilla, unos calzones cortos azules y unas medias muy largas y verdes. En su sombrero llevaba prendida una pluma azul. Y ni siquiera tenía la estatura de Rosita.

—¿Quién es? ¿Un gnomo?—murmuró Rosita.

—Creo que, simplemente, es un enano—contestó Da-



EL ENANO SE LIMPIÓ EL SUDOR DE LA FRENTE

mián.—¡Pst! Procuraremos que no nos vea y así podremos ver lo que hace.

El hombrecillo trabajaba con toda su alma; sin dejar de silbar su linda melodía. En el suelo y a su lado, tenía un gran montón de cestos y se ocupaba en coger moras de las zarzas para llenar aquellos recipientes, cosa que hacía con la mayor rapidez.

Damián y Rosita nunca habían visto coger moras con tanta celeridad. Apenas les era posible seguir los movimientos de las manos de aquel hombrecillo. Llenaba un cesto tras otro y luego, cuando ya no quedó ninguno vacío, el enano hizo una pausa y, con un enorme pañuelo amarillo, se limpió el sudor de la frente.

—Ya está—dijo.—Ahora voy a beber, porque tengo una sed espantosa.

Los niños vieron que se dirigía a un roble cercano. De su cinturón tomó una llavecita, la metió en un agujero y un instante después se abrió en la corteza del árbol una puertecilla de forma oblonga.

Rosita y Damián se quedaron muy asombrados. ¡Qué aventura aquélla! El enano desapareció en el árbol y los niños oyeron el ruido de un líquido vertido desde un jarro.

Entonces ocurrió algo más raro. La mata que había frente a los niños se entreabrió y se asomaron dos o tres rostros traviosos, para mirar.

—Adelante—dijo uno de ellos a los demás.—Está en el árbol. Por el momento no hay peligro.

Salieron de la mata cosa de una veintena de hombrillos semejantes a duendes, pero provistos de alitas en los tobillos. Sus pies producían al correr un ruidito especial, semejante al de las gotas de lluvia que caen al suelo.

Antes de que los niños pudiesen pronunciar una palabra, aquellos seres traviosos y malvados se apoderaron cada uno de ellos de un cesto lleno de zarzamoras y echaron a correr. Damián y Rosita se miraron muy asombrados.

—¡Qué malos! —exclamó el niño.—¿Qué dirá ese enano cuando vea que han desaparecido sus moras?

—Valdría más que se lo dijésemos en cuanto salga —aconsejó Rosita.

—¡Chitón! Ahí viene—dijo Damián.

El enano salió del interior del árbol y luego cerró la puerta con llave. Hecho esto, se dirigió silbando al lugar en que dejara sus cestos de fruta, y al ver que allí no había ninguno, se quedó anonadado y dejó de silbar.



LOS ARRASTRARON HACIA UN GRAN ROBLE

—¡Cómo!—exclamó con voz insegura.—¿Dónde han ido a parar mis moras? ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Tenía un aspecto tan cómico, que Rosita y Damián, a pesar de que lamentaban mucho el robo de que había sido víctima, no pudieron contener la risa. El, entonces, los oyó y, figurándose que eran ladrones, acudió corriendo y dió casi la vuelta entera al orbusto tras el cual estaban sentados los niños.

—¡Vosotros sois los ladrones!—exclamó.—¡Oh, niños malos! Me habéis robado las zarzamoras y ahora os estáis burlando de mí.

Damián y Rosita dejaron de reirse.

—No le hemos quitado a usted sus moras—empezó diciendo Damián.

Pero el hombrecillo no hizo ningún caso de sus palabras, porque estaba furioso. De pronto dió unas fuertes palmadas.

A través de los árboles acudieron corriendo media docena de hombrecillos semejantes al primero. Se acercaron a él y le preguntaron qué le ocurría.

—Estos malvados niños me han robado todas las moras que yo había criado para la Reina de las Hadas, y que acababa de recoger. Apoderaos de ellos y encerradlos cuanto antes.

Los enanos se apoderaron de Rosita y de Damián, a pesar de que se resistían cuanto podían; pero sus esfuerzos fueron vanos contra los decididos hombrecillos.

—Dejadnos en paz —gritó Damián.—Os aseguro que nosotros no hemos robado las moras. Fueron...

—No os resistáis—exclamó con acento feroz el enano de las zarzamoras.—¿Por qué razón, si no, os habíais escondido? No hay duda de que sois los ladrones.

—¡No es verdad! —exclamó Rosita ya llorosa.—Fueron los...

Pero resultó inútil. Los enanos no quisieron escuchar una sola palabra. Arrastraron a los dos niños hacia un gran roble que había a corta distancia y abrieron una puerta en uno de sus lados. Los metieron dentro, cerraron luego la puerta con llave, pusieron a uno de ellos de guardia y se alejaron.

Dentro del árbol estaba todo muy oscuro, pero, poquito a poco, los niños pudieron notar que se hallaban en una especie de habitaciones, en uno de cuyos extremos había una camita y una mesa en el otro. También vieron dos sillas, demasiado pequeñas para ellos, de modo que hubieron de sentarse en el suelo.

—Es vergonzoso—exclamó Damián, tratando de reanimar el valor de Rosita.—Ese hombrecillo es un tonto.

¿Por qué no quiso escuchar lo que íbamos a decirle?

Rosita no quería dejarse consolar. Se echó a llorar a gritos. De pronto, una vocecita llena de alarma resonó a cierta altura.

—¿Quién llora?

Damián levantó los ojos. A bastante altura, pudo ver una mancha de luz diurna, aunque aquel agujero era inaccesible.

—¿Quién eres?—preguntó.

—Soy Patilluda, la ardilla—contestó la voz.

—¡Cómo! ¿La ardilla Patilluda, que vive en nuestro jardín?—preguntó Damián muy alegre.

—La misma—contestó la voz con acento de sorpresa.

—Sin duda vosotros sois Damián y Rosita. ¿Cómo habéis venido a parar aquí?

Damián le refirió rápidamente la historia, que la ardilla escuchó con la mayor atención.

—Realmente, esto es vergonzoso—dijo Patilluda.—Me voy en el acto a ver a la Reina de las Hadas, para repetirle vuestro relato.

Desapareció y durante largo rato reinó allí el mayor silencio. Luego se oyó el ruido de voces en el exterior del árbol; por fin, una llave penetró en la cerradura de la puerta y ésta se abrió de par en par.

—Salid—exclamó la voz gruñona del enano de guardia.

Damián y Rosita se apresuraron a salir, parpadeando, deslumbrados, al recibir de nuevo en sus ojos la luz del día. Fuera vieron una carroza de nácar resplandeciente, arrastrada por dos grandes mariposas de cola de golondrina. En el vehículo estaba sentada la más linda personita que los niños pudieran haberse imaginado. La

reconocieron en el acto, porque con frecuencia tuvieron ocasión de ver sus retratos.

—¡La Reina de las Hadas!—murmuró Damián a Rosita.—Patilluda ha cumplido su palabra, puesto que fué a decirle lo que nos pasaba.

—¡Qué hermosa es!—observó Rosita.

—Esos son los niños de quienes hablé a Vuestra Majestad—dijo entonces la voz de la ardilla Patilluda.

Damián y Rosita observaron que se había posado en una rama sobre la cabeza de la Reina.

—Contadme vuestra historia—ordenó la Reina con voz afable.

Entonces, Damián se lo refirió todo. Mientras tanto, un grupo bastante numeroso de enanos y de gnomos había formado a su alrededor y, entre ellos, se hallaba el enano Zarzamora, que estaba bastante alarmado.

—¿Por qué no escuchaste el relato de esos niños antes de encerrarlos?—le preguntó la Reina de las Hadas.

—Lo siento mucho, Majestad—replicó el enano.—Pero, si no fueron esos niños, quiénes me quitaron las zarzamoras, ¿quién lo hizo? Eso es lo que quisiera saber.

—Yo puedo decírselo—contestó Damián.—No tienen igual aspecto que los geniecillos que he podido ver en los libros de cuentos, pero, al andar, sus pasos resuenan como si fuesen gotas de lluvia.

—¡Ah, son los Pies de Pato! ¡Los Pies de Pato! No pueden ser más que los Pies de Pato—gritaron algunos.

—¡Oh, qué malos son!

—Llévadme en seguida a la cueva de los Pies de Pato—ordenó la Reina.—Subid a la zaga de mi carroza. Y tú, enano Zarzamora, acompáñanos también.

Salieron todos a través del bosque, y la ardilla Patilluda fué con ellos, saltando de uno a otro árbol, y precediendo a la carroza. En cosa de quince minutos llegaron a una cueva que se hallaba en lo más profundo del bosque y que, a guisa de puerta, tenía una gran piedra.

—¡Abrid! ¡abrid!—exclamó el enano Zarzamora.

Pero no le hicieron ningún caso. Y desde el interior de la cueva se oyó una voz que exclamaba:

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Enano Zarzamora. ¿Eres tú? Has llegado tarde. Ya nos hemos comido todas las moras.

—Abrid en nombre de la Reina—replicó enojado el enano Zarzamora.

En el acto se produjo un silencio intenso, a causa del temor. Luego giró sobre sí misma la piedra que hacía de puerta y, por último, salieron aquellos hombrecillos a quienes los niños vieran antes.

Atropellándose, fueron a hincarse de rodillas ante la carroza de la Reina y le pidieron perdón. Mas la Sobrana estaba muy irritada y con vocecilla fría y severa les dijo.

—Es ya la cuarta vez, en esta semana, que os habéis portado muy mal. Os voy a mandar a la casa de la Araña Hilandera. Ella os enseñará a trabajar de firme y así no tendréis tiempo para hacer travesuras.

En aquel momento se presentó una gran araña que, con extraordinaria rapidez, tejió una tela en torno de los arrodillados culpables. Luego los llevó al interior del bosque, y cuando Damián y Rosita los vieron por última vez, iban gimiendo y llorando.

—Casi tengo intenciones de castigarte a ti también, enano Zarzamora—dijo la Reina.—No tenías derecho



EL ENANO ZARZAMORA CORRIÓ HACIA ELLOS

de encerrar a esos niños, sin antes haber escuchado su defensa.

—Os rogamos que le perdonéis, señora—suplicó Rosita.—No importa lo sucedido, puesto que todo ha sido reparado. Y no hay duda de que debió de disgustarle en extremo la pérdida de sus zarzamoras.

—Eres una buena niña —le contestó la Reina.—Y quiero hacer algo, a fin de compensaros el mal trato que os han dado hoy. ¿Queréis asistir esta noche a una fiesta que doy?

—¡Oh!—exclamó Rosita.

En cuanto a Damián, no pudo pronunciar una sola palabra. Era aquello demasiado agradable para que le pareciese cierto.

La Reina se echó a reír.

—Aceptad mi invitación —les dijo. — Patilluda os acompañará ahora a vuestra casa y luego irá a recogeros esta noche a las once en punto. ¡No os retraséis!

Luego, la reina les dió instrucciones para que se apeasen de la carroza, a fin de seguir a Patilluda. Los niños le dieron las gracias por su bondad y luego echaron a andar en seguimiento de la ardilla, quien estaba encantada de que sus dos amiguitos hubiesen sido invitados a la fiesta.

El enano Zarzamora echó a correr hacia ellos.

—Os ruego que me perdonéis—les dijo.

Y estaba tan triste, que Rosita le dió un abrazo.

—No te apures—le dijo.—Vale la pena el haber estado encerrados en aquel estrecho y viejo árbol, a cambio de haber recibido una invitación para asistir esta noche a la fiesta de la Reina de las Hadas.

Echaron a correr hacia su casa... y ya podéis imaginaros lo excitados que estarían durante el resto del día, esperando que diesen las once de la noche.



EL GIGANTE DESCONOCIDO

Una vez, cuando los habitantes de Tulia salían de sus casas para ir a sus quehaceres, sucedió una cosa muy curiosa. Un gigante salió del mar, andando, en dirección a la capital.

Todo el mundo se asustó en extremo. Los niños emprendieron la fuga, llorando, para ir al lado de sus madres, y en cuanto a los hombres, quedáronse inmóviles y paralizados por la sorpresa.

En cuanto al gigante, permanecía en la playa con la ropa chorreando. Parecía estar muy fatigado y algo indispuerto, de manera que cuando los tulianos llamaban a su ejército a fin de que se apoderase de aquel ser monstruoso, él se sentó en el suelo, sosteniéndose la cabeza entre ambas manos.

Luego, sin darse cuenta del asombro de los ciudadanos, el gigante se tendió sobre la seca arena y cerró los ojos. En un momento sus fuertes ronquidos resonaron como truenos desde la playa. El gigante se había dormido.

Rápidamente, los ciudadanos reunieron un consejo para decidir lo que convendría hacer, puesto que no había un momento que perder.

—Aprovechando el sueño del monstruo, démosle muerte—exclamó uno.

—No—contestó otro.—Quizás sea inofensivo.

—¿Inofensivo?—preguntó burlescamente un tercero.

—¿Quién oyó hablar nunca de un gigante inofensivo? Os aseguro que, si no le damos muerte, él destruirá nues-

tra ciudad en muy poco tiempo. Fijaos, nada más, en sus enormes pies. Con que los ponga en el centro de la ciudad, quedarán destrozadas numerosas casas con todos sus habitantes.

—¡Calma! ¡Calma!—dijo el más anciano.—No debemos dar muerte a un hombre que duerme, aunque sea un gigante. En vez de obrar de esta manera, atémoslo y así, cuando despierte, ya no podrá hacer el menor daño. Tiempo de sobra tendremos para matarlo cuando sepamos muy bien si es bueno o malvado.

—Sería una locura matarlo—dijo otro, que era muy sabio.—Pensad nada más en la serie de cosas que podrá contarnos del país de que procede. Y recordad también que no teníamos idea de que en nuestros tiempos todavía existiesen gigantes.

Decidióse, pues, que se mandaría un ejército hacia el lugar en que se hallaba el gigante dormido, a fin de que entre todos los hombres lo atasen firmemente al suelo, de manera que al despertar no pudiera moverse.

En breve, el ejército se encaminó a la playa. Los hombres avanzaban haciendo el menor ruido posible, a fin de no despertar el dormido monstruo. Sobre su cuerpo pasaron numerosas cuerdas muy sólidas, que ataban luego a unas estaquillas profundamente hincadas en la arena. Los martillos que se utilizaron para hincar las estaquillas estaban rodeados de trapos, a fin de que apenas hiciesen ruido. Y el gigante ni siquiera se meneó.

Permaneció toda la noche dormido en la playa. Rodeábalo el ejército y los soldados se preguntaban, inquietos, si tendría bastante fuerza para romper las cuerdas al despertar. Muchos individuos del Consejo fueron a visitarle mientras estaba dormido, y disputaban entre sí, pues algunos sostenían que debía dársele muerte y

otros, en cambio, replicaban que una de las prerrogativas del hombre es, precisamente, la de ser misericordioso incluso para con los monstruos como aquel gigante.

Al llegar la mañana, el gigante interrumpió sus sonoros ronquidos. Abrió los ojos, que parecían platos azules, tan grandes eran, y miró al cielo. Luego quiso sentarse.

Pero no pudo, porque estaba atado. Asombradísimo, trató de levantar primero un brazo y luego el otro. Luego levantó la cabeza, y a su alrededor vió a los tulianos. Y, sorprendido a más no poder, se quedó mirándolos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó.—¿Qué me habéis hecho? ¿Por qué no puedo moverme?

—Somos tulianos—contestó el jefe del ejército—y te hemos atado, a fin de que no puedas menear ni pie ni mano. ¿De dónde vienes y quién eres?

—De la tierra de Ninguna Parte y me llamo Rosca—contestó el gigante. — Ponedme en libertad, porque soy inofensivo.

—¿De la tierra de Ninguna Parte?—exclamaron incrédulos los tulianos.—¿Dónde está eso y cómo has venido?

—Mi país se encuentra mucho más allá de los mares—contestó el gigante.—Salí a pescar en mi barca, cuando sobrevino una tempestad y me arrastró a la alta mar por espacio de muchos días y de muchas noches. Luego se hundió mi barca, pero vi, con el mayor gusto, que mis pies tocaban fondo y así avancé vadeando hasta llegar a tierra. Y estaba tan fatigado, que me caí dormido.

—La historia no está mal—contestaron algunos tulianos.—¿Te figuras que vamos a creerla?



INTERRUMPIÓ SUS RONQUIDOS, ABRIÓ LOS OJOS...

—Sí—contestó el gigante mirando a sus interlocutores con sus ojos grandes como platos.—No me propongo haceros ningún mal, porque soy un gigante apacible, deseoso de ayudar a todo el mundo y no de hacerles el menor daño. ¿No podríais darme algo que comer?

—¡Comida!—exclamó el jefe de las fuerzas.—¿Qué vamos a dar a un gigante como tú? Uno de nuestros panes más grandes sólo será una cortecilla para ti.

Pero el gigante estaba tan pálido, que el Consejo decidió, al fin, darle de comer. Encargaron a los carniceros los bueyes mayores y a los panaderos, los panes de mayor tamaño que pudiesen cocer, y de las abacerías sacaron grandes barriles de limonada, y todo se lo hicieron llevar al gigante.

Fuéles preciso construir una especie de plataforma al

lado de la cabeza de Rosca, porque de otra suerte no habrían alcanzado hasta su boca, a pesar de estar tendido. El gigante levantó la cabeza con expresión de hambre, y con placer percibió el olor de buena comida. Tragóse enormes trozos de carne cual si fuesen guisantes y, de un solo trago, vació un barril de limonada.

—Eso es muy bueno—dijo después de haberse comido dos bueyes, cincuenta panes enormes y bebido seis barriles de limonada.—Ahora ya me siento fuerte otra vez.

Hizo fuerza sobre las cuerdas que lo ataban y consiguió romperlas. En el acto, el jefe de las fuerzas dió una orden, y todos los soldados se dispusieron a disparar una flecha, si iban armados de arcos, o empuñaron las lanzas y las jabalinas. El gigante, mientras tanto, se sentó y se frotó los brazos.

—¡Echate!—le gritaron los tulianos.

Pero el gigante los miró sin hacerles caso y se dispuso a levantarse. En el mismo instante, los soldados dispararon sus flechas o sus jabalinas, y la mayor parte de aquellos proyectiles fueron a clavarse en el rostro o en las manos del gigante. A él le hicieron el efecto de ser agudas agujas, y dió un grito de dolor. Se arrancó algunas de las flechas y frunció el ceño, encolerizado.

Los soldados se dispusieron a disparar de nuevo, pero el gigante los contuvo con un gesto.

—No me hagáis daño—les dijo.—Soy inofensivo por completo. Os aseguro que no os haré el menor mal, siempre, a cambio, de que vosotros hagáis lo mismo conmigo. Dejadme, ahora, que me ponga en pie y estire las piernas.

No hubo más remedio que dejarle hacer. Púsose en pie, semejante a una alta torre y los soldados se asustaron tanto, que en poco estuvo que no echaron a co-



LEVANTÓ LA CABEZA Y OLFATEÓ LA COMIDA

rrer. El gigante los miró con expresión de bondad, les dirigió una sonrisa y les mostró dos hileras de blancos dientes.

—Dejadme vivir algún tiempo en vuestro país—les dijo.—Esta es una gran aventura para mí. Ignoro, incluso, si podré volver a mi tierra, porque por una parte no tengo ninguna embarcación y luego ignoro el rumbo que habría de tomar. Vuestras embarcaciones serían demasiado pequeñas para mí.

Al oír aquellas palabras, los tullianos empezaron a creer que quizás el gigante no era malo, porque no dió señales de que quisiera comérselos o matarlos. Tampoco

parecía descuidado o atolondrado, porque siempre miraba muy bien donde ponía los pies, a fin de no pisar a nadie o derribar algo.

—No podrás continuar con nosotros a causa de lo mucho que comes—le dijeron los tulianos.—Ya comprenderás que no nos sería posible mantenerte. Quédate, pues, por espacio de una semana y luego márchate.

Así, pues, el gigante pasó allí una semana, que dedicó a examinar la ciudad con el mayor interés. No tardaron los niños en perder el miedo que al principio les inspiró, porque el gigante no movía las pies cuando a su alrededor había niños o niñas, a fin de no lastimarlos sin querer.

El gigante comía y bebía en cantidades tremendas. A partir del segundo día, los tulianos le dijeron que debería beber agua pura, porque la limonada les resultaba demasiado cara. En cambio, era imposible suprimirle el pan o la carne, a pesar de que resultaban más caros que la limonada.

Antes de que terminase la semana, el gigante empezó a preocuparse acerca de lo que haría en cuanto hubiese transcurrido. No podía alejarse por mar, pues no disponía de ninguna embarcación bastante grande. Y temía que, de ir a otra ciudad, los soldados lo matasen, impulsados por su propio miedo.

Se dirigió a la playa y se sentó apoyando la cabeza en las manos, a fin de sumirse mejor en sus reflexiones. El sabio que formaba parte del Consejo le encontró allí y se acercó diciendo:

—Quiero hablar contigo.—El gigante lo cogió con el mayor cuidado y lo puso sobre la palma de su mano. —¿Estás triste ante la necesidad de marcharte?

El gigante inclinó la cabeza en señal afirmativa.



EL GIGANTE LO PUSO SOBRE LA PALMA DE SU MANO

—Pues bien, tengo un plan—dijo el sabio.—Si no tienes inconveniente en que te exhiban como a un ser extraordinario, de manera que nosotros podamos hacer pagar un escudo de oro a la gente a cambio de que te

vean, podrás quedarte tanto tiempo como quieras, pues en tal caso, el dinero que se recoja servirá para mantenerte. Y te digo esto, porque veo que, a pesar de tu corpulencia, no eres malo.

—Perfectamente —contestó el gigante después de breve reflexión.— Puedes congrega al Consejo de la ciudad, para decirle que consiento en que me exhiban a la gente que a verme venga, de lejos o de cerca, haciéndoles pagar la correspondiente entrada. Y si eso basta para mantenerme, me quedaré con mucho gusto entre vosotros, a pesar de que eche de menos a mis compatriotas, gigantes como yo, en un pueblo como el vuestro, donde la gente me parece tan diminuta.

El sabio reunió al Consejo y comunicó el plan a sus compañeros. Todos lo aceptaron y mandaron a las comarcas vecinas noticia de que en Tulia había un gigante maravilloso y que se le podría ver a cambio del pago de un escudo de oro.

A partir de entonces reinó la prosperidad en Tulia, porque la gente acudía de todos lados para ver al gigante. Rosca acogía bondadoso a todo el mundo, se ponía en pie, para que pudiesen apreciar su extraordinaria estatura y gritaba a fin de que percibiesen su voz estentórea. También golpeaba el suelo con los pies, para que oyesen retemblar la tierra.

El oro llegaba abundante a Tulia y la mayoría de sus habitantes se enriquecieron, pues una vez pagada la manutención del gigante, aun sobraba mucho dinero.

El gigante imaginaba toda suerte de cosas para complacer a la gente que iba a visitarle. Encargó que construyesen una casa sin cimientos, y la levantaba del suelo con una sola mano. Eso embelesaba a los curiosos y le aplaudían a rabiar.

Luego se arrancaba un cabello y lo tendía a los in-



A LA GENTE LE GUSTABA VER DESFILAR EL EJÉRCITO
ENTRE LAS PIERNAS DEL GIGANTE

dividuos del público para que con él lucharan a la cuerda, cosa que ellos hacían entusiasmados, porque el cabello les parecía una verdadera cuerda. Los que ganaban repartíanse el cabello en pequeñas fracciones y se las llevaban a casa para guardarlas como recuerdo.

Pero lo que más le gustaba a la gente era ver al ejército de Tulia marchar por debajo del arco inmenso de las piernas abiertas de Rosca. El espectáculo era magnífico y los espectadores gritaban entusiasmados.

Todo el pueblo quería mucho al gigante porque era bondadoso, alegre y jamás lastimó a nadie, ni aún involuntariamente. Permaneció en la ciudad por espacio de un año entero, durmiendo en la playa, puesto que no había ninguna casa capaz para él. Pero en breve su ropa empezó a rasgarse y a inutilizarse, cosa que le apuró en extremo, pues no sabía cómo reponer aquella falta.

—¡Yo le tomaré la medida!—exclamó el sastre en jefe del reino, que tenía el alto honor de vestir al Rey.

Y cierto día, acompañado de sus tres ayudantes, fué al encuentro del gigante, llevando una alta escalera de mano y una cinta de medir, del largo apropiado.

Subió por la escalera, apoyada en el cuerpo del gigante, y con el mayor cuidado le midió el cuello, los hombros, el pecho, la cintura, las mangas, las muñecas y luego las piernas. Sus ayudantes tomaban nota de las medidas obtenidas y una vez que hubo terminado, el sastre le hizo una reverencia cortés y se volvió a su taller.

Poco después él y todos sus oficiales se entregaron al trabajo. Con la mayor rapidez cortaron las piezas, las hilvaron y luego las cosieron, de manera que en un corto espacio de tiempo hicieron una hermosa cha-



EL SASTRE JEFE TOMÓ LAS MEDIDAS DEL GIGANTE

queta, un chaleco y unas calzas. No tardaron más allá de catorce días.

Pero lo mejor es que aquellas prendas de ropa sentaban perfectamente al gigante. ¡Qué orgulloso se puso el sastre después de la prueba! No había espejo bastante grande para que el gigante se mirase de cuerpo entero, de manera que se dirigió a un lago e inclinándose pudo contemplar su propia imagen en el agua.

—Te agradezco mucho lo que has hecho—dijo al envanecido sastre.—Voy a decir a los ciudadanos que te den una buena suma de oro.

Pero el sastre no quiso aceptar ninguna paga, porque en cuanto se supo que había hecho un traje precioso para el gigante, todo el mundo acudió a su taller a fin de encargarle ropa. Todos, efectivamente, deseaban hallarse en estado de decir: "Mi traje lo ha cortado

el mismo sastre que hizo la ropa del gigante de Tulia".

No tardaron el Rey y la Reina en ir a visitar a Rosca. Aquél fué un gran día para él. Hizo cuanto le fué posible para complacer a las reales personas, que quedaron entusiasmadas al ver a aquel enorme gigante, bondadoso y de ojos como platos.

Observaron cómo vaciaba un barril tras otro de limonada, y se comía los panes a docenas, en unión de tres o cuatro bueyes. Pero, sobre todo, se pasmaron al ver que se tragaba de un bocado enorme una bandeja de buñuelos.

Aplaudieron al ver cómo desfilaba el ejército por entre las piernas del gigante y temblaron de susto cuando golpeó el suelo con los pies. Al terminar el espectáculo, el gigante se quitó una sortija de oro que llevaba en un dedo y lo ofreció a la Soberana para que la usara a guisa de pulsera.

La Reina le dió las gracias por aquel regalo y lo aceptó. Pero era demasiado grande para poderla llevar en su diminuta muñeca. Casi podría haberle podido servir de cinturón. Pero se la llevó consigo y en concepto de curiosidad mandó que la colgaran de una pared de su palacio.

Así transcurría felizmente el tiempo. Luego, sin embargo, llegó una mala temporada para los tulianos. Los enemigos los atacaron y las cosas empezaron a marchar mal. El enemigo, no contento con atacar por tierra, llegó a Tulia también por mar, de manera que los pobres tulianos acabaron por temer la pérdida de su independencia. Multiplicábase los consejos y las deliberaciones, pero ninguno de los planes puestos en práctica pudo darles la victoria.

El ejército fué derrotado varias veces y la pequeña



LOS REYES VIERON COMO VACIABA LOS BARRILES

flota de barcos de guerra, perteneciente a Tulia, fué destruída por completo. Luego hubo una mala cosecha y el hambre se enseñoreó de las casas de la gente del pueblo.

El gigante Rosca estaba muy triste, porque le dolía ver tan apurado al pueblo que con tanta bondad lo acogiera. No querían decirle los motivos de sus pesares, pues bien sabían cuánta era la bondad de su corazón y temían que, de saber que la comida andaba escasa, se negaría a comer y a beber, en vista de que necesitaba tal cantidad para satisfacer sus necesidades.

Mas, al fin, no pudieron seguir ocultándosele. Rosca tomó, al pasar, el sabio del Consejo, lo subió a su mano y le preguntó qué ocurría en Tulia.

—¿Dónde está el ejército?—preguntó.—¿Por qué ya no viene la gente a verme y a divertirse conmigo? ¿Por qué estás tan preocupado y pálido? Veo que los habitantes de Tulia tenéis un gran pesar y hacéis mal en no decirme de qué se trata, porque, ¿no soy vuestro amigo?

Entonces, el sabio del Consejo le dió cuenta de lo que habían de sufrir a causa de sus enemigos.

—Detrás de esas montañas hay algunas de sus fuerzas—le dijo señalando unos distantes montes que parecían azules a causa de la bruma que los cubría.—Avanzarán a marchas forzadas contra nosotros y dentro de pocos días quedaremos destruídos. También está a punto de llegar una formidable escuadra para aniquilarnos.

—Eso es espantoso—exclamó el gigante.—Pero voy a ayudaros, amigos míos. Ahora mismo voy hacia las montañas.

Sin añadir otra palabra, aquel gigante tomó el camino de las montañas. Los tulianos le miraban alejarse, preguntándose qué haría.

De pronto, y cuando menos lo esperaban, lo vieron regresar acompañado del ejército tuliano y con numerosos grupos de prisioneros aterrados y atados por grupos de varios centenares.

—¡El gigante ha hecho milagros! —exclamaron los soldados.—Se arrojó de pronto contra nuestros enemigos, pisoteó sus tiendas, rompió sus líneas y luego hizo los prisioneros a centenares. Ellos empezaron a huir aterrados y es seguro que ya nunca más se atreverán a atacarnos.

El pueblo se congregó en torno del sonriente gigante y lo vitoreó. Pero él no quiso descansar.

—Voy a salir ahora al encuentro de la escuadra—dijo mientras penetraba en el mar.

Anduvo por el fondo mientras pudo y luego se echó a nadar hacia unas islas lejanas, donde se reunía la flota enemiga. El sabio tomó su grande antejo y miró por él a fin de observar lo que sucediese.

—Ya ha llegado casi—dijo al excitado pueblo.—

Parece que entre los buques enemigos reina el pánico. Algunos tratan de alejarse a remo y a vela, pero Rosca les corta el paso. Ahora ha llegado ya a aguas profundas y nada con el mayor vigor.

—¿Qué más? ¿Qué más?—preguntaron los excitados oyentes.

—Ahora ya los ha alcanzado—dijo el sabio sin dejar de mirar por el anteojo.—¡Oh, valiente gigante! Le disparan verdaderas nubes de flechas, pero él no hace el menor caso. Las desvía de su camino como si fuesen alfileres. Acaba de tumbar un navío. Lo ha puesto de quilla al sol. Veo a los marineros que están luchando en el agua. El no les hace ningún daño... pero creo que ya no tendrán ganas de volver.

—¡Viva Rosca! ¡Viva!—gritaron todos.

—¿Qué hace ahora?—se preguntó el sabio, extrañado, sin dejar de mirar por su anteojo.—Acaba de tomar los barcos más grandes, unos tras otros, y los pone en fila. ¿Por qué no los hunde? Y los ata uno a otro con fuertes cables.

El pueblo escuchaba sorprendido y en silencio. De pronto, un muchacho empezó a gritar entusiasmado:

—¡Ya sé lo que hace, oh, sabio! Nos trae una flota de guerra para compensar la que nos han destruido.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó el sabio casi soltando el anteojo a fuerza de excitación.—Tienes razón, muchacho. Ahora remolca todos los buques hacia la costa. Nos los trae. Dispondremos de una flota de guerra que no nos costará nada. Y pronto lo veréis. Ya se acerca.

El pueblo echó a correr hacia la orilla del agua.

¡Cómo lo vitorearon! El salió del agua, con la ropa empapada, llenas la cara y las manos de flechas y de jabalinas, pero sonriendo como siempre. ¡Cuánto se alegró el pueblo de no haberle dado muerte!



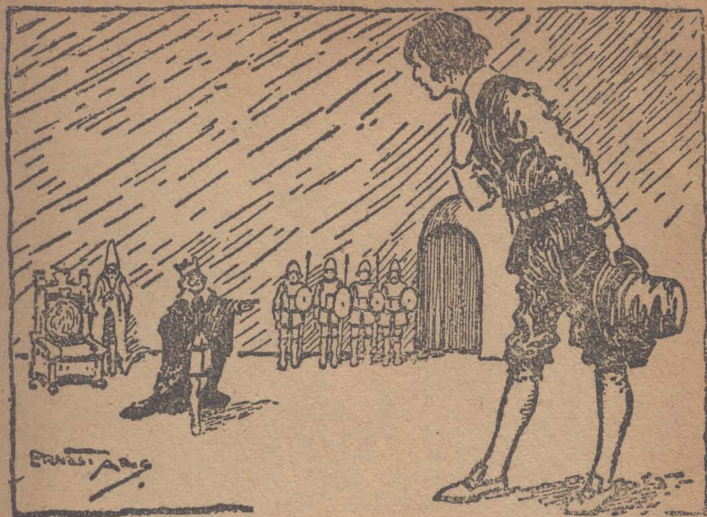
REMOLCABA UNA HERMOSA ESCUADRA

—Os he traído una escuadra—dijo el gigante.—Ahora me voy a dormir, porque estoy cansado.

Resonaron las campanas por todo el país y el Rey y la Reina se apresuraron a dar las gracias al gigante por sus valerosas hazañas.

—Y ahora—dijo al terminar—pídeme lo que quieras, Rosca, y te prometo que te lo daré.

—Majestad—contestó el gigante—, sólo deseo una cosa: regresar a mi país. Tengo deseo de vivir en compañía de hombres de mi propia raza y tamaño, y también de dormir bajo techado. He sido muy feliz con vosotros, pero siento añoranza de mi patria. Déjame partir y algún día, si recuerdo el camino, volveré.



—PIDE LO QUE QUIERAS, ROSCA—DIJO EL REY

El Rey lamentó en extremo que el gigante quisiera abandonarles.

—¿Cómo harás para marcharte?—preguntó.

—Haré un bote.

Rosca, entonces, empezó la construcción de un bote. No era muy grande, porque nadie podía ayudarle, dado el pequeño tamaño de los tulianos. Pero la embarcación era sólida y navegaba bien.

Los tulianos se congregaron en la playa para despedirse de su amigo. Les apenaba mucho su marcha, porque le querían en extremo y estaban orgullosos de ser el único país del mundo que poseía un gigante.

—¡Vuelve! ¡Vuelve!—le gritaban.

Rosca impulsó la embarcación con un bichero para



ROSCA IMPULSÓ LA EMBARCACIÓN

alejara de la orilla y luego hizo un ademán de despedida. Pronto se vió flotando en el mar y el viento impulsó la pequeña vela de su navecilla. Esta disminuyó paulatinamente de tamaño a medida que se alejaba hasta que por fin desapareció.

—Quizás volverá algún día—dijéronse los tulianos.—
Y si lo hace, le reservaremos una magnífica recepción.

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.



**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

**En preparación:
CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

Precio de cada tomo:

\$ 2.30

Gorostiaga, 1650



Buenos Aires

LA TORRECITA EN EL BOSQUE NEGRO



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA N° 7

La TORRECITA en el

BOSQUE NEGRO

importaba eso, y continuó cantando alegremente, procurando hacer su trabajo lo mejor posible.

Pero María Juana no podía soportar que María Ana fuese feliz. Odiaba las alegres canciones de su hermanastra. Así, un día, cuando María Ana hacía compota de grosella, la hermanastra entró en la cocina y volcó el caldero, con objeto de que, al derramarse en el suelo, quedase estropeada la confitura. Nadie la vió mientras hacía aquello y se apresuró a salir rápidamente de la cocina.

Cuando llegó la madrastra, con objeto de averiguar qué ruido fué aquel, halló a la pobre María Ana llorando amargamente al ver estropeada su compota y además todo el suelo de la cocina y los fogones sucios.

—¿Has volcado esa cacerola, descuidada?—exclamó la madrastra.

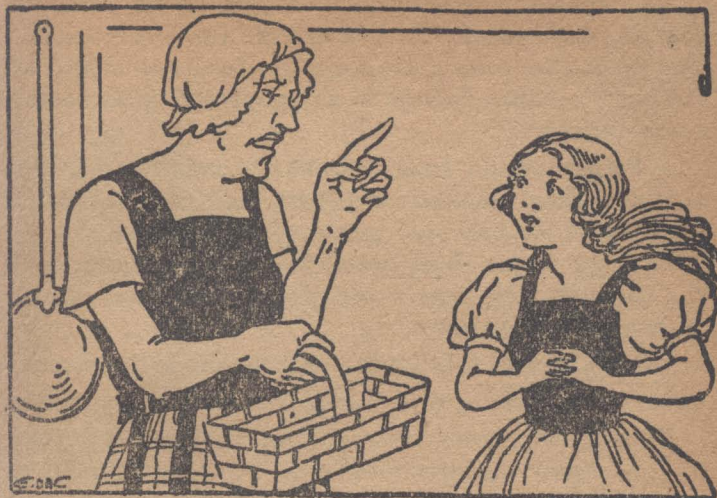
Y, sin esperar la respuesta, dió un buen tirón de orejas a la pobre María Ana.

—¡No he sido yo!—sollozó la pobrecilla.—Con toda seguridad ha sido la mal intencionada María Juana, con objeto de darme un disgusto.

—¿Cómo te atreves a hacer esas malvadas suposiciones?—gritó la madrastra, más enojada que nunca y golpeando con saña a María Ana.—Eres muy mala, embustera e hipócrita.

¡Pobre María Ana! Pasó el resto de la mañana limpiando la cocina de la compota derramada y luego aún tuvo que quedarse sin comer, por haber tirado la confitura, a pesar de que, según ya sabemos, el daño fué causado por María Juana.

María Ana perdonó a su hermanastra y trató de mostrarse amable con ella, pero cuanto más se esforzaba, mayor era el odio de la otra. María Ana era cada día más bonita y más amable, de tal manera que la ma-



LLAMÓ A MARÍA ANA Y LE DIÓ UN CESTO

drastra acabó diciéndose que no tendría más remedio que echarla de casa, porque su verdadera hija aparecía tan fea y antipática por comparación, que todos notaban aquella diferencia.

Pero, ¿cómo la echaría? ¿Con qué excusa? Con toda seguridad el padre querría saber adónde la mandaban y si la niña no volvía. Por fin, tras mucho pensar, la madrastra tuvo una buena idea. Enviaría a María Ana al Bosque Negro, en busca de algunas fresas. Quizás no regresara, porque allí vivían los gnomos, quienes habían prohibido a los mortales posar siquiera el pie en su bosque.

Así, una mañana llamó a María Ana y le dió un cesto.

—Mira—le dijo—necesito algunas fresas para hacer un pastel destinado a tu padre. Toma este cesto y vete al Bosque Negro, en donde las fresas abundan. No vuelvas sin haber llenado el cesto, porque de lo contrario te pegaré.

—Pero, madrina (pues tal era el nombre que la niña le daba, para no llamarla madre), ya sabe usted que los gnomos no permiten que nadie entre en su bosque—contestó María Ana asustada.—Y se enojarán mucho conmigo si me sorprenden. Y aun quizá sean capaces de convertirme en rana.

—Haz lo que te mando—replicó airada la madrastra.—No te ocurrirá nada malo. Trae las fresas y cállate.

Diciendo estas palabras empujó a la niña hacia la puerta, que cerró violentamente a su espalda. La niña no sabía qué hacer. Por fin decidió ir al Bosque Negro, para ver si en las cercanías podía hallar fresas. Y echó a andar llevando el cesto vacío.

Pronto llegó al bosque, que era muy espeso y estaba obscuro. María Ana buscó fresas por el lindero, pero no pudo encontrar ninguna. En cambio, en el interior del bosque abundaban en gran manera, tanto, que podía verlas por entre los troncos de los árboles. La niña, sin embargo, no quería entrar allí sin permiso, pues sabía que los gnomos se enojarían mucho.

Anduvo a lo largo del lindero del bosque, preguntándose si vería a algún gnomo para pedirle el permiso de entrar. Pero no encontró a nadie. De pronto, al dar vuelta a una roca, vió una casita ante ella, erigida, precisamente, en el extremo del bosque. Era una vivienda muy pequeña e irregular. Su jardincito estaba cubierto de brillantes flores y en un rincón había un viejo pozo.

Cuando María Ana se dirigía a la vivienda, vió a una

anciana de aspecto bondadoso, que se encaminaba al pozo cargada con dos cubos.

—Tal vez podría preguntarle si me será permitido entrar en el bosque—pensó María Ana, llegándose a la puerta.

—Buenos días—dijo cortésmente.

—¡Qué susto me has dado!—exclamó la anciana, dejando caer al suelo los dos cubos y cayendo ella misma sentada, a causa de la impresión.—No te oí llegar.

—Le ruego que me perdone—replicó María Ana muy apurada.—Permítame que me ocupe en sacar el agua del pozo. Esos cubos deben pesar demasiado para usted.

Hizo descender los cubos, uno tras otro, los sacó llenos de agua y luego los llevó hasta la casita, evitando este esfuerzo a la agradecida anciana.

—Eres una niña muy buena—dijo.—Dime qué puedo hacer en tu obsequio.

María Ana le refirió que su madrastra la había enviado al bosque a fin de coger fresas.

—Pero tengo miedo de entrar ahí, porque si me ven los gnomos se enojarán mucho conmigo—dijo al terminar.

—Yo te ayudaré—contestó la anciana.—Toma esta aguja y este hilo, esta botella de agua y esta llavecita de oro. Mediante todo eso no correrás ningún peligro.

—¿Qué haré con todo eso?—preguntó sorprendida la niña.

—Ya lo verás cuando llegue el momento—le contestó la anciana.—No habrás de temer nada en el Bosque Negro, niña, porque tienes un rostro bondadoso y un noble corazón, y los que poseen esas cualidades siempre son bien recibidos en el Bosque. Solamente los egoístas y los malvados corren peligro si penetran en él.

María Ana dió muy expresivas gracias a la anciana y luego penetró en el Bosque. Atravesó la zanja que lo delimitaba y se vió ya entre los árboles. Entonces empezó a buscar fresas y no tardó en hallar algunas. Las recogía muy satisfecha y, de pronto, al oír un leve ruido a su espalda, se volvió.

Pudo ver a un gnomo que la contemplaba airado.

—¿Qué haces aquí?—preguntó.—Este bosque es una propiedad particular. Te voy a retener presa, a no ser que consentas en hacer algo en mi obsequio.

—¿Qué puedo hacer?—preguntó asustada María Ana.

—¿Quieres coser seis botones en mi chaqueta nueva?—preguntó el gnomo, mostrándole seis botones rojos.—El caso es que no tengo aguja—añadió.

—¡Yo sí!—exclamó muy satisfecha María Ana, apresurándose a sacar la aguja y el hilo que le diera la anciana.

Luego, con la mayor rapidez y perfección, cosió los seis botones del gnomo, quien no se había movido de su sitio.

—¡Qué bien!—exclamó al fin complacido.—Espera un momento, niña. Deja que te toque con mi varita mágica.

Sacó una varita de su bolsillo y con ella tocó a la niña. En un santiamén desapareció el traje astroso de la pobrecilla, para ser reemplazado por otro de oro y plata, en cuyas costuras se veían infinitas piedras preciosas. Las medias rotas de la niña se cambiaron en otras finísimas de seda y sus zuecos en zapatitos de oro, con hebillas de brillantes. ¡Qué complacida y asombrada estaba ella!

—¡Oh, muchas gracias! — exclamó.—¡Qué traje tan hermoso.



CON UNA VARILLA TOCÓ A MARÍA ANA

—Si quieres recoger unas buenas fresas, sigue este sendero y luego tuerce hacia la derecha. Hay allí unas muy hermosas.

María Ana siguió la senda indicada y no tardó en encontrar unas fresas enormes. Había empezado a recogerlas, cuando se le presentó un encorvado y viejo brujo, que llevaba un sombrero puntiagudo y avanzaba con gran prisa. Parecía estar muy acalorado y jadeante, porque su respiración era como el resoplar de una locomotora. Al ver a María Ana se detuvo.

—¿Qué haces aquí?—preguntó enojado.—¿Ignoras que este bosque es una propiedad particular?

Parecía tan furioso, que María se asustó. De pronto recordó la botella de agua que le diera la anciana. La sacó de su bolsillo y se la tendió al brujo.

—Veo que está usted muy acalorado y tiene mucha sed—dijo.—Tome un sorbo de esta agua.

—Gracias—dijo el brujo aceptándola. Se bebió el contenido de la botella, hasta la última gota, quedando muy satisfecho.—Es el agua más sabrosa que he bebido en mi vida. Eres una buena niña, y a cambio del agua que me has dado, toma esto.

Dióle una pequeña bolsa y se alejó por entre los árboles. María Ana examinó el regalo y vió que la bolsa estaba llena de monedas de oro. La vació en la palma de la mano para contarlas y, ¡oh, maravilla!, en cuanto la bolsa quedó vacía volvió a llenarse por sí misma, de modo que María Ana encontró en su interior otras muchas monedas a su disposición.

—Es una bolsa mágica—exclamó muy excitada.—
¡Oh, ahora seré rica! ¡Tendré tanto dinero como quiera!
Podré comprar regalos para todo el mundo.

Continuó cogiendo fresas y para ello iba de un lado a otro del bosque. De pronto llegó a una torrecilla y vió que en uno de sus lados había una puertecita. María Ana díjose que aquel era un lugar muy raro. No tenía más ventanas que una muy pequeña, cerca de su extremo superior. La niña se puso las manos en torno de la boca para que su voz llegase a mayor distancia y gritó:
—¿Vive alguien ahí?

En respuesta a tales palabras un muchacho fec y sucio asomó su cabeza por la ventana. Quedóse asombradísimo al ver a María Ana, que resplandecía gracias a su nuevo traje y se dijo que nunca en su vida pudo ver a una muchacha tan hermosa.

—Me han encerrado aquí—dijo con tristeza.—Atravesaba el bosque a caballo, ignorando que pertenece a los gnomos y éstos me cogieron y me encerraron en esta torre. Hace ya un mes que vivo aquí. La puerta está bien cerrada.

—Me parece que podré devolvete la libertad—exclamó María Ana muy alegre, en tanto que llevaba la mano al bolsillo, en busca de la llavecita de oro que le

La metió en la cerradura y la hizo girar. Abrióse fácilmente la anciana.

cilmente la puerta y María Ana gritó, situándose al pie de la escalera de caracol:

—¡Baja en seguida, porque ya estás libre!

El joven se apresuró a obedecer. Con toda certeza era muy feo, porque tenía la nariz demasiado larga, un ojo azul y otro de color pardo, y el cabello escaso y enmarañado. María Ana se figuró que sería un buhonero.

—Nunca podré demostrarte bastante mi agradecimiento. Eres la niña más bondadosa que he conocido. Ignoro si podré encontrar por ahí a mi corcel para salir sin tropiezo de este bosque.

Miró a su alrededor, pero sólo consiguió descubrir a un burro flaco, que estaba comiendo unos cardos.

—Nos valdremos de él para salir de aquí. ¿Quieres acompañarme? Conozco el camino.

María Ana observó que se había extraviado, pues ignoraba qué dirección habría de tomar. Naturalmente no le era agradable montar en el burro en compañía de aquel joven tan derrotado, pero, sin embargo, se manifestó dispuesta a hacerlo, pues no quería herir sus sentimientos, diciéndole que estaba demasiado sucio. Por consiguiente, subió al burro, ante el joven y ambos emprendieron la marcha para salir del bosque.

En cuanto hubieron llegado al extremo de aquella selva, ocurrió una cosa muy rara. De pronto el asno se convirtió en un magnífico corcel negro. Continuó trotando con la mayor gracia, dejando flotar al viento sus largas crines, y la niña observó que su arnés resplandecía de oro y piedras preciosas.

María Ana estaba asombradísima. Volvióse para preguntar al buhonero si se había dado cuenta de lo que acababa de suceder, pero entonces tuvo otra sorpresa más grande todavía, porque en vez del feo, sucio y astro-

so joven, vió a un gallardo y hermoso príncipe, con el cabello rizado, unos ojos azules magníficos y una alegre sonrisa en su bien dibujada boca. Su nariz no era ya excesivamente larga y sus dientes eran iguales, menudos y muy blancos.

Vestía un jubón y una capa de satén bordado de oro, y de su cinto estaba suspendida una hermosa espada. Miró a María Ana y sonrió.

—¡Ya no soy un feo buhonero!—le dijo.—He recobrado mi verdadera figura. Has sido muy bondadosa, consintiendo en montar conmigo en el asno, cuando te figurabas que yo era feo y astroso. Tienes un buen corazón y eres muy afectuosa, así como también muy hermosa. ¿Quieres casarte conmigo y ser mi reina?

Tan feliz se sentía María Ana, que apenas tuvo presencia de ánimo para contestar en sentido afirmativo. Se enamoró en el acto de aquel gallardo y hermoso príncipe, y murmuró que se daría por dichosa si se casaba con él. Así, pues, ya de acuerdo, se encaminaron hacia la casa de María Ana.

¡Qué asombrados se quedaron su madrastra y María Juana al ver que María Ana aparecía vestida con un traje de oro, plata y piedras preciosas, e iba acompañada de un príncipe joven y guapo! No se resolvían a creer lo que veían sus ojos. La niña se apeó del caballo y les refirió cuanto le había sucedido.

—Celebraremos una boda espléndida—dijo la feliz niña.—En esta bolsa mágica tengo el dinero suficiente para comprar lo que quiera. Y cuando ya se hayan terminado las fiestas nupciales, iré a vivir con mi príncipe a un hermoso castillo. Además, madrina, aquí tiene usted sus fresas. Vea qué hermosas son las que hallé en el Bosque Negro.



—YA NO SOY UN FEO BUHONERO—DIJO.

A la mañana siguiente se celebró la boda, a la que asistieron muchas personas, tanto de las inmediaciones como desde largas distancias. Todos estaban de acuerdo en afirmar que la novia era la niña más bondadosa del reino, y cuando el príncipe salió con ella, los invitados lo vitorearon y agitaron entusiasmados las manos.

Solamente dos personas estaban tristes y enfurruñadas por la buena suerte de María Ana. Eran la madrastra y la hermanastra de la nueva princesa.

—Ahora María Ana es la dama de más elevada categoría en todo el país—observó enojada María Juana.

—Oyeme, hija—le dijo la madre.—Se me ha ocurrido un buen plan. ¿Por qué no vás, también, en busca de fresas al Bosque Negro, procurando hacer exactamente lo mismo que María Ana? Tal vez tú puedas regresar igualmente en compañía de un príncipe y una bolsa de oro.

—Muy bien—contestó María Juana.

Tomó un cesto y salió de su casa. Ante todo buscó la casita en que vivía la buena anciana de que le hablara María Ana, y gracias a los datos de ésta, no tardó en hallarla. La anciana recorría el sendero de su jardín, en dirección al pozo y María Juana entró en el recinto con tanta brusquedad que la pobre señora dió un salto de miedo y dejó caer los dos cubos.

Pero en vez de lamentar de corazón, María Juana se echó a reír a carcajadas, porque no tenía ni pizca de urbanidad.

—¡Qué ridícula estaba usted al soltar los dos cubos!—exclamó.

—Hazme el favor de llenarlos por mí—le dijo la an-



ENTREGÓ A LA NIÑA UNA AGUJA...

ciana señora.—Me has dado tal susto, que ahora no tengo fuerzas para sacar agua del pozo.

María Juana hizo descender los cubos uno tras otro y los llenó de agua. Pero los dejó con tal descuido en el suelo, que una parte del agua se derramó sobre los pies de la anciana, mojándole los zapatos y las medias. María Juana no dijo una palabra y se quedó mirando a su interlocutora.

—¿Qué quieres?—preguntó malhumorada la anciana, mientras secaba sus zapatos con un trapo.

—Deseo la aguja y el hilo, así como la botella de agua y la llave de oro—contestó María Juana.—Es decir, lo mismo que dió a mi hermana. Gracias a todo eso obtuvo un traje de oro, una bolsa inagotable y un guapo príncipe, que se casó con ella. Yo quiero alcanzar lo mismo.

La anciana se rió para sí. Metióse en su casa y, a los pocos instantes salió de nuevo llevando algunas cosas en la mano.

—Ahí está—dijo entregando a la niña una aguja y un hilo, una botella de agua y una llave de oro.

Y sin dejar de sonreír irónicamente, se metió en su casa.

María Juana estaba entusiasmada. Pronto se hallaría en posesión de las mismas cosas maravillosas que correspondieron a su hermanastra. Corriendo siguió el sendero que conducía al bosque y no tardó mucho en sorprender a su espalda al gnomo que la miraba irritado.

—¿Qué haces ahí?—preguntó.— Este bosque es de propiedad particular. Y te retendré presa, si no quieres hacer algo en mi obsequio.

—Ya sé qué necesitas—contestó María Juana, mostrando la aguja con el hilo enhebrado.—Ven aquí y te coseré los seis botones.

El gnomo se los entregó sin pronunciar palabra. La niña los cosió uno tras otro, aunque lo hizo muy mal, porque era muy poco hábil en las labores de la aguja; ya sabemos que obligaba a María Ana a que se encargase de ellas. Pinchó tres veces al gnomo, haciéndole dar un salto de dolor en cada una de estas ocasiones, de modo que el hombrecillo tenía el rostro nublado cuando ella hubo terminado la operación.

—Ahora tócame con tu varilla mágica y cambia mi traje.

El gnomo sacó, en efecto, su varilla mágica y con ella tocó a la niña; pero, ¡qué desgracia para ella! En vez de verse cubierta por un traje nuevo, de oro y plata, dióse cuenta de que su vestidito de algodón habíase transformado en otro grueso y viejo, de lana gris, con numerosos remiendos y hasta un agujero bastante grande en la falda.

María Juana se quedó trastornada a más no poder. Pero no tuvo otro remedio que resignarse a llevar aquel traje, porque el suyo propio había desaparecido. Empe-

zó a andar por el bosque llorando amargamente. Pronto sintió una sed inmensa y buscó una fuente o arroyo en que apagarla. Mas no pudo encontrar otra cosa que una zanja llena de agua fangosa, que, naturalmente, no quiso beber.

—Ya sé lo que haré—se dijo.—Me beberé el agua de la botella. La llenaré luego en esa otra fangosa, porque, sin duda alguna, el brujo no advertirá la diferencia.

Bebióse toda el agua de la botella y luego la llenó con la fangosa de la zanja. Apenas había acabado de hacerlo, cuando vió que se aproximaba el viejo y encorvado brujo.

—¿Qué haces ahí?—preguntó enojado.—¿No sabes que este bosque es una propiedad particular?

—Beba usted un poco de agua—dijo María Juana.—Al parecer está acalorado y sediento.

Y entregó al brujo la botella. El la llevó a los labios y apenas la hubo probado, se dió cuenta de que era fangosa; y muy enojado la vació en el suelo.

—Ahora deme una bolsa mágica—dijo María Juana.

El brujo sacó una bolsa de su faltriquera y la entregó a la niña. Después se marchó sin decir palabra.

María Juana se apresuró a abrir aquella bolsa, pero, ¡qué desengaño! En vez de hallarla llena de oro, la vió ocupada por multitud de tijeretas, que se apresuraron a saltar al suelo en cuanto vieron la bolsa abierta. Ella la dejó caer, horrrizada, aunque no tardó en recogerla.

—Quizás pronto se llenará de monedas de oro—pensó.—Es posible que también la de María Ana estuviese, al principio, llena de tijeretas.

Llevóse, pues, aquella bolsa. Pronto se vió al pie de la torrecilla del bosque y observó que, asomado a la ventanilla, había un buhonero feo, sucio y astroso. Tenía la

nariz muy larga, un ojo azul y otro pardo. En un santiamén, María Juana encajó la llave en el agujero de la cerradura, abrió la puerta y el joven bajó corriendo la escalera.

A corta distancia encontró a su asno y María Juana y él montaron en aquel flaco y viejo animal. Al llegar al extremo del bosque, María Juana esperaba, con el mayor interés, poder presenciar la transformación del asno en caballo magnífico, pero, con gran desilusión por su parte, vió que continuaba siendo un asno. Entonces se volvió para ver si el buhonero se había transformado a su vez en gallardo príncipe. Pero, ¡ay!, seguía siendo un feo buhonero, muy feo y astros.

—Veo que posees una bolsa mágica—dijo él.—¿Qué contiene? ¿Monedas de oro?

—Sí—contestó María Juana mintiendo.

Cuando el buhonero oyó esta afirmación, resolvió casarse con María Juana, puesto que así serían ricos. Le rogó, por consiguiente, que consintiera en ser su esposa y ella se lo prometió, figurándose, a su vez, que, antes o después, su compañero se convertiría en un apuesto príncipe. Por fin llegaron a casa de María Juana y, como se comprende, su madre se disgustó mucho al observar que su hija llevaba un vestido tan feo y que la bolsa que le había correspondido estaba llena de tijeretas. Recomendó a María Juana que guardase el secreto de la bolsa, porque, de lo contrario, quizás el buhonero no querría casarse con ella, cosa lamentable, una vez se hubiese transformado en príncipe.

María Juana, pues, no dijo una palabra acerca de la bolsa llena de tijeretas e hizo todos los preparativos para la boda. Esta había de celebrarse al día siguiente, porque el buhonero no quiso esperar. Así la fiesta nupcial se ce-



ORDENÓ A MARÍA JUANA QUE GUARDASE SECRETO

lebró sin más demora, y a pesar de que María Juana dijo a todo el mundo que, en realidad, se casaba con un príncipe y no con un buhonero, nadie la creyó. Nadie podía imaginarse que un príncipe quisiera casarse con una muchacha de tan mal carácter.

Después de la boda, los novios montaron en el burro y se alejaron. María Juana se figuró que irían a un palacio y durante varias horas vigiló atentamente el camino, deseando descubrirlo. Mas, al fin, ya fatigada, preguntó al buhonero, su marido, cuándo llegarían a su palacio.

—¿A qué palacio?—preguntó él, muy sorprendido.

—Al tuyo—replicó María Juana.—Tú eres un príncipe, ¿verdad? Pues todos los príncipes viven en palacios.

—No soy ningún príncipe—contestó el joven;—no soy más que un buhonero, como sabes muy bien, y precisamente me he casado contigo porque posees esa bolsa encantada.

—Pues tampoco la tengo—contestó María Juana echándose a llorar.

El buhonero se apoderó de la bolsa que llevaba su mujer y la abrió. Al ver que de ella salía una verdadera nube de tijeretas, la arrojó disgustado al suelo.

—Me has engañado—exclamó furioso.—Nunca me hubiese casado con una joven de tan mal carácter como tú, de haber sabido que no tenía más dinero que yo. Y ahora habrás de trabajar de firme para vivir, porque ni soy príncipe, ni dije nunca que lo era.

Empezó entonces una vida muy dura para María Juana, que había de trabajar de la mañana a la noche y ocuparse de las tareas que le ordenaba el buhonero. No pudo entregarse ya a la pereza y cuando quería resistirse o se enojaba, su marido le daba una paliza. Pronto, por consiguiente, aprendió su lección y se esforzó en sonreír y en demostrar tan buen carácter como su hermanastra María Ana.

En cuanto a ésta última, vivía muy feliz con su príncipe en el palacio. El pueblo la adoraba, porque su corazón era tan bueno como hermoso su rostro. Y un día, cuando un buhonero y su mujer llegaron a las puertas de su palacio, ella profirió un grito de sorpresa al darse cuenta de que eran su hermanastra María Juana y el buhonero con quien se había casado.

Olvidando los malos tratos de que su hermanastra la hiciera víctima, así como también su egoísmo y mal carácter, María Ana salió corriendo a su encuentro y le dió un estrecho y cariñoso abrazo. María Juana era ya muy



CORRIÓ AL ENCUENTRO DE MARÍA JUANA

humilde y en sus ojos resplandecía la bondad. Besó a María Ana y luego le hizo una profunda reverencia.

—Debes venir a vivir aquí—dijo Ana María.—A corta distancia de mi palacio hay una linda casita y os la destinaré. Tu marido será nuestro calderero remendón, y se encargará de arreglar los calderos, potes y sartenes que lo necesiten.

La princesa cumplió su palabra y, en breve, María Juana y su marido viéronse agradablemente instalados en aquella linda casita. Todo se arregló al fin, y de acuerdo con mis noticias, aun viven las dos hermanas cada una en la morada que les deparó el destino y su propio comportamiento.

EL MUÑECO DE SORPRESA

En una tienda de juguetes vivía un feo y viejo muñeco, agazapado dentro de una caja. Tenía el pelo erizado, una nariz muy grande, ojos desorbitados y una risa horrible. Le agradaba asustar a los demás juguetes y estaba siempre dispuesto a saltar contra ellos.

Durante el día le era forzoso contenerse, porque entonces veíase obligado a permanecer dentro de su caja, muy quieto, a no ser que el dueño de la tienda abriese la tapa. En tal caso surgía de un salto, produciendo un chirrido muy desagradable y todos los juguetes vecinos se estremecían de miedo.

Por las noches tenía la costumbre de abandonar su caja y de saltar por los estantes. Ocultábase tras de la casa de muñecas y saltaba luego para asustar al hada que, sin ver lo que hacía, fué a chocar contra la bomba de incendios y se rompió su lindo traje.

Otra vez, el malvado muñeco se escondió en el arca de Noé, cuando todos los animales habían salido a dar un paseo por la tienda, acompañados por el mismo señor Noé. Al regresar, la señora Noé les levantó la tapa del tejado, a fin de que los animales pudiesen entrar de nuevo, pero el malvado muñeco saltó entonces y se asustaron de tal manera, que salieron disparados en todas direcciones.

El señor Noé tuvo que pasar la noche entera buscándolos y, al fin, se vió obligado a renunciar al segundo oso, de manera que ahora falta un animal en el arca.

Los juguetes acabaron por cansarse del muñeco de resorte. Nunca sabían cuándo saltaría, ni desde dónde, ni lo que haría luego. Así, una noche, en que, por excepción, se había quedado dormido en su caja, todos los demás juguetes celebraron una reunión para tratar de él.

—¡Si, por lo menos lográsemos sacarlo de aquí!— exclamó el hada muñeca.

—¿Cómo?—preguntó el mayor de los osos de juguete.

—Tal vez el tren que tiene máquina de cuerda querrá llevárselo a alguna parte—sugirió el hada muñeca.

—No—contestó el tren.—Yo no haría eso. No quiero nada con ese individuo. La noche pasada saltó contra mí, me hizo descarrilar y me rompí una rueda.

—Pues ya no hay esperanza—exclamó la muñeca dando un suspiro.

—¿Y si se lo propusiéramos al autómibus o a la bomba de incendios?—preguntó el negrito.— ¿No podrían llevárselo y perderlo?

—Sí, pero en caso de que nos lo llevásemos—contestó el autómibus—, ¿cómo podríamos obligarle a bajar si él no quisiera? No se movería de su sitio, y en tal caso volvería.

Entonces habló el aeroplano, que se hallaba en lo alto de un estante.

—A mí no me importa llevármelo a dar un vuelo—dijo.—Y mientras estemos en el aire rizaré el rizo, de manera que él se caerá. Cuando ya esté en el suelo, volveré.

—¡Magnífico!—exclamaron los juguetes.—¿Cómo lo haremos?

—Mañana por la noche os invitaré a todos a dar un vuelo, por turno—dijo el aeroplano.—Seguramente él

querrá volar también, y en cuanto haya tomado asiento yo saldré por la ventana y lo dejaré caer en cualquier parte.

A la noche siguiente, todos los juguetes dieron vuelos por turno, recorriendo el área del establecimiento a bordo del aeroplano. Se divirtieron en extremo. De pronto, el muñeco resorte saltó ante el negrito y le dió tal susto, que lo hizo caer en una palangana llena de agua, de manera que, por poco, se ahoga.

—Oye, tú, no te metas con nadie y ven a dar un vuelo—le dijo el aeroplano, aterrizando casi a su lado.

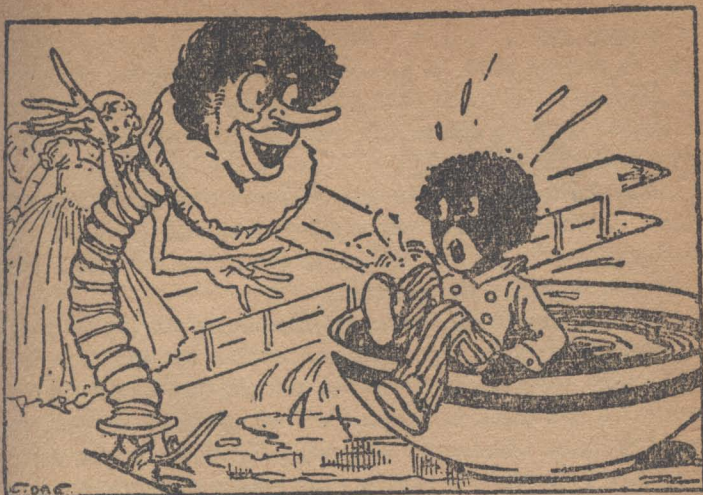
El muñeco se rodeó el cuello con su bufanda y subió al aparato, yendo a ocupar el asiento del piloto. El aeroplano se elevó y en el acto se encaminó a la ventana.

Todos los juguetes aplaudieron entusiasmados, al darse cuenta de que el muñeco de resorte era arrebatado por el aeroplano. Esperaron largo rato el regreso de éste, y en cuanto lo vieron aparecer, lo rodearon ansiosos de conocer lo ocurrido.

—¿Qué hiciste con él?—le preguntaron.

—¡Ah!—contestó el aeroplano.—No lo adivinaríais nunca. Cuando volábamos por encima de una casita, ricé el rizo y él, naturalmente, se cayó, yendo a parar a una chimenea. La casa pertenecía a una bruja, que estaba sentada en el fuego del hogar y al ver caer al muñeco de resorte dió un salto de espanto. Le gritó algunas palabras mágicas y en el acto lo convirtió en un ratón. Lo sé muy bien, porque estuve volando un rato alrededor de la casa y pude mirar por la ventana. Al ver lo que la vieja había hecho, aterricé, en espera de que el ratón saliese corriendo, asustado de la bruja. Saltó de nuevo al asiento del piloto y aquí lo he traído.

—¡Cómo! ¿Has traído a ese malvado muñeco?—exclamaron los juguetes aterrados.



EL MUÑECO DE RESORTE SALTÓ ANTE EL NEGRO

—¡Oh! Ahora no es más que un ratón y está asustadísimo. No hace más que temblar—contestó el aeroplano riéndose.—¡Miradlo!

Los juguetes miraron al asiento del piloto del aeroplano. Acurrucado en el rincón y tratando de ocultarse, vieron a un ratoncito tembloroso y asustado.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ahora ya sabe lo que es tener miedo—dijeron los juguetes.—Este sí que es un buen castigo para él.

El ratoncito fué sacado del aeroplano y en el acto echó a correr en busca de un rincón. Los juguetes le tuvieron lástima, mas no le hicieron ya ningún caso. Pero Zapitón, el gato del establecimiento, lo olfateó y a partir de aquel momento empezó a acecharlo escondido.

El pobre ratoncillo temía verse a cada momento, bajo las garras del gato y a duras penas podía conservar la vida. Entonces supo lo espantoso que era verse atacado de improviso y asustado, cuando menos se esperaba. ¡Cuánto deseó no haber sido tan malvado con los demás juguetes!

Una noche, el ratoncito se metió en su antigua caja, en busca de cobijo y una vez dentro se quedó dormido. Al despertarse ¡oh, maravilla! ya no era ratón, sino que volvía a ser muñeco de resorte.

Los juguetes lo sintieron en extremo y no dejaron de experimentar gran temor al presenciar tal transformación, pues estaban persuadidos de que no tardarían en sentir los antiguos temores. Pero el muñeco de resorte había recibido una buena lección, y en adelante se mostró cariñoso y amable, y nunca más volvió a saltar de improviso ante un juguete, para asustarlo.

—Os ruego que me perdonéis por mi pasada maldad— les dijo.—Permitidme que sea vuestro amigo.

Los juguetes le perdonaron y ahora son todos muy amigos. Pero el muñeco de resorte todavía salta para asustar cuando se acerca Zapitón. Este a su vez, da un salto de miedo, y entonces, el muñeco se ríe a carcajadas. No ha olvidado cómo le atemorizaba el gato cuando él se había transformado en ratón.

PITUSO Y EL GATO DE PORCELANA

Un día, en mitad del invierno, el elfo Pituso se asomó a la entrada del hueco del árbol en que durmiera aquella noche. El suelo estaba cubierto de nieve y la escarcha se esforzó en morderle. A Pituso no le gustó la cosa, porque la verdad era que tenía mucho frío.

—¡Oh!—exclamó frotándose las manos.—¡Cuánto me gustaría tener un traje más caliente! Este que llevo es de hojas de hiedra y aunque tiene aspecto de ser de abrigo, deja pasar el frío.

Precisamente en aquel momento, un petirrojo pasó a corta distancia con todas las plumas erizadas y Pituso lo miró con envidia.

—Si tuviese un hermoso traje de plumas, como el de ese petirrojo, estaría tan caliente como una tostada que acaban de sacar del fuego—se dijo el elfo.—¡Oye, petirrojo! ¿Podrías regalarme algunas plumas?

—¿Cuántas?—preguntó el pajarillo.

—Una veintena, más o menos.

—¡De ninguna manera!—contestó, indignado, el petirrojo.—Si diese veinte plumas a todos los tontos que me las pidiesen, no tardaría en morir helado.

—¡Malo!—le contestó Pituso haciéndole al mismo tiempo una fea mueca.

El día era cada vez más frío y Pituso se estremecía,

sintiendo que, por momentos, se encontraba más arrecido. Por fin se dijo, que como fuese, era preciso procurarse un traje de abrigo. Empezó a reflexionar y, de pronto, se le ocurrió una idea en extremo curiosa. Alegre por demás, salió del hueco del árbol y se encaminó, sin vacilar, a una tienda cercana.

Corría a cargo de un duendecillo, que solamente se dedicaba a la venta de objetos de porcelana, vajilla de todas clases, etc.

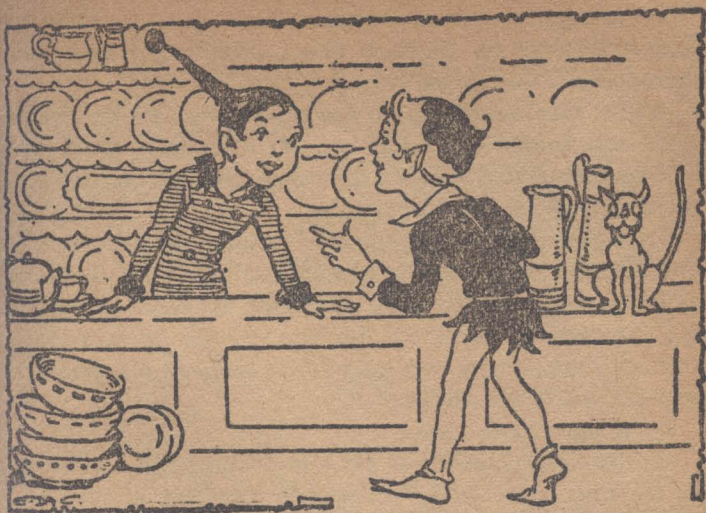
—¿Qué quiere usted?—preguntó el duendecillo a Pituso al verlo entrar.

—¿Tendría usted, por casualidad, un gato de porcelana que pudiera prestarme?—le preguntó Pituso.

El duendecillo tenía buen corazón, de manera que no vaciló en prestar a Pituso un enorme gato de porcelana. El elfo se dirigió a una fila de casas que conocía y, con el mayor cuidado, miró a su alrededor. No había nadie a la vista. No pudo descubrir ningún gato y tampoco pájaro alguno. Pituso se apresuró a poner el gato de porcelana sobre la hierba y luego empezó a cantar con toda la fuerza de sus pulmones. En su canción figuraban palabras muy curiosos, de manera que, en breve, los gorriones, petirrojos, estorninos, tordos, mirlos, golondrinas y pinzones acudieron volando para averiguar qué pasaba.

Entonces Pituso les contó una mentira muy grande.

—¿No os acordáis de aquel enorme gato blanco, que tenía la mala costumbre de comerse a vuestros pequeños en primavera?—preguntó.—Pues bien, aquí está. Yo soy un elfo maravilloso, que conozco la manera de transformar los gatos vivos en gatos de porcelana mediante un poderoso encantamiento. Y he transformado a éste que veis, de manera que ya nunca más podrá robaros los nidos.



—¿QUÉ QUIERE USTED?—PREGUNTÓ

Naturalmente, eso les pareció maravilloso a los pájaros. Todos empezaron a hablar a grito pelado y los estorninos se distinguieron entre todos por lo escandalosos.

Luego, cada uno de ellos empezó a acusar a un gato determinado de haber devorado a algún pariente o amigo y rogaron al elfo que los convirtiese en porcelana.

—¡Qué lástima que no podamos ver convertidos en porcelana a esos enemigos!—suspiró el pinzón.—¿No podrías hacer algo en nuestro favor, querido elfo?

—Creo que sí. Lo intentaremos—contestó Pituso.—Es muy fácil. Pero, antes, es preciso pagarme.

—Como no tenemos dinero no nos es posible recompensar tus esfuerzos—contestó el pinzón.

—No necesito dinero—repuso el elfo.—Si queréis, pagadme en plumas. Si cada uno de vosotros me da una pluma, me consideraré pagado.

Ya se comprende que a los pájaros no les importaba nada esa condición. Cada uno de ellos se arrancó una blanda pluma y la entregó a Pituso. Este las recogió muy satisfecho y les dió las gracias.

En aquel momento empezó a nevar y el elfo les dijo que habrían de esperar a la mañana siguiente. Todos se alejaron al vuelo y Pituso encontró un lugar abrigado, bajo una mata de lirios. Sentóse allí en compañía del gato de porcelana y con las plumas empezó a prepararse una chaqueta de abrigo.

¡Qué agradable sería!

El elfo pasó ocupado el día y la noche en la confección de su traje de plumas. Al llegar la mañana, el sol invernal trató de asomarse por una abertura de las negras nubes y entonces el elfo se puso su nuevo traje y empezó a bailar muy satisfecho.

—¡Cuánto abriga!—exclamó.— ¡Qué suerte tengo! ¡Qué tontos han sido esos pájaros al dar crédito a mi cuento del gato de porcelana! Ahora conviene que me aleje de este jardín, para que no vengan a reconvenirme por mi mentira.

Se puso el gato de porcelana bajo el brazo y abandonó el cobijo de la mata de lirios. Pero cuando andaba por encima de la hierba cubierta de nieve, ocurrió algo desagradable. Lo descubrió un gran gato negro y, a causa de su traje de plumas, se figuró que sería un pájaro. En un abrir y cerrar de ojos saltó sobre él y el pobre Pituso se vió tendido de espaldas en la nieve. Se echó a gritar y todos los pájaros de las cercanías acudieron volando, para ver quién era la víctima.

—Es el elfo que ayer se jactaba de poder transformar



PITUSO SENTÓSE AL LADO DEL GATO

los gatos en figuras de porcelana. Vamos a ver si transformas a ése. Así te librarás de sus garras.

—¡Oh, asustadlo en vuestras alas!—exclamó Pituso.
—Mentí, porque no puedo transformar a los gatos en figuras de porcelana. Hice muy mal. Pero perdonadme y asustad al gato.

Mas los pájaros no estaban dispuestos a eso a causa del enojo que les produjo ver que el elfo les había engañado. Por consiguiente, se alejaron volando y abandonaron al elfo en poder del gato.

—¿De modo que eres capaz de transformar a los gatos en figuras de porcelana?—preguntó irónicamente el gato negro.—Pues ahora te enseñaré a contar mentiras como ésa.

Con agudas garras destrozó el nuevo traje de Pituso y se comió todas las plumas. Luego arañó al elfo en las manos y le quitó los zapatos. Hecho eso, rompió el gato de porcelana y se marchó riéndose.

—Nunca más volveré a hacer una cosa así—exclamó Pituso.—¿Por qué habré sido tan malo? Ahora el duen-



DESTROZÓ EL NUEVO TRAJE DE PITUSO

decillo me hará pagar el gato roto y no tengo ni un cuarto. También carezco de traje y de zapatos.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja—exclamaron los pájaros a su alrededor.—Lo tienes muy merecido, estúpido elfo. Y ahora abandona cuanto antes este jardín, si no quieres ser víctima de nuestros picotazos.

Pituso no tuvo más remedio que alejarse, no sin antes haber recogido los fragmentos del gato de porcelana. El duendecillo de la tienda, para cobrarse el valor del la figura, obligó a Pituso a ocuparse en trabajos muy pesados. . . y, de pronto, el elfo observó que ya no tenía frío.

—¡Ah, el trabajo duro es el mejor abrigo que se conoce! Eso te quitará el frío.

Y, en efecto, así fué



Gran Novedad

CUENTOS

ILUSTRACION - SORPRESA

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo.

Es el libro de cuentos convertido en juguete.



Títulos en existencia

**EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO
LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO**

Precio de cada volumen: \$ 6.—

**EL GALLITO DEL LUGAR
POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES**

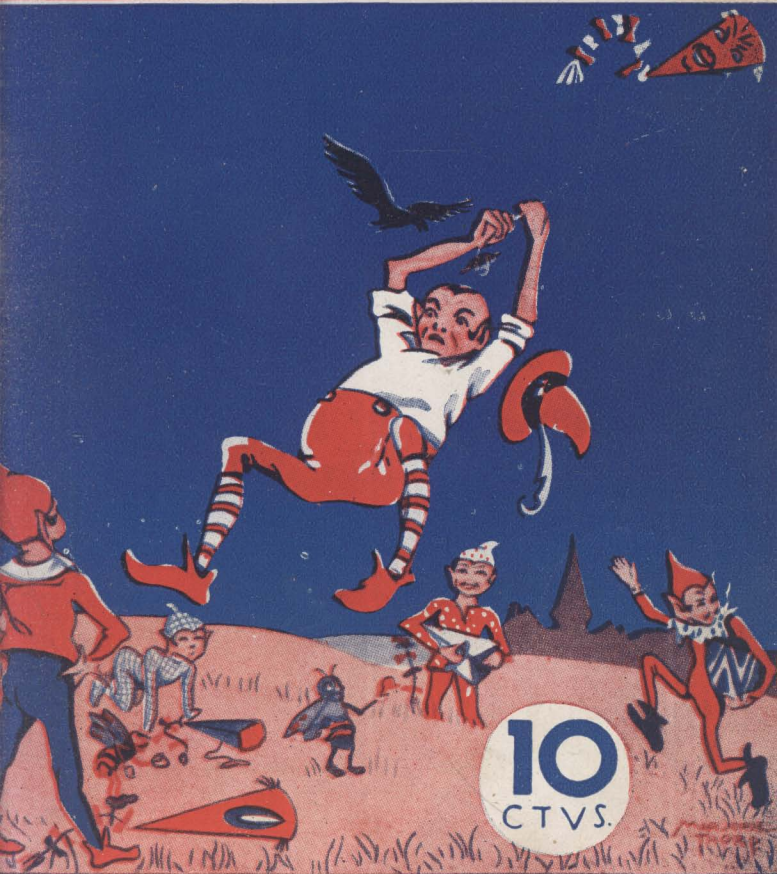
Precio de cada tomo: \$ 2.30

GOROSTIAGA 1650



BUENOS AIRES

LA COMETA ENCANTADA



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA Nº 8

La Cometa

Encantada

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*

La COMETA ENCANTADA



son luchas
de cometas
el jueves
venga y
gane el
premio
con su
cometa

En un pueblecito, situado a corta distancia del País de las Hadas, vivía una comunidad de duendecillos, muy limpios, bondadosos y amigos de favorecerse mutuamente, de modo que eran muy felices. Ninguno de ellos pronunciaba jamás una palabra de enojo, ni

tampoco nadie fruncía el ceño o contestaba de mala manera.

Cierto día un geniecillo, llamado Cusquín, fué al pueblo para vivir en él. Pronto se vió que era un individuo desagradable. En primer lugar, era demasiado versado en la magia y cuando alguien no se apresuraba a hacer lo que él pedía, murmuraba algunas fórmulas de encantamiento y entonces a los desdichados les ocurrían cosas muy molestas.

En una ocasión, la anciana vendedora de mantequilla no quiso dársela al precio que Cusquín le pidió y entonces éste, para vengarse, pronunció una fórmula mágica. en virtud de la cual la pobre mujer vióse obligada a

mirar ceñuda a todo el mundo. Para evitar aquella desagradable necesidad, consintió en vender la mantequilla al precio que deseaba Cusquín, pero él se marchó sonriendo, sin levantar el encantamiento. Otra vez el señor Tipín no le quiso prestar su escoba, porque ya se la había prometido a otra persona. Cusquín murmuró unas palabras mágicas y el pobre señor Tipín vióse dotado de una voz antipática e insultante, que sólo le sirvió para hacerse muchos enemigos.

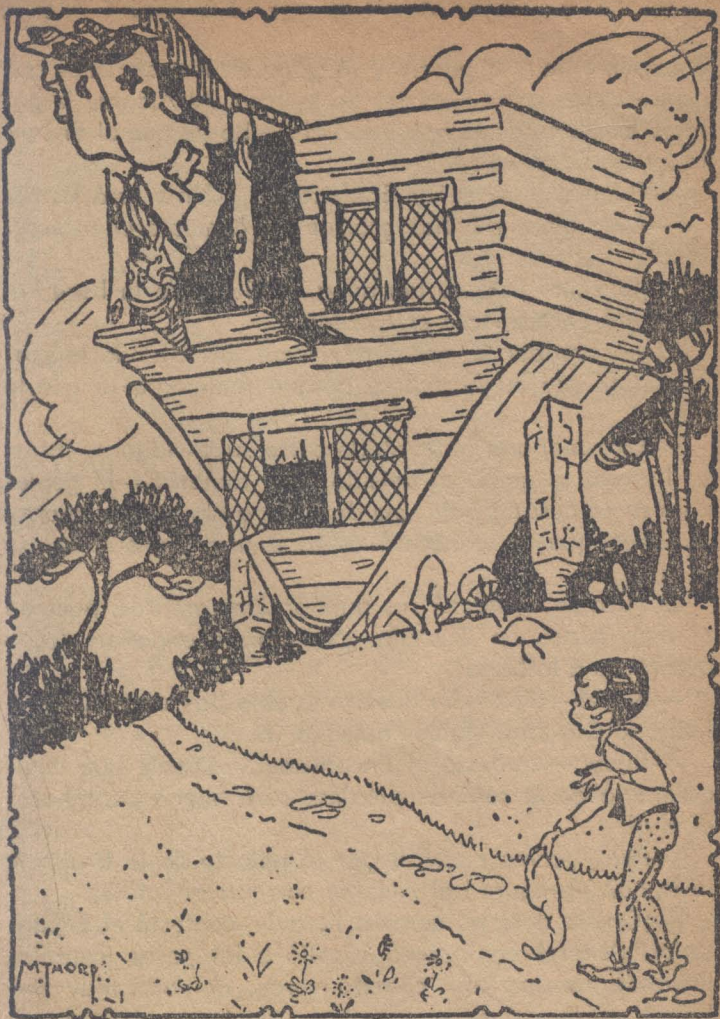
Como se comprende, todos aquellos a quienes se dirigía con su voz seca y autoritaria, le contestaban en igual tono, y, por vez primera, se conocieron las penas en el pueblo, antes tranquilo. La vendedora de mantequilla estaba ceñuda todo el día, y cuantos la veían la miraban de igual modo, cosa que originaba multitud de disputas y peleas.

Por todas esas razones, los duendecillos empezaron a sentirse desgraciados.

Entonces el Alcalde del pueblo creyó llegada la ocasión de intentar algo. Por consiguiente, se dirigió a la azulada montaña, que existía al este del pueblo, con objeto de visitar la extraña casa que había en la cumbre.

Aquella casa se había construído al revés, de modo que apoyaba en el suelo el tejado y las chimeneas, y los escalones de la puerta se hallaban en la parte más elevada. Ello era muy raro, pero fué preciso construir la casa así, porque el encantador que la ocupaba siempre andaba con los pies en alto y la cabeza abajo, a causa de un encantamiento que le salió mal; y naturalmente la vivienda había de estar de acuerdo con sus costumbres.

El Alcalde llamó al Encantador, porque nadie podía entrar en una casa como aquella. El Encantador salió



—BUENOS DÍAS, ENCANTADOR—DIJO EL ALCALDE

amablemente a la puerta y se sentó en los escalones que ocupaban la parte superior de la casa. Al Alcalde le pareció el colmo de la habilidad el hecho de que el Encantador no se cayera.

—Buenos días, señor Encantador. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, muchas gracias — contestó el interpe-lado.

—¿Y cómo está su hermana, la Bruja de la Luna?— preguntó cortésmente el Alcalde.

El encantador se ponía muy contento cuando le pre-guntaban por su hermana, porque realmente la quería mucho.

—Esta mañana he recibido carta suya—dijo mientras se llevaba la mano al bolsillo para tomarla.—El genie-cillo se ha casado y ella me dice que anda buscando otro. Supongo que no conocerá usted a ninguno que quiera ir allá.

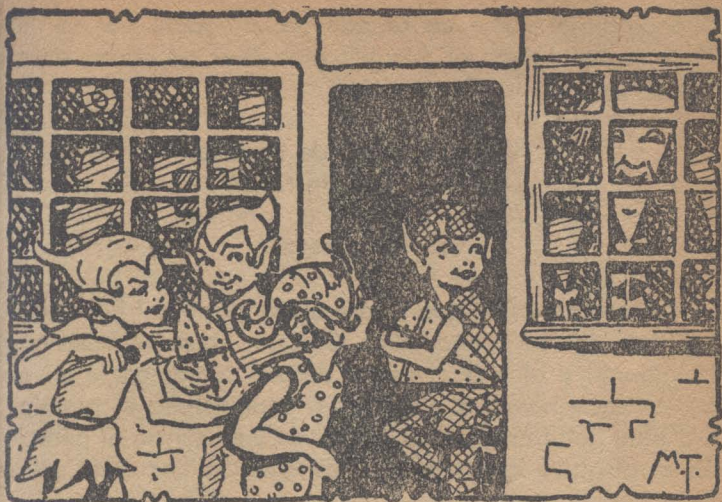
El Alcalde enderezó sus puntiagudas orejitas, pues en el acto pensó en Cusquín. ¡Si pudiese engañarlo para que fuera a la Luna!

—No sé—dijo.—En nuestro pueblo hay un genie-cillo, llamado Cusquín. Quizás quisiera ir.

—Bueno—contestó el Encantador.—Dígale que cual-quier día de la semana próxima será bueno para hacer el viaje.

—Pero, ¿cómo podrá llegar al palacio de la Bruja de la Luna?—preguntó el Alcalde con mayor interés.

—¡Oh, le daré mi cometa lunar!—contestó el Encan-tador. Penetró en la casa y salió a los pocos instantes llevando consigo una cometa verde, de tono muy bri-llante, en la que se veía pintada una cara sonriente. El rabo de la cometa era muy largo y estaba compuesto de plumas amarillas y verdes. Arrojó la cometa al Alcal-



LOS DUENDECILLOS FUERON A COMPRAR COMETAS

de de los duendecillos y le dijo:—Tenga usted mucho cuidado con el cordel. En cuanto lo agarra alguien con las manos desnuda, la cometa se apodera de él y lo transporta a la Luna.

—Muchas gracias—contestó el Alcalde, en extremo satisfecho.

Le dió luego los buenos días y se volvió al pueblo.

Convocó una reunión secreta de los duendecillos, y en unión de ellos convino un plan. Dos días después, la tiendecita de juguetes del pueblo estaba llena de cometas. No eran tan grandes ni bonitas como la verde del Encantador, que estaba colgada del centro del techo de la tienda, de manera que su rabo llegaba hasta el suelo.

Todos los duendecillos fueron a comprar cometas, aun-

que ninguno, como ya se adivina, preguntó por la del Encantador. Luego el Alcalde hizo fijar un cartel en el prado del pueblo. Decía así:

"Gran concurso de cometas
el jueves por la tarde.
Venga y gane el premio
con su cometa."

Ya se comprende que ésta era una parte del plan convenido entre los duendecillos. Cusquín no sospechaba cosa alguna, y al leer el cartel decidió tomar parte en el concurso de cometas para ver si conquistaba el premio. Era muy hábil en muchos ejercicios y se sonrió al pensar en el disgusto que tendrían los duendecillos si él salía vencedor.

Se encaminó, pues, a la tienda de juguetes y examinó todas las cometas que estaban en venta.

—No me gusta ninguna de esas—dijo con rudeza.—¿No tiene usted ninguna mejor?

—¡Oh!—replicó la dueña del establecimiento.—Tengo una cometa magnífica, señor Cusquín, pero la guardaba para el señor Alcalde. Además, es cara.

En cuanto Cusquín se enteró de que la hermosa cometa estaba reservada al Alcalde, decidió adquirirla. ¡Qué disgusto tendría el Alcalde! Sin embargo, no estaba dispuesto a pagar un precio elevado. ¡De ninguna manera!

—Le doy a usted cincuenta céntimos por esa cometa—dijo a la buena mujer.

—¡No puede ser!—contestó ella.—ya le he dicho que es una cometa cara.

—Démela por cincuenta céntimos, pues, de lo con-



¡OH!—DIJO LA VENDEDORA—TENGO UNA COMETA

trario, le voy a lanzar una maldición y cuando quiera hablar empezará a gruñir, sin poder remediarlo.

La dueña del establecimiento se apresuró a descolgar la cometa para entregarla a Cusquín, quien salió lleván-

dosela muy satisfecho. El jueves por la tarde se encaminó como los demás a la colina, en donde ya se elevaban las cometas, y, muy orgulloso, mostró la suya a los duendecillos.

Con gran sorpresa por su parte, no pudo advertir que el Alcalde estuviese disgustado al verse sin la cometa que le estaba destinada. Eso le dió que pensar, pues se dijo que quizás hubiese algo raro en aquella cometa, de manera que, para colmo de precauciones, decidió hacerla probar al Alcalde.

Pero éste se había preparado ya para aquella contingencia, pues llevaba puestos un par de guantes, a fin de no tocar el cordel con las manos descubiertas. Tomó, pues, la cometa de Cusquín, desenrolló una parte del cordel y luego llamó a un duendecillo que estaba cerca, para que arrojase la cometa al aire en cuanto soplara una racha de viento. Poco tardó en subir la cometa, que resultaba magnífica, vista desde abajo, hasta que, alcanzando mayor altura, apenas se hizo visible.

Cusquín agarró con rudeza el cordel de la cometa. Quería hacerla volar él solo, pues ya se había convencido de que no había ningún peligro.

—Veo que llevas guantes—exclamó en tono burlón dirigiéndose al Alcalde.—¡Pobre duendecillo! ¡Tiene miedo de lastimarse las delicadas manos!

El Alcalde sonrió. El geniecillo se apoderó del cordel y lo soltaba lentamente, a medida que la cometa alcanzaba mayor altura. Pronto se agotaría la provisión del cordel, y entonces, ¿qué le sucedería al burlón geniecillo?

Todos los duendecillos recogieron sus respectivas cometas y se dispusieron a observar. Cusquín se figuró que querían admirarle y empezó a darse tono. De pronto se terminó el cordel y el geniecillo lo retuvo con la mayor

fuerza, o, mejor dicho, fué el cordel que lo sujetó a él.

En cuanto llegó este momento, la cometa no dejó de ascender, sino, todo lo contrario, pues ejerció una fuerza tal contra el geniecillo, que éste se vió levantado en el aire. Quiso soltar el cordel, mas por mucho que se esforzó no pudo conseguirlo. El encanto mágico de la cometa se había apoderado de él. Salió, pues, disparado por el aire, sin dejar de pedir socorro, pero nadie se dispuso a prestárselo, porque estaban todos satisfechísimos de ver como se alejaba Cusquín.

—Vas ahora al palacio de la Bruja de la Luna, para ser su esclavo. Sé bueno y trabaja bien, porque, de lo contrario, te verás transformado en una araña.

Cusquín profirió un grito de rabia al ver que, a pesar de todo, le habían engañado. Pero de nada le sirvió. No tuvo más remedio que continuar su viaje a la Luna, y muy pronto no fué más que un puntito en el cielo.

—Ya se ha ido—exclamó el Alcalde, muy alegre.— Suerte tuvimos del auxilio del Encantador. Ahora es posible que todos los maleficios que ese tuno puso sobre nosotros desaparezcan dentro de breve tiempo y podamos ser nuevamente felices.

En efecto, pocos días después desaparecieron aquellos maleficios y en el pueblo volvió a reinar la paz y el contento. En cuanto a Cusquín, Dios sabe cómo le va a las órdenes de la Bruja de la Luna. A mí no me importa gran cosa. ¿Y a vosotros?

LOS MUNECOS DE PAPEL

Cierta tarde lluviosa, Santiago y Susana se dirigieron a la caja de costura de la institutriz y tomaron dos pares de tijeras, con objeto de dedicarse a recortar muñecos de unos catálogos que encontraron en el estante de los libros del comedor. Y una vez en posesión de todo eso, se dirigieron a la habitación destinada a sus juegos.

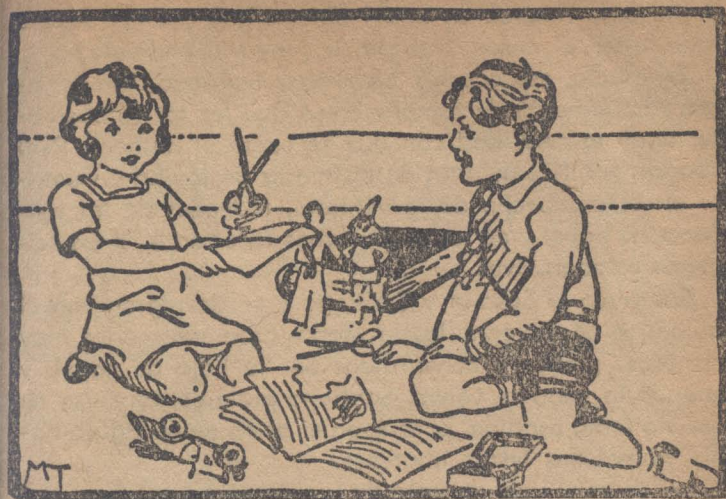
—Yo voy a recortar esos automóviles. Son muy bonitos y, además, tienen colores. Mira, Susana.

—Sí—contestó la niña.—Por mi parte recortaré algunas personas. Mira, aquí hay una vieja que lleva un cesto, un hombre muy alto, con sombrero puntiagudo y otro de corta estatura, que lleva bata. ¡Oh, voy a recortar muchos muñecos!

Santiago no tardó en dejar listos los automóviles. Eran tres: uno rojo, otro verde y otro azul. Luego quiso recortar otros objetos más pequeños, como, por ejemplo, un atizador, unas tenazas y también una pala para el carbón. Después encontró una página en la que había algunas cajas de bombones de chocolate, todas ellas con las tapas abiertas, para dejar al descubierto los tentadores dulces. Tenían aspecto de ser deliciosos.

—Voy a recortar esas cajas de bombones—dijo a Susana.—¡Oh, qué bonitos muñecos has recortado! Ponlos en pie, Susana. Así parecerán de verdad.

Susana los puso en pie. Había recortado las figuras de una mujer anciana, de un hombre alto y de otro pequeño que vestía una bata de casa. Los apoyó contra un libro.



—¡QUÉ BONITOS MUÑECOS HAS RECORTADO!

—Hemos recortado muchas cosas — dijo la niña. — Automóviles, muñecos, instrumentos para el fuego y cajas de bombones. ¡Oh, Santiago, cuánto me gustaría que esos bombones fuesen verdaderos!

—Vamos a llevarlo todo al antepecho de la ventana — dijo Santiago, recogiendo sus automóviles de papel y las demás cosas. — Pondremos en pie los automóviles y también los muñecos. Tendrá un aspecto magnífico.

Acercáronse, pues, a la ventana, subieron al ancho antepecho, detrás de la cortina azul y empezaron a poner en pie todos sus muñequitos.

—Me gustaría ser tan pequeña como esos diminutos personajes — dijo Susana. — Así podríamos jugar con ellos y ver cómo son.

Ahora bien, no sé cómo sucedió la cosa, pero quizás

había algo mágico en aquel día, porque apenas Susana manifestó tal deseo, cuando se convirtió en realidad.

En efecto, eso ocurrió. La niña y Santiago disminuyeron rápidamente de tamaño, cosa que les fatigó bastante, dado la celeridad con que se operó el milagro. Pero cuando por fin, dejaron de disminuir de tamaño, viéronse en el antepecho de la ventana, rodeados de los muñecos de papel y de los automóviles recortados. Y los primeros estaban vivos.

Sonrieron a Susana y Santiago y se acercaron con el propósito de estrecharles la mano. Eran sus manos muy curiosas: planas y constituidas por la hoja de papel, y cuando la vieja se volvió, Santiago pudo convencerse de que no tenía espalda, porque en el dorso de su figura había numerosas letras impresas.

—Ese es el lado opuesto de la página de que la recortaste—murmuró Santiago al advertir la mirada de asombro de Susana.—En el otro lado había una historia y eso que ves constituye solamente una parte. ¿No te parece extraño?

—Nos alegramos mucho de que hayáis recortado para nosotros esas cajas de bombones de chocolate—dijo el individuo del sombrero puntiagudo, mientras tomaba una caja y la examinaba.

—También os agradezco que cortarais mi aro de madera—dijo a su vez el niño grueso.

Levantó el papelito para impulsar el aro, pero éste no rodaba bien, porque las tijeras de Susana habíanse desviado, cortando un extremo del aro.

Su dueño se enojó mucho.

—Este aro no quiere rodar—dijo ceñudo.—Muy descuidada fuiste al recortarme. Voy viendo que no me eres nada simpática.



SONRIERON Y FUERON A ESTRECHARLES LA MANO

—No le hagas caso—replicó el hombrecillo cubierto por una bata.—Es un muchacho de bastante mal genio. Por mi parte estoy muy contento del modo como recortaste mi bata. Mira, está tan bien cortada la cintura, que incluso puedo ponérmela o quitármela.

El hombre alto, del sombrero puntiagudo, tomó una de las cajas de bombones y los ofreció a Susana.

Pero la niña no pudo meter los dedos en la caja. Habéis de tener en cuenta que ésta sólo era pintada y, como se comprende, resultaba imposible sacar sus bombones de chocolate. La niña se quedó muy desilusionada.

El duendecillo negro que la niña recortara, se acercó a examinar la caja. Metió en ella su manecita y, con gran sorpresa de Susana, sacó un gran puñado de bombones. Luego echó a correr llevándose los.

—Supongo que habrá podido hacerlo porque, como los bombones, él también es de papel. A pesar de todo, sospecho que deben de tener un gusto espantoso.

—Vamos a dar una vueltecilla en estos automóviles —exclamó la mujer del cesto.

Acudieron al lado de los automóviles y entonces el hombre de alta estatura tomó el volante del vehículo, en tanto que la anciana subía a su lado. El hombre vestido con la bata se encargó de manejar el automóvil azul y en cuanto al chico gordo, subió a su lado. Dejaron al duendecillo negro solo con el coche verde. Y era evidente que estaba muy enojado.

—Yo no sé guiar—exclamó.—Uno de vosotros dos, niños, ha de venir a acompañarme en mi paseo. No voy a quedarme solo.

—Pues yo no quiero subir al coche contigo—contestó Santiago.—Tienes aspecto de estar sucio y puerco en extremo.

—¡Imbécil!—gritó el duendecillo, furioso a más no poder.—Sube inmediatamente al coche. ¿Cómo te atreves a insultar a un muñeco de papel?

Con gran sorpresa de Santiago, los demás muñecos se dispusieron a defender al duendecillo y, muy enojados, se dirigieron a los niños gritando:

—Subid al coche a dar un paseo. No habéis querido comer nuestros bombones de chocolate y ahora no os dignáis guiar uno de nuestros automóviles.

Los niños estaban realmente asustados. Santiago se acercó al automóvil verde e intentó subir a él. Claro está que no pudo, porque no era un automóvil verdadero, sino solamente pintado. Probó varias veces, pero nunca consiguió sentarse.

El duendecillo ocupaba el asiento posterior, observando la escena. Furioso, observaba los esfuerzos de Santiago y al final le gritó:

—Estás representando una comedia. Quieres fingir



NO TE ASUSTES, SUSANA, SON MUÑECOS DE PAPEL

que no te es posible subir al automóvil, pero como eres igual que nosotros, has de poder imitarnos.

—Pues no somos iguales, ¡jea!—replicó Santiago, perdiendo la paciencia.—Ni siquiera tenéis espalda. Nosotros, en cambio, somos de carne y hueso. Vosotros no sois otra cosa que muñecos recortados. Lo mismo son los automóviles, y claro está que no podemos subir a ellos. No seáis tontos.

Cuando los muñecos de papel oyeron tales palabras de Santiago, se enfurecieron a más no poder. Apresuráronse a apearse y miraron a su alrededor, en busca de armas que les permitiesen luchar con los niños. De pronto vieron el atizador, las tenazas y la pala que había recortado Santiago y que se hallaban en aquel momento en el suelo y al lado de las cajas de bombones.

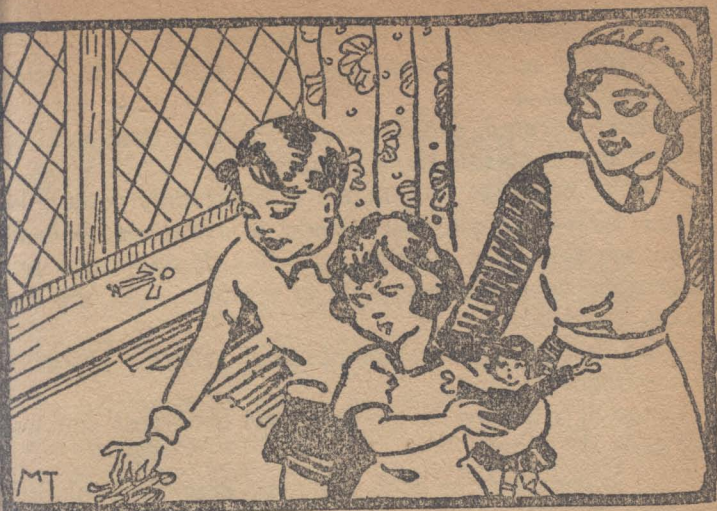
El hombre del sombrero puntiagudo tomó el atizador. El que vestía bata se armó con las tenazas y el duendecillo empuñó la pala. La vieja enarboló su cesto y el chico se dispuso a luchar con el palo del aro. Así armados, los muñecos de papel se arrojaron, llenos de furor, contra los asustados niños.

—No te asustes, Susana—dijo Santiago,—no son más que muñecos de papel.

—Pero nosotros no tenemos ninguna arma—exclamó la niña, mirando a su alrededor.

—Soplaremos contra ellos—dijo Santiago.—Como son de papel, los derribaremos.

Entonces, con gran sorpresa de los muñecos de papel, en cuanto estuvieron cerca de los niños, éstos soplaron con toda su fuerza. Los muñecos se quedaron tendidos en el suelo y muy extrañados. Sin embargo, se pusieron en pie nuevamente y quisieron reanudar el ataque. Otro sople los dejó tendidos en el antepecho de la



—NO VENGÁIS CONTÁNDOME UN CUENTO

ventana, aunque el chico gordo fué a parar al suelo de la habitación, lo cual desalentó mucho a sus compañeros.

—Pronto no tendremos ya fuerza para soplar—murmuró Santiago al oído de la niña.—¿Qué haremos luego?

—Me gustaría que fuésemos otra vez tan grandes como antes—dijo Susana, ya cansada de su pequeña estatura.

Le bastó desearlo para que fuese cumplido su deseo, porque ya os he dicho que aquel día había una magia flotando en el aire. Cuando los muñecos de papel se disponían a atacar de nuevo, los niños recobraron su propia estatura y aquéllos profirieron un grito de sorpresa.

En un momento, los niños alcanzaron su tamaño ver-

dadero y entonces oyeron la voz de la institutriz:

—¿Dónde estáis? ¡Santiago! ¡Susana! Os he buscado por todas partes.

—Estamos aquí, señorita—dijo Santiago asomando la cabeza por la cortina de la ventana.

—Pues hace un minuto no estabais ahí, porque lo vi muy bien—contestó, asombrada, la institutriz.—No vi otra cosa sino unos cuantos pedacitos de papel que revoloteaban en el antepecho de la ventana.—¿Dónde estabais escondidos?

—La verdad es que estábamos aquí, señorita—contestó Santiago.

Luego él y Susana le refirieron sus aventuras con los muñecos de papel.

Pero la institutriz se echó a reír, sin creer una palabra de todo aquello.

—No vengáis contándome un cuento tan tonto. ¿De modo que luchabais con los muñecos de papel? ¿Quién oyó otra tontería igual?

—Pues mire, señorita—exclamó de pronto Susana.—Ahí está ese niño gordo y malo. Mírelo en el suelo, con su aro. Eso demuestra que hemos dicho la verdad.

Los niños y la institutriz fijaron los ojos en la figura del muchacho, que se hallaba en el suelo y luego miraron a los demás muñecos de papel, que yacían en el antepecho de la ventana.

—Yo, en vuestro lugar, los pegaría en el libro de dibujo. Así no podrían hacer ninguna otra aventura.

En efecto, allí están ahora los muñecos de papel, fuertemente pegados con goma. Y si alguna vez vais a mendrar con Santiago y Susana, podréis verlos si tenéis interés en ello.

¿QUIEN ROBO LA CORONA?

El rey del País de los Duendecillos tenía dos coronas: una era de verano, de oro, ligera y fácil de llevar. La otra también era de oro, pero tenía un cálido forro de terciopelo rojo, porque el rey de los duendecillos sentía en invierno mucho frío en las orejas.

En los días invernales, cuando el rey llevaba su corona de abrigo, guardábase la de verano en un lugar seguro, cerrada en una caja, que se metía en un árbol hueco. Nadie sabía qué árbol era, a excepción del Rey y de Polín, el guardián de la corona.

Un día, cuando Polín salió, con objeto de sacar la corona de verano, a fin de limpiarla, vió, con la mayor sorpresa, que había desaparecido. Miró y registró por todos lados el hueco del árbol, lo examinó por fuera desde todas direcciones, a pesar de la mucha nieve que había caído, pues aquel era un día muy frío de invierno y nevaba copiosamente, y, en una palabra, buscó por cuantos lugares se le ocurrieron. Mas en vano, porque no pudo hallar la corona.

—¡Ha desaparecido!—exclamó para sí.—¡Seguramente la han robado! ¿Quién? ¿Quién será el ladrón?

Corrió a presencia del rey y le dió la mala nueva. El monarca envió a sus soldados al bosque con obieto de que lo registrasen todo. Pero también fueron vanos aquellos esfuerzos, porque nadie pudo hallar la corona.

—¿Qué haré en cuanto llegue el verano?—preguntó-se el Rey.—Es evidente que no podré llevar esta corona, que pesa demasiado. . . y no puedo tampoco permitirme el lujo de comprar otra. Realmente es un caso muy molesto y desagradable. No puedo imaginarme quién puede haber descubierto el escondrijo en que se guardaba la corona, para robarla luego. Si supiésemos quién es el ladrón, podríamos ir a su casa a registrarla, con la certeza de que encontraríamos la corona.

—Majestad—dijo de pronto Polín,—supongo que habéis oído hablar de Gorrillo, el duende. Pues bien, se asegura que se trata de una personilla muy lista. ¿Dais permiso, señor, para que venga a descubrir al ladrón? Él se vanagloria de ser capaz de solventar cualquier misterio, de manera que quizás podrá ayudarnos.

—Hazle llamar en seguida—ordenó el Rey.

Gorrillo, pues, fué llamado y acudió en el acto. Era un duendecillo de cómico aspecto y, al mirarle, el Rey se dijo que probablemente ignoraba todavía cuántos eran dos y dos, pues tenía un aspecto infantil e insignificante.

Vestía una chaquetita amarilla, con botones verdes, y en la cabeza llevaba un gorrito también amarillo y adornado de campanillas que resonaban en cuanto su amo se entregaba a sus reflexiones, pero guardaban silencio si no pensaba en cosas de importancia.

Gorrillo se quitó su gorro al verse en presencia del rey, pues no habría sido cortés continuar con la cabeza cubierta. Hizo una profunda reverencia y luego se sonrojó, muy excitado.

—Me han dicho que eres capaz de aclarar cualquier misterio—dijo el Rey.

—Por lo menos lo intento—contestó Gorrillo.—Hay



LA CORONA HABÍA DESAPARECIDO

muchos misterios de fácil solución cuando se reflexiona atentamente acerca de ellos. ¿Tenéis, señor, algún misterio que yo deba aclarar?

—Sí—le contestó el monarca.

Y le refirió la historia de la desaparecida corona. El duendecillo escuchaba sin decir palabra.

—Ahora—añadió el Rey al terminar,—¿podrás hallar al ladrón de mi corona?

—Me parece que sí—contestó el duendecillo con una sonrisa en su rostro infantil,—pero antes quisiera saber algunos detalles.

—Haz las preguntas que quieras—dijo el Rey.

Gorrillo se puso su gorrito y empezó a reflexionar. Todas las campanillas resonaban muy de prisa.

—En primer lugar—dijo Gorrillo—hacedme el favor de decirme los nombres de todos los que viven en el bosque en que guardáis la corona.

Polín era el encargado de contestar y mencionó los nombres pedidos.

—En primer lugar Pinchos, el puercoespín—dijo. — Luego Rabolargo, la ardilla. Dormilona, la marmota, y Lista, la serpiente. El sapo Rastrero, Saltarina, la rana, que vive en el estanque que hay en el centro del bosque. Ligero, el conejo y además los geniecillos. Pero éstos habían ido a una fiesta, de manera que aquel día no había uno solo en el bosque. A los geniecillos no hay que culparlos. El ladrón ha sido uno de esos animales de cuatro patas, pero ¿cuál?

—Es un verdadero problema—dijo el Rey dando un suspiro.

Gorrillo reflexionó otra vez y resonaron alegremente las campanillas de su gorro.

—Otra pregunta—dijo.—¿Qué tiempo hacía el día en que desapareció la corona?

—Muy malo—contestó el Rey estremeciéndose. — Me acuerdo muy bien de él porque tenía las orejas heladas, aun debajo de la corona con forro de terciopelo. Nevaba mucho y soplaba un viento muy frío. Por esta razón no fué posible encontrar huellas en la nieve, ya que los copos que caían debieron borrarlas.

—Perfectamente—dijo Gorrillo inclinando la cabeza sobre el pecho.

De nuevo las campanillas resonaron alegremente.

—Es un terrible enigma, ¿no te parece?—exclamó el



GORRILLO REFLEXIONÓ DE NUEVO

Rey.—Empiezo a temer que sea demasiado misterioso para ti, Gorrillo.

—No es eso—replicó el duende levantando la cabeza y mirando sonriente al Rey.—Es fácil. Me preguntaba solamente la razón de que el ladrón se llevase vuestra corona, porque tendría un aspecto muy tonto si se la pudiese.

—¡Cómo! ¿Sabes quién fué el ladrón?—exclamó el Rey, asombrado.

—¡Oh, sí!—contestó Gorrillo.—De eso no tengo la menor duda.

—Pero, ¿cómo lo sabes?—preguntó el Rey con alguna incredulidad.—Ni siquiera has visitado el árbol ni los alrededores.

—No es necesario—contestó Gorrillo abandonando su asiento.—Si vuestra majestad se hubiese molestado en pensar acerca del particular, también sabría ahora quién es el ladrón.

—Bueno, y ¿quién es?—preguntó el Rey impaciente.

—Ligero, el conejo—contestó Gorrillo.—Mandad, señor, a vuestros soldados que vayan a registrar su madriguera. En ella encontrarán la corona.

Polín envió en el acto a seis soldados a la madriguera de Ligero. El conejo estaba sentado en la entrada y al ver a los soldados se asustó.

—¿Qué... qué... que... réis?—tartamudeó.

—Hemos venido a registrar tu madriguera—contestó el capitán.—Mira, ahí verás una orden del Rey.

Mostró la orden escrita al asustado conejo y éste se echó a temblar.

—Venimos en busca de la corona que robaste del hueco del árbol. Si quieres decirme dónde está, no habrá necesidad de que revolvamos todo lo que haya en tu madriguera.

—¡Está... está... en mi... mi... dor... dor... mi... mi... to... rio...!—dijo sollozando y derramando enormes lágrimas.—Voy a buscarla.

—¡De ninguna manera!—le contestó el capitán agarrándole con la mayor fuerza.—Ya os conozco, a vosotros, los conejos. Penetráis por un agujero y antes que nadie pueda impedirlo ya os habéis escapado por otro. Y tú, ahora, te escaparías llevándote la corona. Quédate aquí y mandaré a dos de mis hombres para que busquen y traigan la corona.



—HEMOS VENIDO A REGISTRAR TU MADRIGUERA

En efecto, dos soldados penetraron en el dormitorio del conejo, que era cómodo y caliente. Estaba tapizado de hierba y hojas secas, y debajo de éstas se hallaba la corona. Sí, realmente, allí estaba, y resplandecía como hermosa joya que era.

El conejo y la coneja fueron conducidos a presencia del Rey. Éste tuvo una gran alegría al ver la corona, pero luego miró ceñudo al conejo.

—Llévalo al castillo y encerradlo en el calabozo más profundo que haya—ordenó.

—De ninguna manera—aconsejó Gorrillo. — Que lo pongan, por el contrario, en el calabozo más alto que exista.

—¿Por qué?—preguntó el Rey asombrado.

—Porque a los conejos les gusta verse bajo tierra—contestó Gorrillo.—Si encerrasen a Ligero en un calabozo subterráneo, nada le costaría escapar practicando una galería en la tierra. En cambio, si se le encierra en el calabozo más alto que exista, no habrá cuidado.

El conejo, pues, fué llevado a una alta torre. Luego el Rey se volvió a Gorrillo y le rogó que le explicara cómo había solucionado aquel misterio y en tan corto tiempo.

—Pues no tiene nada de difícil—contestó el duendecillo riéndose.—Supe que había sido Ligero, porque el conejo fué el único de los siete animales que aquel día salió a corretear por el bosque.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó el Rey.—¿Cómo sabes que no fué Dormilón, la marmota, o Lista, la serpiente?

—Pues las marmotas se pasan el invierno aletargadas y nunca se despiertan y la serpiente duerme también, enroscada con sus hermanos, en un árbol y en el extremo del bosque—contestó Gorrillo.—Las marmotas y las serpientes no salen nunca en invierno.



EL REY QUEDÓ ENCANTADO AL VER SU CORONA

—¿Qué me dices de Saltarina, la rana?—preguntó el Rey.

—La rana duerme siempre en el estanque durante el invierno—contestó el duendecillo.—Aquel día el estanque estaba helado, de manera que no pudo ser la rana, aun en el caso de que hubiese despertado.

—Y ¿por qué no pudo ser Rastrero, el sapo?—preguntó Polín.

—Porque el sapo se esconde debajo de una piedra y se duerme en tiempo frío—dijo sonriendo Gorrillo.—Y no despierta hasta que llega la primavera. Tanto los sapos como las ranas, duermen durante todo el invierno.



RESONABAN LAS CAMPANILLAS DE SU GORRO

—Bueno, quedan Pinchos, el puercoespín, y Rabolar-go, la ardilla. Esos no duermen durante todo el invierno —observó el Rey.— También habrían podido ser ellos. Rabolar-go suele salir en los días soleados del invierno, en busca de las nueces que escondió en otoño. Y en cuanto a Pinchos, le he visto, más de una vez, buscando por entre las zanahorias, en las noches serenas y no frías del invierno.

—Es absolutamente cierto—afirmó Gorrillo inclinando la cabeza.— No hay duda de eso. Pero vuestra majestad ya recordará que, según Polín nos dijo, el tiempo aquel

día era muy malo y el viento, fuerte y helado. Ahora bien, en cuanto ocurre eso, tanto las ardillas como los puercoespines se enroscan mejor que nunca y se entregan a un sueño profundo. Por esta razón no pudieron ser ellos.

—Bueno—observó el Rey reflexionando,—y no nos queda nadie más que el conejo.

—Así es—contestó Gorrillo sonriendo.—Eso es lo mismo que pensé. Y anduve en lo cierto. Siempre resulta fácil resolver un misterio si se piensa en ello intensamente, señor.

Y se alejó tarareando una cancioncilla, en tanto que resonaban armoniosamente las campanillas que adornaban su gorro.

—¡Hombre!—exclamó el Rey.—De habernos tomado la molestia de reflexionar, no hay duda de que hubiésemos parecido tan listos como ese Gorrillo.

—Pero lo cierto es que no caímos en eso—observó Polín.

FIN





UNA GRAN
AVENTURA

de

POPEYE

en

Simbad el Marino

El invencible Popeye os ofrece su más emocionante aventura. - Luchas épicas, venciendo a fantásticos animales, monstruos y hasta al sin igual Simbad el Marino. - Ayudado por la esbelta Serafina y el incansable devorador de salchichas Pancita; el gran Popeye os hará reír con sus trucos siempre nuevos.

Precioso libro ilustrado con cubierta y 16 láminas a cuatro colores y gran cantidad de dibujos en negro, por
E. C. SEGAR.

PRECIO \$ 2.—

EDITORIAL MOLINO — Gorostiaga, 1650 — Bs. Aires

Colección MARUJITA

Publicación semanal de cuentos infantiles

APARECE LOS LUNES

La más simpática colección de cuentos infantiles, preferida por los niños y las niñas por la ingenuidad de sus argumentos, su elegante presentación, con cubierta en colores y numerosas ilustraciones de reputados dibujantes, inmejorable impresión en tipos de cómoda lectura y precio extraordinariamente económico.

TITULOS PUBLICADOS

- | | |
|-------------------------------------------|-----------------------------------------|
| Nº 1—El geniecillo del país de las hadas. | „ 5—La zorra Pin y la señorita Gansita. |
| „ 2—La tetera que acusa. | „ 6—El enano de Zarzamora. |
| „ 3—El duendecillo perezoso. | „ 7—La torrecita en el bosque negro. |
| „ 4—La alfombra mágica. | „ 8—La cometa encantada. |

EN PREPARACION

- | | |
|-----------------------------------|-------------------------------------|
| Nº 9—El pueblo de los sucios. | Nº 18—El país maravilloso. |
| „ 10—El castigo de Clip-Clap. | „ 19—Los zapatos encantados. |
| „ 11—Pocholo y el viento Norte. | „ 20—La buena bruja. |
| „ 12—El pastel mágico. | „ 21—Las púas del erizo. |
| „ 13—El gorro de dormir del brujo | „ 22—La peseta falsa. |
| „ 14—El paraguas rojo. | „ 23—Los seis brujos rojos. |
| „ 15—La regadera del brujo. | „ 24—Los zapatos del señor Grufión. |
| „ 16—Los bolsillos mágicos. | „ 25—El astuto duendecillo. |
| „ 17—El señor Conejo y la Colada. | „ 26—Los huevos de Pascua. |

Cada volumen:
10 Centavos



GOROSTIAGA 1650

U. T. 73 - 0610

BUENOS AIRES

EL PUEBLO DE LOS SUCIOS



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA N°9

El pueblo

de los sucios

118X162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



El PUEBLO DE LOS SUCIOS

Hubo una vez un muchacho, llamado Enrique, a quien le molestaba infinito lavarse la cara o las manos. Tampoco le gustaba peinarse, y en cuanto a limpiarse los dientes, si podía evitarlo no lo hacía. Jamás llevaba el pañuelo limpio y sus zapatos siempre estaban sucios.

—¡Dios mío, Enrique!—decía su mamá.—¿Qué voy a hacer contigo? No parece sino que te hayas subido por el tubo de la chimenea para bajar luego por el mismo camino. ¡Eres un sucio, un cochino! ¡Ven a lavarte en seguida!

Cierto día, en ocasión del cumpleaños de Enrique, sus tíos Pedro y María fueron a su casa con objeto de felicitarle. Antes, su madre le dió un buen fregoteo, lo peinó, le entregó un pañuelo limpio y le vigiló mientras se limpiaba los dientes; además le hizo poner los zapatos limpios y una bata nueva.

—Ahora ve a sentarte al jardín hasta que te llame —le ordenó,

Enrique salió al jardín y, al principio, se sentó con el mayor cuidado y se portó bien; pero no tardó en ver que un grueso gusano se asomaba por un agujero. En el acto, el niño se puso a gatas y el gusano, asustado, se apresuró a retroceder. Luego, Enrique vió algo que se movía en el regato que atravesaba su jardín y echó a correr hacia allá, limpiándose las sucias manos en la bata.

En la corriente había un pez muy grande y Enrique trató de apoderarse de él. Con este objeto tuvo que meter sus aparatos en el barro, se ensució las manos y aun la cara, porque como hacía mucho calor, se la frotó varias veces para limpiarse el sudor. Su sombrero se cayó al agua. Entonces oyó que su madre lo llamaba.

—¡Enrique! ¡Enrique! Ya han llegado los tíos. Ven a saludarles.

Ya sabía Enrique que sus tíos le harían un regalo, de modo que, a todo prisa, se dirigió a la casa y penetró en ella. Pero en cuanto lo vió su madre, exclamó aterrada:

—¿Qué has hecho, Enrique? ¡Qué sucio eres! ¿No te encargué que no te ensuciaras?

—¿He de dar un beso a tía María?—preguntó Enrique, viendo un paquete muy grande bajo el brazo de esta última.

—¡De ninguna manera!—contestó la interesada retrocediendo.—Nunca beso a los niños sucios.

—¡Eres muy malo!—exclamó, enojada, su madre.—No voy a darte el regalo que te ha traído tía María. Vete inmediatamente en busca del aya, para que te limpie otra vez.

Enrique salió de la estancia. ¿De modo que no le entregarían el regalo, porque se había ensuciado? ¿Qué importancia tenía ir más o menos limpio? ¿Por qué eran tan maniáticas las personas mayores? ¡Con lo cómodo que resultaría ir sucio!

—Pues no quiero ir en busca del aya, ¡ea!—se dijo.
—Me escaparé. Y cuando no me encuentren, se arrepentirán.

Salió del jardín, atravesó la puerta del extremo opuesto y se vió en el camino que llevaba a los bosques. Echó a correr y no paró hasta verse lejos de su casa y extraviado por completo. Entonces se detuvo y miró a su alrededor.

—Me he extraviado—dijo casi llorando.—¡Oh, cuánto me gustaría no tener que volver a vivir con la gente limpia! ¡Ojalá me viese en un lugar cualquiera, en donde nadie se preocupase de la limpieza!

Mientras pronunciaba estas palabras, oyó un chapoteo y, en un arroyo que había a corta distancia, vió un bote que tenía la forma de un cisne. Lo tripulaba un hombrecillo muy sucio, de largo y descuidado cabello y que vestía un traje astroso y manchado.

—Sube—dijo al niño.—He oído tu deseo y como hoy es tu cumpleaños y te encuentras al pie de este roble centenario, lograrás lo que pides. Voy a llevarte al Pueblo de los Sucios.

Enrique se quedó mirando al hombrecillo y no tuvo ningún deseo de acompañarle, mas aquel personaje saltó a tierra y se apoderó de él.

—Ya no puedes volverte atrás—dijo.—Se ha cumplido tu deseo, tanto si te agrada como si no.

Hablando así metió a Enrique en el bote. Subió él, a su vez, y empezó a remar siguiendo la corriente. Enrique no pronunció una palabra y luego empezó a sentir cierta excitación. Aquello era una aventura y, pensándolo bien, díjose que sería muy agradable vivir en un sitio donde la gente no se preocupase de la limpieza.

Aquel extraño bote llegó, por fin, a un desembarca-



ENRIQUE SE SENTÓ A LA LARGA MESA

dero, y el hombrecillo ayudó a Enrique a descender a tierra. A corta distancia había un pueblo de aspecto rarísimo; las casas estaban sucias y descuidadas, las ventanas y las cortinas aparecían negras y manchadas y los jardines estaban llenos de hierbajos.

Un grupo numeroso de gente de corta estatura rodeó a Enrique. Este pensó que tenían aspecto horrible, pues llevaban las caras sucias a más no poder, las manos negras y el cabello como si no hubiera sido peinado jamás. Su ropa estaba sucia y rota, y era evidente que los zapatos no habían llegado siquiera a conocer el betún.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! —exclamaron. Y apoderándose de Enrique, lo obligaron a seguirles.—Vivirás con nosotros, muchacho, y nadie te obligará a lavarte ni a peinarte. Harás lo que quieras.

—Eso es estupendo—contestó Enrique, pensando en lo agradable que sería no lavarse más la cara ni las manos, ni sentir la preocupación de si se ensuciaría o no la bata.

Aquellos sucios individuos le llevaron consigo para enseñarle el pueblo. A Enrique no le gustó. Pero se guardó

muy bien de decírselo. El interior de la casa era muy oscuro a causa de la suciedad de los vidrios de las ventanas y de las cortinas.

—Aquí no tenemos día de la colada—dijo el hombrecillo que lo había llevado.—Nadie piensa en limpiarse el calzado, de modo que no nos gastamos el dinero en betún. ¿No están igualmente sucios tus zapatos, Enrique?

Este los miró. Sin duda estaban sucios. No era de extrañar que mamá se hubiese enojado. En fin, esto ya no importaba, porque allí nadie le regañaría por ello. Podía hacer todo lo que le diera la gana.

—¡Es la hora de comer!—gritó una mujercita del pueblo, tañendo, al mismo tiempo, una campana.

Todos echaron a correr a una casa muy grande, que había en el centro del pueblo. Dentro, Enrique vió una mesa muy grande en medio del comedor y acto seguido fué a ocupar un asiento.

En su casa estaba acostumbrado a ver siempre la mesa cubierta de un blanco y limpio mantel, y, además, tenía sus platos muy limpios y adornados con lindos muñecos; en su taza estaba grabado su nombre y sus iniciales figuraban en el tenedor y en el cuchillo. Y siempre estaba todo pulcro y brillante.

Pero allí era todo muy distinto. El mantel estaba tan sucio, que Enrique se preguntó si sería negro. Los platos estaban cubiertos de mugre, y eso no le gustó. Tampoco habían lavado su vaso.

Una diminuta mujer, llamada Pitusa, le sirvió la sopa. Enrique empezó a comer, pero vió que no era muy buena. Luego le dieron un plato de carne con patatas y col, pero se lo sirvieron en el mismo plato de la sopa.

—¿No hay platos limpios para el principio?—pregun-



LO ARRASTRÓ A UN ESTANQUE FANGOSO

tó sorprendido.—No me gusta usar el mismo para toda la comida.

—No seas tonto—exclamó el hombre que tenía a su lado.—También comemos el postre en el mismo plato. Y un niño sucio, como tú, habría de alegrarse de estar aquí. Me parece que, antes de sentarte a la mesa, nadie te ha obligado a lavarte las manos ni a peinarte.

Luego le dieron arroz con leche, pero como la cacerola en que lo hicieron debía de estar asimismo muy sucia, aquel postre tenía un color pardusco, que lo hacía muy repugnante. Enrique no quiso probarlo, aunque no explicó la razón

—Ya hemos acabado de comer—dijo el hombrecillo que estaba a su lado.—Oye: ¿no podrías prestarme un alfiler de gancho? Se me ha roto el cuello por detrás.

—Lo siento, pero no tengo ninguno—contestó Enrique.—¿Por qué no lo haces coser?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —exclamó, riéndose, el hombrecillo.—¿No te acuerdas ya de que estamos en el Pueblo de los Sucios? Aquí nadie remienda la ropa. Ven, voy a desgarrarte la bata, para que no te distingas tanto de nosotros.

Efectivamente, agarró la bata de Enrique y le hizo un agujero en la espalda. Enrique se revolvió airado. Aquella era la única bata que le hiciera su madre y le parecía muy bonita.

—¡Nadie le ha dado permiso para hacer eso!—exclamó, dando un empujón al hombrecillo.

—¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado!—exclamó éste volviéndose a los demás.—¡Castigadle! Va demasiado limpio para estar con nosotros. No quería que le rompiese su bata.

Aquella gentecilla rodeó a Enrique y lo llevó casi a ras-tras a un estanque fangoso, que había en el centro del pueblo. En breve, el pobre Enrique se vió cubierto de lodo, de la cabeza a los pies, aparte de que su bata quedó rota por muchos sitios y convertida en un andrajo. El cabello estaba lleno de barro, que, por otra parte, también le llenaba la cara. ¡Tenía un aspecto realmente espantoso!

—Ahora te darás por satisfecho—le dijo Pitusa.—Estás más sucio que nosotros.

Salió a la calle, tratando de quitarse el barro de los ojos. Estaba asustado y encolerizado a un tiempo. No le agradaba aquella gentecilla puerca y violenta. Una cosa era ser algo sucio y otra muy distinta vivir en compañía de unos cochinos como aquéllos.

De pronto vióse al lado de una niña que estaba senta-



RW

LA NIÑA ABRIÓ LA BOCA

da en el quicio de una puerta, llorando y con una mano en la mejilla.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Enrique.

—Que tengo un dolor de muelas espantoso—contestó la niña llorando.—¡Oh, cuánto sufro!

—¿Por qué no vas a que te vea un médico?—le preguntó Enrique.

—¿Me lo calmaría?—inquirió a su vez la niña.

—Creo que sí—dijo Enrique.—Cuando en mi casa me duele algo, el médico me alivia siempre.

Mientras hablaban los dos niños, se habían congregado algunas personas a su alrededor y uno de los del grupo dijo:

—En el extremo opuesto del bosque vive el doctor Listo. Es el que visita al mismo Rey del País de las Hadas, de manera que debe de ser bueno. Vamos a mandarle un aviso para que venga. El conejo pardo puede encargarse de eso.

Fueron en busca de este roedor y le ordenaron que saliera para avisar al doctor Listo. El conejo partió a toda prisa.

Pronto estuvo de vuelta en compañía del doctor. Este era un hombre enorme. Usaba un sombrero de copa, gafas, y además llevaba consigo un maletín. Pero en cuanto se vió en el centro del Pueblo de los Sucios, frunció el entrecejo.

—¡Qué lugar tan sucio!—exclamó.—Nunca había estado aquí, pero no hay cuidado de que vuelva. ¿Dónde está el enfermo?

—Aquí—dijeron a la vez algunos de aquellos pequeños personajes, empujando a la niña que tenía dolor de muelas.—La boca le hace sufrir mucho, doctor.

—Vamos a ver qué es eso—dijo el doctor Listo, en

tanto que la niña abría la boca.—¡Dios mío!—exclamó sorprendido el facultativo.—¡Vaya dientes sucios los tuyos, niña! No me sorprende que tengas dolor de muelas. Parece como si nunca te hubieses limpiado la boca.

—No se la ha limpiado nunca—contestaron varios.—Aquí no hacemos eso. ¿Para qué?

El doctor dirigió una mirada rápida a su alrededor y luego, gravemente, meneó la cabeza.

—Bueno—dijo.—Todos vosotros tendréis un día u otro dolor de muelas. De eso no hay duda. ¡Qué dientes tan feos tenéis todos, a excepción de este niño! Veo que posee una dentadura magnífica.

Cogió a Enrique por el hombro y lo examinó.

—Si no estuvieses tan sucio, serías un niño guapo y sano—dijo.—¿Te limpias cada día los dientes?

—Sí, señor —contestó Enrique. — Mamá me obliga a ello.

—En tal caso tienes una buena madre—replicó el doctor.—No tienes siquiera un diente o muela malos en toda la boca. ¿Has sufrido alguna vez dolor de muelas?

—No, señor, nunca—contestó Enrique.

—¡Naturalmente!—dijo el doctor.—En cambio, me gustaría saber si entre todos esos hay alguno que nunca haya padecido por esta causa.

Nadie le contestó, aunque todos se ruborizaron. Aquella genticilla empezaba a avergonzarse. El doctor parecía inteligente y perspicaz, y hablaba en un tono acusador que no les gustaba.

—Quiero visitar el pueblo—dijo el doctor de pronto.

Lo acompañaron en aquella visita, y no hay que decir cuánto llegó a fruncir el ceño.

—¡Es asqueroso! —exclamó.—¡Horrible! ¡Repugnante! ¡Deberíais avergonzaros! ¿No os laváis nunca?

—¡Nunca! —exclamaron todos a coro y muy orgullosos.

—Bueno, pues os lavaréis a partir de hoy—replicó el doctor con acento tan severo, que todos se echaron a temblar.—Si no empezáis a corregir inmediatamente vuestras costumbres, lo pondré en conocimiento del Rey del País de las Hadas, para que haga incendiar el pueblo, destruyéndolo hasta sus cimientos, y os mande luego a servir, como esclavos, al pueblo más limpio que haya en su reino. Volveré dentro de una semana. Si entonces no os habéis convertido en personas limpias y decentes, ya sabéis lo que os espera.

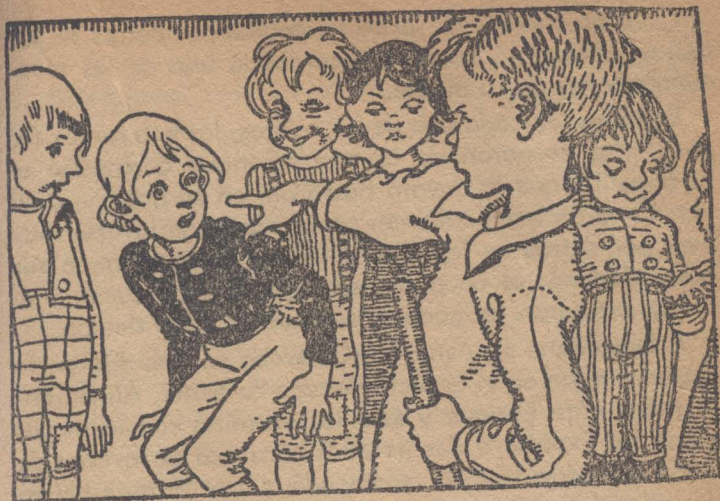
Dicho eso salió del pueblo, dejando temblorosos de miedo a todos sus habitantes. Estos se reunieron inmediatamente, formando corro, y empezaron a deliberar acerca de lo que harían.

—Antes de que empecéis a discutir—dijo Enrique—, os ruego que me permitáis regresar a mi casa. No quiero seguir viviendo en un lugar tan repugnante como éste. Prefiero que me laven seis veces al día y me obliguen a limpiarme los dientes veinte veces cada mañana, antes de seguir un momento más en este apestoso y hediondo lugar.

—¿Sí?—exclamó Pitusa, encolerizada.—Pues te quedarás aquí. Mejor que cualquiera de nosotros sabes cómo se hace para lavarse y limpiarse, puesto que vivías en una casa limpia. Debes quedarte aquí y enseñarnos a hacer lo que nos ha mandado el doctor.

—¡Es verdad! ¡Eso, eso!—gritaron todos.—Si el doctor queda complacido de nosotros, cuando venga la semana próxima, podrá marcharse a su casa; pero en caso contrario, habrá de quedarse aquí durante toda su vida.

¡Pobre Enrique! Inútiles fueron todos sus ruegos. Aque-



ENRIQUE LOS EXAMINÓ ATENTAMENTE

lla genticilla estaba decidida y no tuvo más remedio que quedarse. Por consiguiente puso a mal tiempo buena cara y miró a su alrededor reflexionando acerca de lo que convenía hacer.

—¡Dios mío!—exclamó al fijar la mirada en las manos y las caras sucias a más no poder, así como en los cabellos despeinados y los trajes astrosos y puercos de cuantos le rodeaban.—No sé por dónde empezar. ¡Estáis todos tan sucios! Pero ya lo sé. Empezaréis bañándoos. Idos todos a vuestras casas respectivas, lavad las bañaderas y luego lavaos de la cabeza a los pies. No os olvidéis del cabello. Luego poneos una bata y cuidad de lavar la ropa que os hayáis quitado. Eso os tendrá ocupados hasta la noche. Mañana por la mañana os pasaré revista para ver si estáis limpios.

Toda aquella genticilla se dispersó.

—¡Y no olvidéis de lavaros también por detrás de las orejas!—les gritó Enrique, recordando una de las recomendaciones de su madre.

En breve, en cada una de las casitas, los habitantes del pueblo se ocuparon de la ropa. Enrique acompañó al hombrecillo que lo llevara hasta allí en su bote, y, a su vez, tomó un baño caliente, sin olvidarse de lavarse muy bien por detrás de las orejas. Luego, tanto él como sus conciudadanos se ocuparon en lavar la ropa sucia, y al fin se acostaron fatigados y satisfechos a un tiempo.

A la mañana siguiente se observaba ya una diferencia extraordinaria en el aspecto de aquella gente. Alineáronse todos ante Enrique y éste los examinó con la mayor atención. Expulsó a dos de ellos para que se lavaran de nuevo y a otros tres les recomendó que se lavasen detrás de las orejas. Algunos habían tenido la habilidad de ensuciarse ya la cara y las manos, y Enrique se manifestó muy disgustado con ellos.

—No basta lavarse sólo por las noches—dijo.—También es preciso hacerlo minuciosamente por la mañana. Y cuantas veces veáis que os habéis ensuciado las manos, es preciso laváros las otra vez. Y siempre antes de comer.

Aquella gentecilla se horrorizó al oír tales palabras. Enrique, en cambio, se divertía de lo lindo, pues le parecía muy agradable recomendar a los demás lo que tantos enojos le costara a él mismo.

—Ahora voy a pasar revista a vuestros cabellos—dijo—porque lo lleváis de tal manera que asusta. ¿No hay aquí barbero?

—No, pero a corta distancia vive uno—contestó Pitusa.

Enrique le ordenó que le llamase y, en cuanto acudió el barbero, no hizo en toda la mañana otra cosa que cor-

tar el cabello a aquellas personillas, una tras otra.

—Debéis peinaros todas las mañanas y antes de ir a la mesa —les ordenó.—Ahora trataremos de la dentadura.

—No tenemos cepillos—dijo alguien.

—¿Es posible?—exclamó indignado Enrique.—Id inmediatamente a compraros uno cada uno y también algunos tubos de pasta dentífrica.

Pitusa quedó encargada de la compra de los cepillos para los dientes y de los tubos de dentífrica y en cuanto volvió con todo eso, Enrique reunió a los habitantes del pueblo y les enseñó a limpiarse debidamente los dientes.

Entonces reflexionó para ver qué mandaría a sus oyentes. Decidió enseñarles a limpiarse el calzado, de manera que, en breve, todos estaban observando cómo lo hacía Enrique, para limpiar sus propios zapatos, hasta dejarlos brillantes como un espejo. Al terminar la operación el niño se mostró muy orgulloso, porque aquella era la primera vez que se ocupaba en limpiarlos. Y se propuso cuidar de que no se ensuciaran, porque realmente tenían, limpios, un aspecto magnífico.

Pronto toda aquella gentecilla tuvo el calzado limpio y brillante. Enrique pensó que había llegado la ocasión de hacerles remendar la ropa o bien obligarles a que se hiciesen otros trajes. Encargó de ello a Pitusa, porque sus propias habilidades en las labores de costura eran limitadísimas.

Pitusa buscó a otras tres mujeres y mandó a todos que les llevasen la ropa para arreglar. Pitusa había olvidado casi sus habilidades costureras, pero no tardó en entregarse, satisfecha, a aquella ocupación de coser botones y echar remiendos, sentada al sol, con sus compañeros.

—Mañana empezaremos la limpieza del pueblo—dijo Enrique.—Resultará muy divertido y agradable. Ya lo veréis.

—Nos encontramos mucho más cómodos y a gusto —le dijeron algunos—y no hay duda de que tenemos muchísimo mejor aspecto.

—Ahora todo el mundo a la cama—ordenó Enrique.—Creo que hoy nos hemos ganado el descanso. Mañana por la mañana os pasaré revista y espero no tener quejas de que alguien haya dejado de lavarse y adecentarse.

Al día siguiente, solamente tuvo necesidad de mandar a uno que volviese a lavarse, de manera que Enrique estaba satisfecho del aspecto de aquella gente.

—Ante todo sacad todos los muebles al sol—dijo.—Luego haced lo mismo con las alfombras para sacudirlas. Después limpiaréis las ventanas, lavaréis las cortinas, daréis una mano de barniz a los muebles, lavaréis las fundas de las almohadas y haréis cuantas otras cosas pueden ocurrírseos.

La limpieza ocupó bastante tiempo. Fueron necesarios cuatro días para darla por terminada, pero ¡qué distinto era ya el aspecto de aquellas casitas! Brillaban al sol y olían muy bien. Las cortinas estaban limpias, los pisos sin la menor suciedad y todos los metales resplandecían. Algunos de los habitantes del pueblo hallaron potes de pintura blanca y con ella pintaron las paredes de las casas, que adquirieron el aspecto de nuevas.

—Mañana es el último día que nos queda libre antes de la llegada del doctor—observó Enrique.—Será preciso limpiar las calles del pueblo, quitar las malas hierbas de los jardines y pasar revista final a nuestra ropa, para ver si toda ella está ya remendada. De esta manera no habremos de temer las consecuencias de su visita.



LOS TRABAJOS DE LIMPIEZA DURARON HORAS

No hay que decir cuánto trabajo tuvieron al siguiente día. Todas las callecitas quedaron limpias y los jardines libres de hierbas malas. Incluso los niños tuvieron que contribuir al trabajo de todos, recogiendo papeles sucios y otras cosas semejantes, para reunirlos en la plaza, en donde se quemó todo en una hoguera muy grande. Realmente el Pueblo de los Sucios ya daba gusto verle.

A la mañana siguiente se alineó ante Enrique toda la gente del pueblo, limpia y oliendo a jabón. Brillaba su cabello a la luz del sol y cuando sonreían sus dientes resplandecían. Nadie tenía un desgarrón o un agujero en la ropa. Precisamente cuando Enrique estaba a punto de dar por terminada la inspección, apareció un coche por el extremo de la calle, del que se apeó el doctor Listo; pero aquella vez iba acompañado ¿no adivinaréis por quién? Pues por el mismo Rey del País de las Hadas.

Los habitantes del pueblo se entusiasmaron al verlo y le hicieron una ovación. En cuanto al doctor, nadie po-

dría expresar su admiración al ver tan limpio el pueblo y a la gente tan aseada. Visitó todas las casas en compañía del Rey, y ambos quedaron satisfechísimos de lo que vieron.

—¿Quién es el autor de todo eso?—preguntó el doctor.

—¡Enrique! ¡Enrique!—gritaron todos, empujando al niño para que lo viesan los ilustres visitantes.

—¡Ah, ya te recuerdo!—dijo el doctor.—Mas no parece pertenecer a este pueblo ni ser igual que sus habitantes. ¿De dónde eres?

Enrique se lo refirió y luego, ruborizándose mucho, explicó al Rey y al doctor la razón de su presencia en el pueblo.

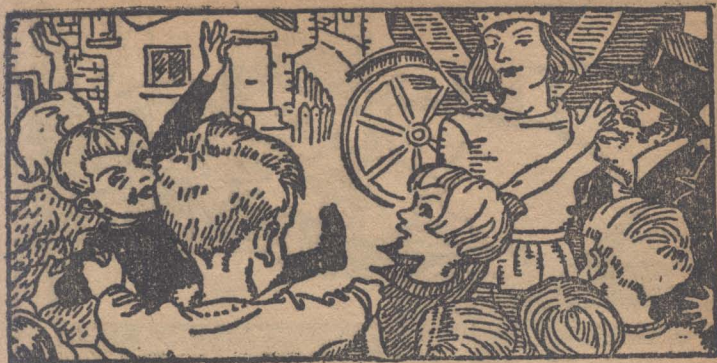
—Ahora quisiera regresar a casa—dijo.—Mi mamá estará muy alarmada con respecto a mí.

—¡Oh, no!—contestó el doctor sonriendo.—Si te devuelven ahora a tu casa, quizá tu madre no se dé cuenta siquiera de que has estado ausente. Una semana en este país es solamente una hora en tu mundo. Creo que nadie te habrá echado de menos. Sube al coche y te llevaremos a la puerta de tu jardín.

Enrique subió, en efecto, al coche, se despidió de la entusiasmada gentecilla y se alejó del Pueblo de los Sucios, en compañía del Rey y del doctor, sintiéndose personaje importante. Poco después llegó a la puerta de su jardín y al apearse, dió las gracias al soberano y al médico por sus bondades y se despidió de ellos.

—Adiós—le dijeron.

—Y no te olvides —añadió el Rey estrechándole la mano—de todas las cosas que has enseñado a esa gen-



LOS HABITANTES DEL PUEBLO APLAUDÍAN

tecilla. No quisiéramos verte de nuevo en su compañía.

Enrique prometió hacerlo así y el carruaje se alejó. Luego, el niño penetró corriendo en el jardín y allí vió a su madre y a sus tíos.

—Sin duda no ha pasado más que una hora—se dijo, sorprendido, al oír que el reloj daba las doce. En cambio, allí me pareció que había transcurrido una semana.

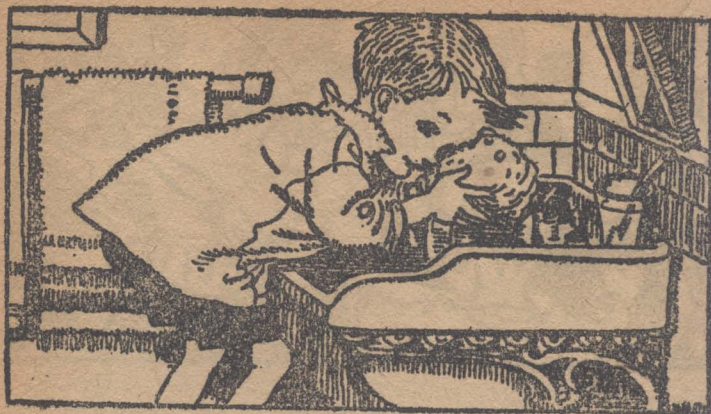
—¡Caramba, Enrique, veo que te has aseado mucho!
—dijo su madre complacida.—Eres un buen niño.

—Ahora dame un beso y te daré el regalo—le dijo su tía.

Y le entregó el paquete que contenía un magnífico castillo, provisto de puente levadizo y torre del homenaje. Enrique quedó entusiasmado.

—Comeremos temprano—dijo su mamá.

—En tal caso voy a lavarme y a peinarme—contestó Enrique.



ENRIQUE FUÉ A LAVARSE ANTES DE COMER

Y echó a correr. Su mamá quedó sorprendida en extremo. Figuróse que el niño se portaba muy bien por ser su cumpleaños. Pero en breve vió que se había equivocado, porque Enrique no parecía el mismo.

Nunca más se olvidó de limpiarse los dientes; siempre se lavaba las manos antes de comer y se peinaba bien. Incluso dijo al aya que quería limpiarse el calzado, de modo que la buena mujer no supo a qué atribuir tal cambio.

—Tal vez las hadas te habrán transformado—le dijo.

—Tienes razón—le contestó Enrique, aunque no quiso darle ninguna otra explicación.

EL BURRITO VERDE

Una vez había un burrito verde, que sólo tenía tres patas, porque se había roto la cuarta en una caída que dió desde una mesa, y, a partir de entonces, tuvo un aspecto muy raro.

Los niños de la casa lo habían aborrecido.

—¿Por qué será verde?—decían con acento de desdén.—¿Quién ha visto nunca un burro verde? No juguemos más con él. Es feísimo.

El burro verde se ofendió mucho. No tenía ninguna culpa de ser verde y como, por otra parte, nunca había visto un burro verdadero, no comprendía la razón de que no pudiera ser verde, azul, amarillo o de otro color cualquiera.

Cuando perdió su pata se entristeció todavía más. Nadie quiso ni pensó en arreglársela, y él mismo llegó a imaginarse que con sólo tres patas debía de ser un juguete muy feo. Los demás se reían de él, y ya ninguno quiso, en adelante, dejarte participar en sus juegos.

Un día los tres niños de la casa vaciaron el armario de los juguetes y los pusieron en fila. Los que estaban algo estropeados o ajados, los dejaron en un montón, con objeto de dárselos al niño del jardinero, que estaba enfermo, y cuando llegó a sus manos el burrito verde se echaron a reír.

—Ahí está otra vez el burro verde — exclamaron.
—¿Qué haremos con él? Con toda probabilidad ni si-

quiera lo querrá el niño del jardinero. ¡Tiene un color tan raro! Además sólo tiene tres patas.

—Tirémoslo por la ventana—dijo uno de los niños.

Tomaron, pues, el burro verde y lo arrojaron por la ventana, sin molestarse en averiguar adónde iba a parar.

Dió la casualidad de que, en aquel momento, pasaba por la calle el carro del vendedor de hortalizas, y el burrito verde cayó de cabeza en un cesto lleno de coles de Bruselas. Estaba muy asustado, porque se había figurado que iría a dar a la calle y se rompería en mil pedazos. Pero las coles de Bruselas amortiguaron el choque y no se causó el menor daño.

Quedóse tendido en el cesto, preguntándose qué sería de él. Nadie le quiso nunca y ni siquiera nadie lo deseó, de modo que el pobre juguete se sentía muy desdichado. Y ¡qué horrible era verse arrojado por la ventana!

El vendedor de hortalizas regresó con el carro a su establecimiento. Una vez allí supo que un cliente acababa de pedir un saco de coles de Bruselas, de modo que el buen hombre vació tres de sus cestos en un saco y ató este último por el cuello.

El burrito fué a parar igualmente al saco. ¡Qué obscuridad reinaba allí! No pudo imaginarse siquiera el lugar en que se hallaba, ni qué le sucedería, y todo su deseo fué, entonces, haber tenido alguien con quien hablar. Pero las coles no pronunciaron una sola palabra.

Pronto se llevaron el saco, y el burrito pudo darse cuenta de que lo transportaban a alguna parte. Por fin dejaron el saco en el suelo, y una voz exclamó:

—Ahí tiene usted su saco de coles de Bruselas, señor cocinero.



EL BURRITO FUÉ ARROJADO AL SACO

Fué abierto el saco y el cocinero empezó a sacar las coles para lavarlas. El dueño de la casa ofrecía un banquete a todos los labradores de sus propiedades y las coles habían de acompañar a un plato de carne asada.

La preparación de la comida era muy laboriosa, de modo que tanto el cocinero como el pinche de cocina y la pobre mujer, ya anciana, que fué a ayudarles, apenas podían abandonar un momento su trabajo. La anciana se dedicó a lavar y a cortar las coles y casi no había empezado su trabajo, cuando encontró el burrito verde.

—¡Dios mío!—exclamó levantándolo para que lo viesen sus compañeros.—Vean ustedes lo que ha venido mezclado con las coles.

—Echelo usted al fuego—dijo el cocinero.—Es un juguete roto.

—Si a usted no le importa, me lo llevaré a mi casa, para dárselo a mi nietecillo. Hoy es su cumpleaños y el niño no ha tenido un solo regalo. Su padre no tiene trabajo y su pobre madre ha estado enferma. Se alegrará mucho cuando vea este burrito.

—Bueno, lléveselo—dijo el cocinero.

La anciana lo guardó en su cesto y, una vez que hubo terminado la tarea se llevó a su casa el burrito verde. Por el camino se detuvo en la casita en que vivía su nieto, pero una vez allí supo que el niño estaba ausente. En cambio su padre se hallaba en la casa y la anciana le dió el burrito.

—Cuando vuelva Pepito —dijo— dáselo de mi parte. Hoy es su cumpleaños.

—Sí, pobrecillo—contestó su padre.—Ni siquiera ha tenido el más pequeño regalo. Pero ¡qué burrito tan mono! Yo podría ponerla la pata que le falta y luego pintarlo. Pepito se alegrará mucho al verlo.

El buen hombre se dispuso a arreglar el burrito. Pronto le puso una pata nueva, de modo que ya se tenía muy bien en pie. Luego le dió una mano de pintura verde y lo puso junto al fuego, para que se secase rápidamente. Y cuando llegó el niño a su casa, ya estaba dispuesto para él.

—¡Qué burrito tan mono!—exclamó Pepito tomándolo.—Mirad, Isabel y Juanita. Este es el regalo de mi cumpleaños. Con seguridad nunca visteis un burrito tan mono como éste. ¡Y qué hermoso color tiene! Voy a hacerle un establo.

El burrito apenas creía lo que estaba oyendo. Hasta entonces siempre se vió ridiculizado y menospreciado. Y, ahora, aquel niño lo hallaba hermoso. ¡Oh, qué feliz era!



—¡QUÉ BURRITO TAN MONO!—EXCLAMÓ PEPITO

Pepito se lo llevó a la cama y se durmió, después de haberlo puesto debajo de su almohada. Allí se pasó el burrito toda la noche, dispuesto a luchar contra cualquier ratón o polilla que fuese a turbar el sueño de su amo. Ninguno de ellos acudió, pero el burrito sentíase muy valeroso y feliz.

Luego, Pepito se dedicó a hacerle un establo. ¡Qué

magnífico era! Tenía un pesebre lleno de paja verdadera, y luego había una puertecilla de entrada. El padre pintó las paredes de un color pardo muy bonito y, además, puso dos ventanas con cristales. El burrito estaba orgulloso a más no poder.

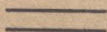
Los demás juguetes querían trabar relaciones con él. Había una muñeca que tenía un solo brazo, un caballo de porcelana rabón, un cerdo de caucho con un agujero y un soldado de plomo sin fusil. El burrito era el rey del armario de los juguetes y, naturalmente, se consideraba muy dichoso. Quería mucho a Pepito y éste le correspondía, puesto que jugaba con él todos los días.

En cierta ocasión, en la casa, recibió una visita importante: la de la mamá de los tres niños que fueron dueños del burrito. Estos últimos se presentaron también y rogaron a Pepito que les mostrase sus juguetes.

—Este es el mejor que tengo—dijo Pepito mostrando el establo.—Mirad, dentro está mi burrito verde. ¿Verdad que es bonito?

—¡Oh, sí!—contestaron a coro los tres niños, que, en efecto, creyeron que aquel animalito era muy lindo.—¡Cuánto nos gustaría tener otro igual!

Al oír tales palabras el burrito verde se echó a reír para sí.



EL JARRÓN ROTO

Una vez hubo una mujer india llamada Chubah. Solía ir por las calles gritando: "¡Trapos y botellas!" Y cuando la gente le llevaba una de estas dos cosas, ella la guardaba en su carrito de mano y continuaba el camino. A veces vendía algunas botellas por dos o tres monedas de cobre, y, en otras ocasiones, encontraba alguna prenda de ropa vieja, que le servía para vestirse.

Chubah vivía en una cabaña de una sola habitación, muy sucia y oscura. No se esforzaba en conservarla limpia y ordenada, y ni siquiera ella misma se lavaba jamás. Era una mujer de muy mal genio, que nunca en su vida hizo nada en favor del prójimo. En cambio, quería ser rica y solamente se preocupaba de la posibilidad de poseer sacos de oro.

—Si yo fuese rica, me daría por feliz. ¡Oh, cuántas cosas compraría! ¡Cuántas cosas haría también!

Un día, cuando Chubah hacía pasar su carretilla por el lado de un campo donde la gente solía arrojar su basura, vió algo que brillaba en un rincón. Tenía un hermoso color azul y Chubah se preguntó qué sería. Y se acercó a mirar.

Era un jarrón antiguo, roto por la mitad y tirado a la basura. Allí estaban los dos trozos y Chubah los encajó para ver si faltaba algo. Resultó un jarrón alto y esbelto, y alrededor de su parte más gruesa, había una fila de figuras bailando. El color azul era tan brillante como el de un cielo de abril.

—¡Caramba!—exclamó Chubah, muy excitada.—Me llevaré a casa este jarrón y lo arreglaré. Pegaré de tal

modo los dos pedazos, que casi no se conocerá la rotura. Luego es posible que pueda venderlo por mucho dinero, porque realmente es un jarrón precioso.

Con el mayor cuidado puso en la carretilla los dos pedazos del jarrón y se volvió a su casa. Al llegar, preparó una pasta a base de cola para pegar muy bien los dos fragmentos.

Hizo la reparación con el mayor cuidado. Luego limpió el jarrón y lo puso en pie. Quedó satisfecha de su trabajo, porque apenas se descubría la fractura. Chubah se puso muy contenta.

—Ese jarrón tiene un gran valor. Lo venderé sin decir que estuvo roto. Probablemente podré obtener diez rupias por él.

Dejó el jarrón sobre la mesa que había en el centro de la estancia y lo contempló. Luego echó a volar la fantasía, diciéndose todas las cosas que haría.

—Con toda seguridad me darán diez rupias. ¿Qué haré con ese dinero? En primer lugar, podría comprar una esclava joven. La prestaré a mis vecinos y me ganará cuatro "annas" al día. Les hará los mandados y trabajará en las faenas de la casa. Gracias a esa esclava ganaré mucho dinero.

Chubah se frotó las manos entusiasmada y volvió a contemplar el jarrón.

—Cuando haya reunido veinte rupias, compraré algunas cabras y mi esclava las cuidará. Pronto tendrán cabritillos y, al poco tiempo, poseeré más cabras de las que pueda cuidar. Entonces las venderé a cambio de una gran suma.

Resplandecían los ojos de Chubah al pensar en el dinero que de este modo ganaría.



UN HERMOSO JARRÓN PARTIDO POR LA MITAD

—Con lo que me den por las cabras, compraré búfalos—siguió pensando.—¡Oh, en cuanto tenga un rebaño de ellos, podré considerarme rica! Mi esclava tendrá entonces mucho que hacer, pero yo no me compadeceré de ella. Habrá de trabajar desde que amanezca hasta la noche, en tanto que yo, sin hacer cosa alguna, me deleitaré observando cómo aumentan mis riquezas.

Chubah estaba tan excitada que se sentó en una silla de inseguras patas, para descansar un momento.

—Como se comprende me darán una fortuna a cambio de mis búfalos. Todo el mundo sabe que un rebaño de esos animales equivale a una enorme suma de dinero.

Podré comprarme una casa magnífica, rodeada de jardín. Y allí sembraré habas y guisantes.

Chubah se puso en pie y tan obsesionada estaba, que empezó a realizar los movimientos propios de quien siembra unas semillas.

—¡Cómo crecen! Ganaré muchísimo dinero. Entonces me compraré un hermoso traje y todo el mundo dirá: "¡Caramba! ¿quién es esa señora tan rica?" Pero yo pasaré orgullosamente, sin decir una palabra a nadie.

Chubah, uniendo la acción a las palabras, empezó a pasear por la estancia con la cabeza muy erguida, figurándose, tal vez, que ya llevaba su hermoso traje.

—Entonces habré de casarme. Viviremos mi marido y yo en mi hermosa casa aunque la dueña seré yo. Yo le diré a mi marido: "Haz eso o haz aquello de más allá." Tendremos doce esclavos y yo les haré trabajar de firme. Los vigilaré empuñando un garrote.

Buscó a su alrededor un palo cualquiera y tomó uno que estaba detrás de la puerta. Lo empuñó y miró a su alrededor, llena de cólera.

—Si algún esclavo comete una torpeza, yo no tendré compasión. ¡De ninguna manera! Le pegaré así.

Y empezó a girar el palo en el aire.

—Y le diré: "Toma éste, toma este otro." Y si mi marido me replicase: "Chubah, no le pegues más" entonces yo, sin dejar de empuñar mi garrote, le golpearía las espaldas, diciéndole: "Toma, marido. También hay para tí."

Chubah levantó el palo para dar un buen garrotazo, pero, al hacerlo, golpeó con fuerza el jarrón que estaba a su espalda:

Se rompió en mil pedazos y se quedó en el suelo, formando montoncitos de fragmentos de loza de color azul.



CHUBAH EMPEZÓ A AGITAR EL GARROTE

Chubah miró horrorizada el estropicio que había hecho. De un golpe acababa de destruir lo que había de proporcionarle todas las riquezas que soñaba.

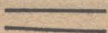
—¡Oh!—exclamó sollozando. Luego tiró el garrote a un rincón y se preguntó llorosa:—¿Qué he hecho, pobre de mí? ¡Ya han desaparecido mi esclava, mis cabras, mis búfalos, mi hermosa casa, mi lindo traje, mi marido y mis esclavos!

—Y lo tiene bien merecido — dijo una voz ante la puerta. Chubah reconoció a uno de sus vecinos.—La he

visto y oído, Chubah, y me doy cuenta de que es usted una vieja mala y egoísta. De haber sido cierto sus ensueños, hubiese matado de trabajo a la pobre esclava y hecho desgraciados a su marido y a todos cuantos vivieran con usted. En cambio, si fuese una buena mujer, nunca tendría deseos de pegar a su marido y a sus esclavos y, por lo tanto, no hubiese roto el jarrón, que había de proporcionarle todas esas riquezas.

—¡Oh, prometo ser buena en adelante!—exclamó.—Así, cuando tenga otra probabilidad de hacerme rica, mereceré la buena fortuna.

Pero ya nunca más se le presentó ninguna ocasión. Y Chubah siguió siendo pobre hasta el fin de su vida.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

COLECCION MOLINO

Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.

TITULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.

Precio de cada volumen

En Rústica: \$ 0.70

En Cartoné: \$ 1.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES

EL CASTIGO DE CLIP-CLAP



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA Nº 10

El castigo de

Clip - Clap

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El castigo de

Clip - Clap

Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA

EL CASTIGO DE CLIP - CLAP

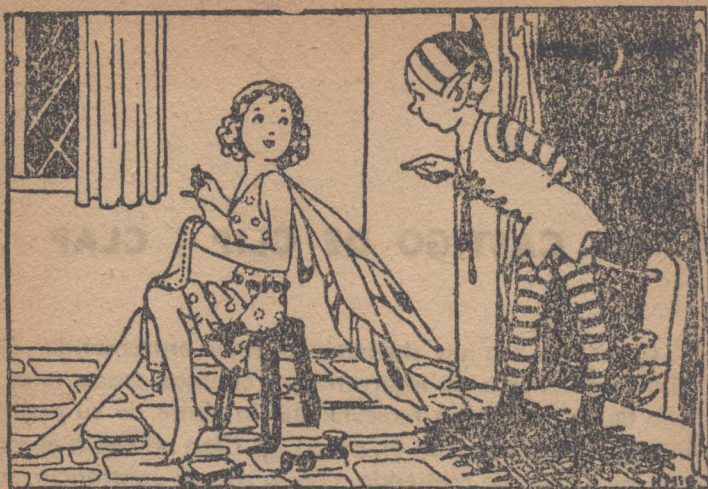
Clip-Clap era un duendecillo muy entrometido. No podía abstenerse de intervenir en cuantas cosas veía, y ello de un modo tan molesto que la gente de su pueblo empezó a enojarse con él, pero Clip-Clap no hacía el menor caso y siguió metiendo, con la mayor constancia, las narices en los asuntos ajenos.

Un día, la tía Monisa estaba cociendo unos pasteles en el horno. Exhalaban un aroma delicioso y, al percibirlo Clip-Clap, fué inmediatamente a ver de qué se trataba.

—Vete—le dijo la tía Monisa amenazándolo con el rodillo de amasar.—Eres demasiado entrometido y no quiero verte en mi cocina.

Pero Clip-Clap rogó que le dejase permanecer allí, prometiendo, además, que vigilaría cuidadosamente la cocción de los pasteles, de modo que, al fin, la tía Monisa se dejó convencer y accedió, pensando que, mientras tanto, ella podría dedicarse a otros quehaceres de la casa. Por esta razón dejó al duendecillo al lado del horno y ella se dirigió a otra habitación.

Pero el tonto Clip-Clap se dedicó a abrir y cerrar a cada momento la puerta del horno para ver si los pasteles estaban ya cocidos. Luego los sacó y metió el dedo



—VETE—DIJO ARGENTINA

en cada uno de ellos, a fin de cerciorarse de si la corteza estaba ya bastante crujiente. Ya es sabido que el abrir y cerrar la puerta del horno no es nunca conveniente para los pasteles, de modo que las maniobras de Clip-Clap no resultaron nada beneficiosas y mucho menos que clavase su dedo en la corteza de cada uno de ellos. Pero cuando mordisqueó los ángulos para apreciar si tenían buen sabor, no hay que decir cuánto empeoró su aspecto.

Así que la tía Monisa se enteró de lo ocurrido, se enojó sobremanera, como se puede comprender. Dió un buen tirón de orejas a Clip-Clap y luego lo expulsó de la cocina, diciéndole:

—¡Malvado! ¡Me has estropeado los pasteles, con tu estúpida curiosidad! ¡Vete inmediatamente, porque, de lo contrario, iré a quejarme al Alcalde!

El señor Perspicaz, que era el Alcalde del pueblo, ejercía, al mismo tiempo, de juez y castigaba a cuantos lo merecían. Clip-Clap se asustó mucho al oír tal amenaza, y se alejó con cuanta prisa quisieron llevarlo sus piernas.

Mas no por eso se corrigió, porque, al poco rato, ya estaba curioseando en casa de la señorita Argentina, que estaba ocupada en hacerse un traje. La pobre muchacha se esforzaba cuanto podía en llevar a cabo la tarea, de modo que el resultado fuese perfecto. Y, cuando más entretenida estaba, Clip-Clap asomó la cabeza por la puerta y le preguntó qué hacía.

—Mira, vete—le contestó ella.—No quiero que vengas a meter la nariz en esto.

—¡Oh, déjame ver qué cosa haces!—contestó el duendecillo entrando en la casita.—¡Dios mío, Argentina, estás haciendo eso al revés! Esta pieza de tela va cosida así y esa otra en sentido inverso. Y en cuanto a los botones deberían coserse aquí y no donde lo has hecho.

Argentina llegó a figurarse que Clip-Clap sabía muy bien lo que estaba diciendo, pero no era así. Siguió sus consejos, por su mala ventura, y bien pudo arrepentirse en cuanto se probó el traje. Las piezas delanteras estaban en la espalda. Una manga era más larga que la otra y los botones ocupaban una posición absolutamente equivocada, de modo que ya se puede imaginar cuán desagradable era el conjunto.

La pobre Argentina se quedó trastornada. Se echó a llorar y, por fin, indignada, encaminóse a casa del Alcalde, para darle cuenta de que, con sus desacertados consejos y su impertinente curiosidad, el duendecillo Clip-Clap le había estropeado el traje.

—En cuanto ese duendecillo vuelva a meterse en lo que no le importa, lo expulsaré del pueblo. Lo mandaré



EL SEÑOR PERSPICAZ AGITÓ LA CAMPANILLA

al mundo de los niños, y no hay duda de que allí recibirá una severa lección, si vuelve a intervenir en los asuntos ajenos.

Como ya se puede suponer, Clip-Clap no tardó mucho en pecar de nuevo. Aquel mismo día fué a casa del señor Perspicaz, con objeto de ayudar al cocinero a limpiar la cocina y en cuanto vió que éste último estaba ocupado en preparar unos pasteles de manzanas, sintió el deseo de intervenir.

—Estoy seguro de que no ha puesto bastante azúcar —pensó, mirando los pedacitos de manzana.—Voy a poner un poco más. Sin duda le agradarán infinitamente más al señor Perspicaz.

Fué en busca de un pote y vació un poco del polvo blanco que contenía, sobre las manzanas ya cortadas.

No tuvo la precaución de leer la etiqueta, porque, de haberlo hecho, viera que decía "sal" en vez de "azúcar". El cocinero no se dió cuenta de la intromisión de Clip-Clap, porque estaba muy atareado en amasar la pasta.

Cuando los pasteles estuvieron cocidos, sirvieron uno al señor Alcalde como postre de la comida. El buen señor contempló satisfecho aquel pastel dorado, de excelente aspecto, y, cortando una raja, se la llevó a la boca. Pero tenía tan mal sabor, que se la tragó de un golpe.

—¡Dios mío! Tal vez sea una manía, pero me parece que este pastel sabe muy mal—pensó.—Quizás me lo habré figurado. No es posible que un pastel de manzana tenga tan mal sabor.

Tomó otra rajita y quiso saborearla despacio. Y se convenció de que aún tenía peor gusto que la anterior. No pudo tragársela y, enoiado en grado sumo, agitó la campanilla para llamar al cocinero.

Le explicó lo que sucedía y el buen hombre probó a su vez, el pastel.

—Eso se deberá, sin duda, a que Clip-Clap ha hecho alguna de las suyas—dijo el cocinero.—Voy a llamarle.

No fué difícil averiguar lo que había hecho el duendecillo.

—Yo quise endulzar más el pastel — dijo asustado Clip-Clap.—Ignoraba que el pote contuviese sal. A mí, por su aspecto, me pareció azúcar.

—Bueno, ya estamos hartos de tus hazañas—le dijo muy enoiado el Alcalde.—Veo perfectamente que no te arrepientes de lo hecho. Por lo tanto, vete en el acto y toma el ómnibus que te llevará al país de los niños. Estoy seguro de que allí recibirás una lección tan severa, que, para siempre, te curarás de tu mala costumbre.

—¡Oh, me gustaría mucho ir a vivir con los niños!— replicó Clip-Clap.

Y echó a correr para tomar el ómnibus. Llegó a tiempo de sentarse al lado del conductor y el vehículo emprendió la marcha a través de campos y colinas, hasta que, al fin, llegaron a un pueblecillo de nuestro mundo, situado a corta distancia de la frontera del País de las Hadas. Clip-Clap se apeó y, en extremo satisfecho, echó a correr por la calle. No se le daba un ardite de su castigo y sentía la mayor excitación y entusiasmo al ver que se hallaba en una tierra desconocida.

Dió la casualidad de que aquel día fuese la víspera de San Juan, de modo que todos los niños y niñas del pueblo habían adquirido grandes cantidades de fuegos artificiales para dispararlos en cuanto llegase la noche. Uno de los niños del pueblo, llamado Pedro, recibió de su padre la cantidad de cinco pesetas, que se gastó íntegras en comprar fuegos artificiales. Le dieron de todo: cohetes, ruedas, buscapiés, candelas romanas, surtidores japoneses, petardos, luces de Bengala y otros.

Clip-Clap lo encontró cuando salía de la tienda y se quedó contemplando los fuegos artificiales que llevaba el niño.

—¿Qué es eso?—le preguntó.

—¡Cómo! ¿No sabes lo que son fuegos artificiales?— exclamó Pedro sorprendido.—¿De dónde vienes, puesto que ignoras lo que es esto?

—Acabo de llegar del pueblo de los duendecillos, en el País de las Hadas—contestó Clip-Clap.—He venido en viaje de placer. ¿Y qué hacen esos fuegos artificiales?

—Ven a casa conmigo y te lo enseñaré — le dijo Pedro.

Así, pues, Clip-Clap echó a andar al lado del muchacho. Éste era todavía muy pequeño, pero el duendecillo



—¿Y QUÉ HACEN?—PREGUNTÓ CLIP-CLAP

apenas tenía el tercio de su estatura y corpulencia, de modo que formaban una curiosa pareja mientras iban por la calle principal del pueblo.

Por fin llegaron a casa del niño y entraron por la puerta trasera. Pedro dejó los fuegos artificiales en el patio y Clip-Clap los examinó con la mayor atención.

—Y, ¿qué harás con ellos?

—Espera hasta las ocho de la noche y ya lo verás. Mira, eso es un cohete y eso una rueda.

—Y, ¿qué hacen?—preguntó Clip-Clap revolviéndolos en sus manos.

—Ten paciencia y ya lo verás—le repitió Pedro.—Pero se necesitan unos fósforos para que estos fuegos artificiales puedan encenderse. Ahora ayúdame a guardarlos en el cobertizo, donde estarán seguros hasta la noche. Y si quieres vigilarlos hasta entonces, te invitaré a la fiesta. Pero ten cuidado y no los toques siquiera.

Clip-Clap ayudó a Pedro a guardar los maravillosos fuegos artificiales. Luego, para vigilar mejor, el duendecillo se dejó encerrar en el cobertizo y Pedro dió vuelta a la llave. Clip-Clap estaba animado de las mejores intenciones para vigilar aquel depósito hasta la noche.

Muy pronto, sin embargo, se cansó de esperar.

—Quizá, en resumidas cuentas, esos fuegos artificiales no serán nada divertidos —pensó.—Más valdrá que encienda uno, a ver qué pasa. Por suerte llevo en el bolsillo una caja de fósforos.

La sacó y encendió uno. A su luz vió un buscapiés. Acercó el fósforo a la punta de la mecha y esperó para ver qué ocurría.

Ya os lo podéis figurar. En cuanto el buscapiés estuvo encendido, empezó a dar saltos de un lado a otro, cosa que sorprendió en extremo a Clip-Clap, pues no esperaba

tal cosa. ¡Oh, no! Al verlo se asustó en extremo. El buscapiés dió un salto desde el estante en que se hallaba y fué a dar al mismo Clip-Clap. Éste profirió un grito de susto y saltó a un lado, mas no pudo evitar el buscapiés, puesto que fué a caer sobre su brazo derecho, y una chispa de fuego le agujereó la manga. Luego saltó a sus pies y se encaramó otra vez al estante. Mas, por desgracia, cayó sobre una rueda y prendió fuego a la mecha.

Esta última empezó a chisporrotear, a silbar y a producir pequeños estallidos. Después, tomando impulso, saltó a su vez al suelo, en tanto que Clip-Clap la contemplaba aterrado. El duendecillo, deseoso de detenerla, saltó sobre el disco de madera que tenía en el centro, mas como éste había caído sobre un objeto duro, empezó a girar arrastrando en tal movimiento a Clip-Clap, que se sintió mareado y al fin se cayó al suelo. ¡Qué asustado estaba!

Mientras tanto, el buscapiés continuaba saltando y despidiendo fuego. Prendió en una candela romana, la cual empezó en breve a despedir una lluvia de estrellas luminosas que, en forma de cascada, cayeron sobre el duendecillo. No le quemaron, pero él temió verse abrazado, porque, como ya sabemos, desconocía los fuegos artificiales. Empezó a saltar de un lado a otro, y mientras tanto, el buscapiés, cual si estuviese animado de vida, lo perseguía sin cesar.

El duendecillo saltaba como un loco, profiriendo gritos de terror. En su fuga pisó una caja de bengalas y como, por desgracia, una chispa del buscapiés fué a dar sobre la cabeza de una de ellas, se incendiaron todas en un instante y el lugar quedó alumbrado por unas luces verdes, azules, rojas y amarillas.

Realmente era espantoso verse encerrado en un lugar

tan reducido y en medio de tal número de fuegos artificiales. Clip-Clap se arrepentía ya con toda su alma de haberse hecho expulsar de su pueblo. Y no hay que decir cuánto deseó no haberse metido nunca en los asuntos ajenos.

Pero aún faltaba lo peor. La rueda comunicó el fuego a un manajo de cohetes y, uno tras otro, empezaron a estallar.

¡Pffft! ¡Pum! ¡Bom! ¡Siu! ¡Bum!

Los cohetes producían un ruido espantoso alrededor de Clip-Clap, quien daba unos saltos tremendos, impulsado por el terror. Algunos cohetes se lanzaron al aire y agujerearon el débil tejado del cobertizo. Nada los detenía. Saltaban uno tras otro, con grandes estampidos y luego despedían nubes de estrellas de colores.

Clip-Clap estaba tan asustado que, realmente, no sabía qué hacer, y por esta razón cometió una tontería. Se agarró al cohete mayor de todos, con movimiento convulsivo y temiendo por su vida. De pronto, otra caja de fósforos de colores se encendió a su vez y prendió fuego al cohete a que se agarraba Clip-Clap.

¡Pfifcht! El cohete salió disparado por el aire y llevándose a Clip-Clap, asustado hasta el punto de que no se daba cuenta de lo que sucedía, y, por consiguiente, no tuvo la presencia de ánimo suficiente para soltarse. El cohete atravesó a su vez el tejado y luego alcanzó, por momentos, mayor altura, hasta el punto de que parecía como si no hubiese de detenerse ya nunca más. Subía y subía por el aire, y llegó a la región de las nubes. Y Clip-Clap vió ya tan cerca la luna, que se preguntó si, finalmente, iría a parar a ella.

Como se comprende, no fué así. De pronto, Clip-Clap se dió cuenta de que el cohete perdía velocidad, y llegó un momento en que permaneció inmóvil en el aire. En-

tonces estalló en millares de estrellas de colores, produciendo una explosión que a Clip-Clap le pareció ensordecedora. Hasta entonces, gracias a que se había agarrado al rabo del cohete de modo que no le diera el chorro de chispas, pudo evitar las terribles quemaduras que, de otra manera, habría recibido; pero, le alcanzó aquella lluvia de estrellas que se diseminó en todas direcciones y algunas de las chispas de colores le causaron quemaduras, por fortuna de poca importancia.

Mas no tuvo tiempo de fijarse en ello, porque el cohete emprendió el descenso, primero con lentitud, y luego, por momentos más aprisa, de manera que el aire silbaba al rozar con el cuerpo del desdichado Clip-Clap, quien gimió asustado y loco de terror:

—¡Ojalá no hubiese sido tan entrometido!—pensó en un momento de lucidez.—¿Por qué me habré metido en eso? ¡Oh, quien pudiera verse de nuevo en el pueblo, para no meterme nunca más en nada!

Mientras tanto descendía cada vez más de prisa. Era tal la velocidad de su caída, que ni siquiera podía mirar abajo. Temió estrellarse contra el suelo y daba ya por segura su muerte, cuando, al mirar, le pareció que la tierra subía rápidamente a su encuentro de un modo amenazador. Vió una cosa oscura y antes de que pudiera averiguar qué era, cayó con gran ruido a un estanque y se vió rodeado de agua.

Quiso la suerte que aquel fuese el estanque que había en el jardín del señor Perspicaz, el Alcalde, y en el cual la primera autoridad del pueblo criaba peces de colores.

¿No os parece que fué una afortunada casualidad? Eso demuestra cuán grande debió de ser el espacio recorrido por el cohete a través del aire.

Pasado el primer instante de la caída, el duendecillo



—¿ERES TÚ, CLIP-CLAP?—EXCLAMÓ SORPRENDIDO

se esforzó en salir a la superficie. Por suerte la profundidad del estanque no era muy grande y pudo asomar la cabeza cuando ya empezaba a faltarle la respiración. No hay que decir cuál fué el terror de los pobres peces de colores, que se diseminaron en todas direcciones, pero al fin el agua recobró su acostumbrada inmovilidad.

El Alcalde, que había oído el fuerte chapoteo, salió a toda prisa al jardín para ver qué había ocurrido.

—¡Dios mío!—exclamó sorprendido al ver que Clip-Clap mojado, asustado, triste y pesaroso salía trabajosamente del agua.—¿Eres tú, Clip-Clap? ¿No has obedecido mi orden de alejarte del pueblo?

Gimiendo y llorando, Clip-Clap le refirió sus aventuras con los fuegos de artificio de Pedro.

—Buena lección ha sido esa—exclamó llorando y en tanto que resbalaban las lágrimas por sus mejillas, como si ya no estuviesen demasiado mojadas.—Nunca más

volveré a meterme en cosas que no me importan, se lo aseguro, señor Perspicaz. Perdóneme mi conducta anterior, porque le juro que en adelante seré bueno y nadie tendrá queja de mí.

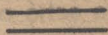
En aquel momento nadie habría podido seguir enojado con el pobre duendecillo, y el Alcalde sintió que desaparecía su cólera. Ayudó al pobre Clip-Clap a escurrirse la ropa y aún lo llevó al interior de la casa para que se secara ante el fuego.

—Esta vez te perdono—le dijo—porque veo que has recibido un buen escarmiento. Pero acuérdate, Clip-Clap, de que si vuelves a las andadas seré contigo muy severo.

Clip-Clap se volvió consolado a su casa. ¡Qué agradable le pareció meter de nuevo la llave en la cerradura de su puerta! ¡Qué grato ver su cómoda camita que le esperaba para ofrecerle un buen lugar de descanso!

—¡Malditos fuegos artificiales!—pensó al acostarse entre las calientes sábanas.—¿Por qué los comprarán los niños? ¡Pobre Pedro! Sin duda debe estar preguntándose qué ha sido de sus fuegos artificiales. Para consolarle, le mandaré una caja de bombones, muy grande.

Así lo hizo y Pedro se quedó tan sorprendido y satisfecho, que incluso olvidó el disgusto que le causara la pérdida de sus cohetes y bengalas. En cuanto a Clip-Clap, había recibido un buen escarmiento, porque en adelante ya no volvió a meterse en lo que no le importaba.



LA MANZANA INHALLABLE

Sisín era muy travieso. Era un duendecillo y cuando a fuerza de travesuras se ponía inaguantable, su madre no sabía qué hacer con él. Sisín no dejaba nada en paz; vaciaba una cosa, tiraba o derramaba otra, rompía lo de más allá y se desgarraba la ropa por mil puntos.

—¡Por Dios, Sisín!—exclamó al cabo la señora Tulita. —¡Cualquiera podría creer que te han lanzado una maldición! ¿Quieres que te dé una buena tanda de palos con el mango de la escoba?

—¡Oh, no, mamá!—contestó Sisín.—No hagas eso.

—Pues en tal caso procura estar quieto. Siéntate—ordenó doña Tulita.—Has roto un vidrio, derramado la leche, tirado el azúcar y, por si fuese poco, te has roto la chaqueta. Ya basta para una mañana.

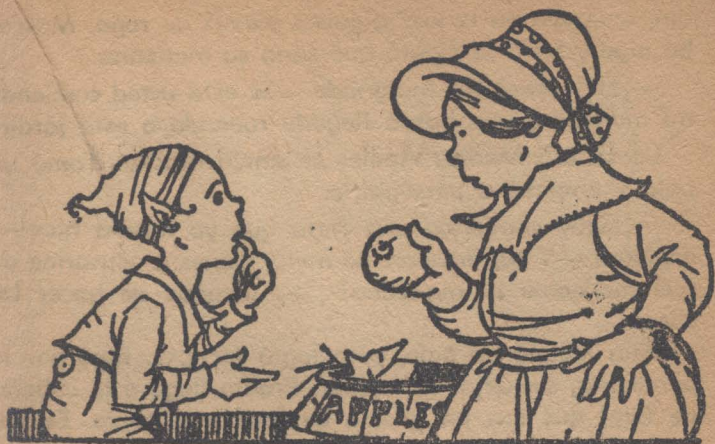
Sisín se sentó, pero sin mirar donde lo hacía. Creyó que allí había una silla, pero no era así, de manera que se cayó al suelo, pero, instintivamente, para no caerse, agarróse al mantel y con él arrastró todo el servicio, que hizo trizas.

La señora Tulita empuñó la escoba y Sisín, temiendo que iba a recibir una buena paliza, fingió haberse lastimado en su caída y se echó a llorar.

—¡Ay!—gritaba.—¡Me he hecho mucho daño!

La señora Tulita se apenó mucho. Le secó las lágrimas y lo llevó al barril de manzanas.

—Aquí tienes una hermosa manzana roja—le dijo.—



—AQUÍ TIENES UNA MANZANA

Quítale el corazón y cómetela, Sisín. Sé bueno y vete a correr.

Sisín tomó la manzana y echó a correr. Dirigióse a lo alto de una loma inmediata a la casa y se sentó. Desde aquel observatorio podía ver muchas cosas: vacas y ovejas, caballos y cabras, perros, conejos, gallinas y patos. Hacía mucho calor y Sisín bostezó.

—Me voy a tender un momento antes de comerme la manzana—pensó.

Lo hizo así y casi instantáneamente se quedó dormido. Al despertar buscó la manzana, porque tenía apetito. Pero ya no estaba a su lado. Había desaparecido.

—Habrà rodado por la pendiente—se dijo muy apenado.—Pero he de encontrarla.

Descendió por la pendiente, mirando con el mayor cuidado en todos los huecos. Poco tardó en llegar a la casita de la señora Medias Azules. Esta se hallaba en el jar-

dín, ocupada en tender algunas piezas de ropa. Mascaba algo y Sisín se figuró que sería su manzana.

—¡Eh!—exclamó indignado.—Se está usted comiendo mi manzana, que habrá llegado rodando a este jardín.

La señora Medias Azules se enojó mucho. Tomó un palo y empezó a perseguirle.

—¡Estoy comiendo una torta que yo misma hice!—exclamó.—Y tú, duendecillo malo, vienes a acusarme de que me como tu manzana! ¡Soy incapaz de hacer tal cosa!

Sisín recibió un palo, pero logró escapar. Bajó por la pendiente, sin dejar de buscar. Pronto llegó a la cabaña de Flip, que era un gnomo de muy mal genio. Estaba sentado a la puerta de la cabaña, comiendo una cosa de color rojo. Sisín se acercó corriendo a él.

—¡Deme usted mi manzana!—exclamó.—¡Es mía! ¡Se me escapó rodando por la pendiente!

Flip se puso en pie y agarró al duendecillo. Le dió un par de sacudidas y luego lo obligó a sentarse.

—¿Aún no conoces los tomates?—preguntó.—¿Te has figurado que me como una manzana tuya?

Sisín se marchó llorando. No había duda de que Flip se comía un tomate.

Volvió a buscar, mas sin poder hallar rastro de su manzana. Por fin, al llegar al extremo inferior de la cuesta, se vió ante la casa del cartero. Éste se había sentado en su jardín para beber una gaseosa en compañía de su madre, porque la tarde era muy calurosa. Bajo la mesa había una cosa roja.

—¡Mi manzana!—exclamó Sisín.

Penetró en el jardín sin pedir permiso ni excusarse, y se metió bajo la mesa, en busca de aquella cosa roja. El cartero se quedó tan sorprendido, que se atragantó con la



EL CARTERO BEBÍA GASEOSA CON SU MADRE

gaseosa y empezó a toser y estornudar.

—¿Quién es ese duendecillo mal educado?—preguntó la madre del cartero, mirándole con el mayor desprecio.

—¡Quiere robar la pelota roja que compré al perrito!—exclamó de pronto el cartero, en tanto que Sisín se alejaba ya.

Echó a correr tras el duendecillo y lo cogió. Era evidente que llevaba en la mano una pelota roja y no una manzana, como se figuraba.

—¡Dispéñeme!—exclamó Sisín.

Pero fué en vano, porque el cartero le dió un buen bofetón. Sisín, entonces, acudió llorando al lado de su madre. Ésta escuchó la historia de lo sucedido, pero no replicó gran cosa.

—Es preciso que aprendas un poco de urbanidad—le dijo.

—Pues no hay duda de que alguien se ha quedado con mi manzana—replicó Sisín muy enojado.—Y si llego a descubrir quién ha sido, le daré un par de puñetazos.

Se metió las manos en los bolsillos y luego sacó una de ellas, empuñando la manzana.

—¡Oh!—exclamó avergonzado.—Ahora me acuerdo. Antes de dormirme la guardé en mi bolsillo.

—Así resulta que no rodó por la pendiente—le dijo su madre.—Y fíjate ahora en lo estropeada que está. Ya no vale nada. Ahí verás qué tonto has sido. Supongo que ahora vas a darte un par de puñetazos, Sisín. Acuérdate de lo que has prometido.

Pero Sisín no contestó. Marchóse, muy avergonzado de sí mismo y dió la manzana al cerdo. Ignoro si desde entonces se ha portado mejor, pero creo que de algo le sirvió aquel escarmiento.



EL PAIS DE LAS COSAS DE ORO

Hubo una vez un rey muy pobre. No tenía palacio en que vivir y eso le daba mucha pena. Poseía una corona, es cierto, pero no era de oro de ley, y solamente tenía engarzadas seis piedras preciosas.

Vivía solo en una casita con su hija, niña de corta edad, llamada Rosamunda. Había gastado todos sus tesoros guerreando contra otro país y perdió cuantas batallas empeñara. Sus súbditos eran demasiado pobres para ayudarle, de manera que, a pesar de su condición de monarca, no vivía mejor que un mísero campesino.

Su casita se hallaba situada en un lugar muy bonito, desde el cual podía contemplar el mar. Sólo poseía una vaca de leche, tres gallinas que ponían huevos todos los días y una criada vieja que guisaba muy bien manjares sencillos, cultivaba algunos vegetales en el huerto y, además, cuidaba de Rosamunda.

El rey era muy desdichado. Suspiraba por tener un palacio, un cofre lleno de tesoros, centenares de criados, hermosos trajes y bellos muebles. Su hijita se desconsolaba al verle tan desgraciado, y se esforzaba en hacerle sonreír, pero le resultaba muy difícil.

Rosamunda, en cambio, era dichosa. Conocía su condición de princesa, pero se alegraba de no vivir en un palacio. Gustaba de dar de comer a las tres gallinas y de ordeñar a la mansa vaca. También se divertía mucho remando en los apacibles pantanos y paseando por las ventosas colinas.

Pero, sobre todo, prefería trabajar en el jardín perteneciente a la casita. Gustaba de cultivar flores de brillantes colores, que luego le servían para adornar algunos jarros que había en la casita. Con frecuencia llevaba grandes ramilletes de aromáticas rosas, que hacía oler a



EL REY POSEÍA UNA VACA Y TRES GALLINAS

su padre, procurando que, además, se deleitara contemplándolas.

—Mira, papá — decía. — Huélelas, ¿verdad que son hermosas?

Pero el rey no les hacía ningún caso. Si hubiesen sido de oro, no hay duda de que las tomaría con el mayor deseo... Pero eran flores como las demás.

Un día de verano celebró su cumpleaños y Rosamunda quiso prepararle un bonito regalo. Tomó un rosal que ella misma había cultivado y lo plantó en un tiesto, con objeto de regalárselo.

Se presentó a su padre muy contenta, le dió un abrazo y luego le ofreció el rosal. Estaba cubierto de capullos y de flores y no parecía sino que fuese un arbusto propio del País de las Hadas. Rosamunda estaba segura de que a su padre le gustaría. Mas lo cierto es que apenas lo miró. Con acento indiferente, dijo:

—Gracias, querida hija.

Pero nada más. No exclamó, como esperaba la niña: "¡Oh, qué hermoso rosal! ¡Cómo gozaré contemplándolo!" Rosamunda tuvo un desengano atroz.

—Mira, querido papá, es preciso que cada día riegues tú mismo el rosal, antes de que el sol caliente demasiado —dijo.—Es un arbusto muy delicado, de modo que has de procurar que no se seque.

El rey puso el rosal en el antepecho de la ventana de su pequeño dormitorio y ya no se acordó más de él. Sentóse y empezó a imaginarse las fiestas que se habrían celebrado aquel día si él hubiese tenido mucho dinero y un reino muy rico.

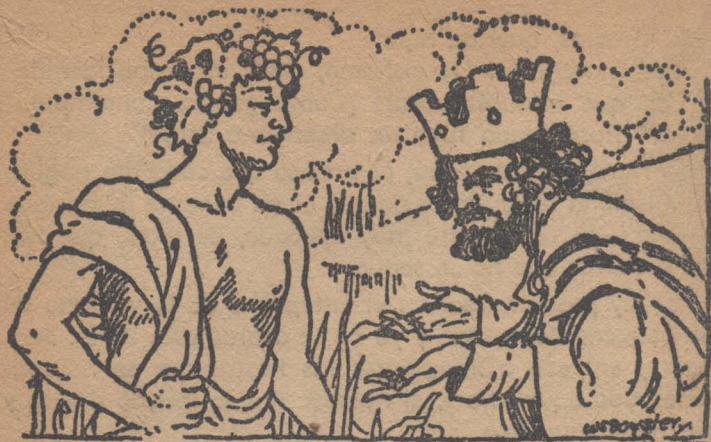
—Habría hecho disparar cien cañonazos—pensó.— Mis súbditos habrían venido a prestarme homenaje y me harían ricos regalos. Por la noche yo hubiera dado una gran fiesta, a la que estarían invitados reyes, reinas, príncipes y nobles. ¡Qué hermoso habría sido!

Hízose tan desgraciado, pensando en estas cosas, que durante una semana entera no se acordó de sonreír a Rosamunda. La niña estaba muy triste, porque amaba a su padre. Y además, porque estaba segura de que también se había olvidado de regar el rosal.

Una hermosa mañana el rey fué a dar un paseo por los campos que había a corta distancia de su casita. De pronto se le presentó un desconocido. Era un joven de buen aspecto, fuerte y vigoroso.

—¿Puedo hacer algo en su obsequio? — preguntó el rey, figurándose que el joven se había extraviado.

—Es usted muy amable—contestó el joven.— Quisiera volver al sitio en que dejé mi coche, pero no puedo encontrarlo. Eso era a orillas de una corriente azulada, que atravesaba un bosque.



—SOY REY, PERO CAREZCO DE TODO

—En tal caso, ha recorrido usted muchos kilómetros. Sé donde está eso. Permítame que le guíe yo mismo. Siento mucho no poder ofrecerle los servicios de un criado, pero en mi casa no tengo más servidor que una anciana. Soy rey, pero carezco de todas las cosas que debe tener un monarca. A excepción, quizá, de la corona.

—Es usted muy amable—contestó el desconocido.

Ambos emprendieron la caminata y al cabo de dos horas, divisaron el carruaje en el mismo lugar en que lo había dejado el desconocido.

¡Qué admirado se quedó el rey al verlo! Era de oro puro y brillaba de tal modo al sol, que habría deslumbrado a cuantos lo mirasen.

En el pescante había un cochero vestido con una librea dorada, y, además, el monarca vió a ocho lacayos, que asimismo, llevaban calzones y chaquetas de tisú de oro.

—¡Qué rico debe de ser usted!—exclamó el rey con acento de envidia.

—Permítame que le lleve a mi reino—dijo el joven desconocido.—Dícese que es uno de los lugares más maravillosos del mundo entero.

El rey subió al coche. El cochero hizo restallar su fusta de oro y los caballos emprendieron la marcha. Corrían con extraordinaria velocidad. El rey se dijo que debía haber algo mágico en la sangre de aquellos brutos, porque era tanta la rapidez con que corrían, que no se podía ver nada a través de la ventanilla. Los árboles, las casas y los setos parecían otras tantas líneas confusas.

Por fin el coche se detuvo en el enorme patio de un palacio también de oro. El rey entornó los ojos, después de la primera mirada. Luego subió los escalones de oro, sintiéndose deslumbrado.

El desconocido le dió un maravilloso banquete, servido en platos de oro adornados con brillantes. Para beber le dieron también un vaso de oro que tenía engarzados grandes rubíes y esmeraldas. En la dorada sala había numerosos criados vestidos de tejido de oro. ¡Cómo envidiaba el rey todas aquellas riquezas!

—¡Si tuviera solamente un poco de ese oro—dijo a su anfitrión—sería completamente feliz.

—Le daré todo el que pueda contener mi coche, cuando le devuelva a su casa — contestó el joven. — Tengo tanto oro, que me alegraré de desprenderme de un poco.

Después del banquete, el rey fué a visitar el tesoro. No sólo había allí infinitos sacos de oro y numerosas arcas, llenas hasta el borde, del mismo metal, sino que, además, vió muchos objetos preciosos. Por ejemplo, una manzana de oro capaz de curar a cualquier enfermo que la sostuviera en su mano. También vió un vaso adornado con zafiros, que siempre estaba lleno del vino más exquisito del mundo, por más que se bebiese de él.

El rey miró todos aquellos objetos, sintiendo la mayor

envidia. Descubrió, de pronto, un bonito espejo y lo tomó.

—Este espejo—dijo su dueño—le mostraré a cualquier persona que desee ver. Piense en alguien a quien conozca y mire.

El rey recordó a uno de sus ancianos generales. Y miró al espejo. En el acto se le apareció un hombre viejo y encorvado, que trabajaba en un campo de patatas. Y en cuanto se incorporó, el rey pudo ver que, en efecto, era su viejo general.

—¡Dios mío!—exclamó con tristeza.—¡Pensar que mi famoso y viejo general se ve obligado a trabajar en un campo de patatas!

Luego pensó en el rey que le había derrotado. Inmediatamente cambió la escena. Se apareció un hombre gordo y feo, sentado ante una mesa bien provista. Ceñía en sus sienes una pesada corona y miraba ceñudo a la reina, sentada a su lado. Ella le hablaba muy enojada. Y aunque el rey no podía oír sus palabras, comprendió que vituperaba a su antiguo enemigo.

—¡Bueno!—observó.—Mi enemigo ha engordado y, además, su mujer se encarga de amargarle la vida.—Volvió entonces al joven y le dijo:—Este espejo es maravilloso. ¿Quiere usted regalármelo? Me distraería de un modo extraordinario.

—Y, ¿qué me daría usted a cambio de él?—replicó el joven.—Es un objeto muy valioso.

—Tengo tan poco que pueda dar —replicó el rey.—¿Quiere usted mi vaca? ¿O preferirá una gallina?

El joven se echó a reír y contestó:

—No. Quiero que me dé lo primero que vea mañana por la mañana. En cuanto fije usted los ojos en lo que sea, desaparecerá para venir a mi reino. Será curioso ver qué cosa llega.

El rey, muy satisfecho, se llevó el espejo. Vió cargados



EL REY MIRÓ AL ESPEJO

muchos sacos de oro en el coche que había de llevarlo a su casa, y durante el viaje hizo numerosos planes.

—Me haré construir una buena casa. Y, además, me compraré una corona nueva. Rosamunda tendrá su primer traje de seda y, además, un collar de oro.

Llegó tarde a su casa. Los lacayos le ayudaron a amontonar los sacos de oro al pie del árbol de su jardín, y luego el áureo carruaje se perdió en las sombras de la noche. El rey estaba fatigado. Se desayunó y se acostó pensando en el espejo maravilloso.

—Miraré el rosal que me regaló Rosamunda el día de mi cumpleaños—pensó.—Esta será la primera cosa en que ponga los ojos. Es casi lo único bonito que hay en este dormitorio. Estoy seguro de que el desconocido se alegrará de verlo llegar a su reino.

Se quedó dormido. Cuando, a la mañana siguiente, penetraron los primeros rayos del sol en su habitación, aún estaba dormido, pero Rosamunda se había levantado ya y se hallaba en el jardín, cantando alegremente. Miró

hacia el dormitorio de su padre para averiguar si ya se había despertado. Fijóse luego en el tiesto del rosal, que se hallaba en el antepecho de la ventana, y observó que parecía marchito.

—Ese pobre rosal necesita agua—pensó.—Entraré en el dormitorio de papá y lo regaré antes de que el sol empiece a calentar.

Tomó un jarro y lo llenó de agua y se dirigió al dormitorio de su padre. Llamó una y otra vez y en vista de que no obtenía respuesta, asomó la cabeza para mirar al interior. Vió que el rey estaba profundamente dormido en su cama, de modo que atravesó en silencio la estancia, en dirección a la ventana. Y una vez allí empezó a regar el rosal.

Al salir el sol se despertó el rey. Recordó su intención de mirar en primer lugar el rosal; abrió los ojos y los volvió hacia la ventana en que estaba el tiesto.

Pero ante él se hallaba Rosamunda, que se ocupaba en regarlo. El rey la vió inmediatamente, y, de pronto, la niña desapareció, sin dejar rastro de su existencia.

—¡Oh!—exclamó el rey horrorizado.

Sentóse en la cama y se frotó los ojos. Luego volvió a mirar. En la ventana continuaba el rosal y en el suelo vió el jarro que había usado su hijita, pero ésta había desaparecido.

—¿Habrá ido a parar a la tierra de las cosas de oro?—gimió el rey.—¿Qué haré, Dios mío?

Saltó de la cama y se dirigió a la ventana. Entonces vió al pie del árbol del jardín los numerosos sacos de oro que le habían regalado y tal espectáculo le entusiasmó; se frotó las manos muy satisfecho y se echó a reír. Ya no se acordó más de Rosamunda y se vistió presuroso, con objeto de ir a acariciar las monedas de oro.

En todo aquel día no volvió a pensar en su hija, hasta



ROSAMUNDA EMPEZÓ A REGAR EL ROSAL

que la vieja criada se presentó a él muy apurada, diciéndole que no podía encontrar a la niña en ninguna parte.

Entonces el rey recordó lo sucedido y se lo refirió a la buena mujer.

—¡Dios mío!—exclamó la anciana retorciéndose las manos.—¡Qué desgracia! Mi pobre niñita, sola y desamparada, en una tierra extraña. ¡Oh, qué malo es usted, señor, por haber olvidado a un angelito como ése! ¿Qué vale el oro al lado del cabello de seda de Rosamunda, de sus ojos alegres y de su sonrisa encantadora?

El rey, entonces, se sintió muy desgraciado. ¿Cómo pudo olvidar a su alegre y encantadora hijita? Se sonrojó de vergüenza y volvió a un lado la cabeza. ¿Cómo lograría que le devolviesen a su hijita? Ni siquiera conocía el camino hacia el país de las cosas de oro.

Durante toda la semana el rey sintió extraordinaria añoranza de la niña. Recordó sus dulces sonrisas, su voz encantadora, sus besos y sus abrazos, y deseaba oír, de nuevo, el ruido que al andar hacían sus piecitos. Pero en vez de ver a Rosamunda en el jardín, no descubrió más que numerosos sacos de oro.

Entonces se acordó del espejo maravilloso que trajera consigo, y miró a su tersa superficie. Pensó en Rosamunda, y, en el acto, el espejo hizo aparecer su imagen.

La niña estaba en pie y en un jardín, cogiendo rosas de un brillante arbusto. Pero ¡ay! las rosas eran de oro y carecían de aroma, de suavidad y de belleza.

El rey contempló a su querida hijita en el espejo. Vió que por sus mejillas resbalaban grandes lágrimas, mientras sostenía la rosa en su mano. Comprendió que sentía gran nostalgia del jardincito de su propia casa, lleno de flores lindísimas y olorosas, que crecían en cuantos puntos las hubiese sembrado ella misma.

—¡Oh, si pudiese recobrar a mi hijita, sería el hombre más feliz del mundo durante el resto de mi vida! Con gusto devolvería ya todo este oro y aun el espejo maravilloso, si viese, de nuevo, a mi hijita en esta casa!

El desdichado rey salió a los campos, llorando amargamente. De pronto vió a poca distancia al joven desconocido, e, impulsado por su amor paternal, corrió a su encuentro.

—¡Oh! Deme usted noticias de Rosamunda. ¿Desea verme? ¿Está triste?

—Muy triste—contestó el desconocido en tono grave. —¿Quiere usted recobrarla a cambio del oro y del espejo?

—¡Oh, sí!—contestó el rey, alegre sobremanera.—Ya estoy curado de mi locura. No deseo nada más que tener conmigo a mi hijita. Si está a mi lado, sé que seré más rico que todos los reyes del mundo.

—Su hija se halla en mi carruaje—dijo el desconocido sonriendo.

El rey se volvió y pudo ver el carruaje de oro, en una senda cercana.

Rosamunda estaba asomada a la ventanilla del coche. Al ver a su padre dió un grito de alegría, abrió la porte-



SE ABRAZARON Y SE BESARON

zuela y cayó en sus brazos. ¡Cómo se besaron y abrazaron! Luego rieron y lloraron y se acariciaron de nuevo. Y casi se olvidaron del desconocido.

Una vez que se hubo calmado un tanto su alegría, se acordaron de él, pero al mirar a su alrededor observaron que se había marchado. De igual modo desaparecieron los sacos de oro, el espejo y el maravilloso coche. Pero el rey se rió al ver que todo se había desvanecido. Acababa de recobrar a Rosamunda y eso era lo único que le importaba.

—Oye, papá, tira la corona—rogó la niña.—No quie-



GRANDES LÁGRIMAS CORRÍAN POR SUS MEJILLAS

ras ser un rey sin dinero y no pienses más en inútiles grandezas. Sé un buen papá y procura adquirir un carácter risueño.

Quitó la corona que llevaba su padre y la arrojó entre unas ortigas. De momento el rey se quedó horrorizado, pero luego se echó a reír. Y ya nunca más deseó ser rico, pues se dió cuenta de que eso era una tontería. Puesto que tenía a Rosamunda se consideraba feliz.

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**

**URGEL 245
BARCELONA**



**GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES**

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.



**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

Precio de cada tomo:
\$ 2.30

EDITORIAL MOLINO



Corostiago, 1650
Buenos Aires